# ANARQUISMO TRASHUMANTE
## Crónicas de crotos y linyeras



Osvaldo Baigorria

# ANARQUISMOTRASHUMANTE

Crónicas de crotos y linyeras



**Colección Utopía Libertaria**

Baigorria, Osvaldo
Anarquismo trashumante - 1a ed. - La Plata :
Terramar, 2008. 160 p. ; 20x13 cm.

ISBN 978-987-617-048-2

1. Anarquismo . I. Título CDD 320.531

*"Mientras exista una clase inferior, perteneceré a ella.*
*Mientras haya un elemento criminal, estaré hecho de él.*
*Mientras permanezca un alma en prisión, no seré libre."*

© Terramar Ediciones
Plaza Italia 187
1900 La Plata
Tel: (54-221) 482-0429

ISBN: 987-987-617-048-2



Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina / Printed in Argentina

## ADVERTENCIA AL LECTOR

Este libro fue conocido como *En Pampa y la vía. Crotos, linyeras y otros trashumantes* en su primera edición de 1998, en una colección dirigida por María Moreno. Su revisión, ampliación y reescritura me llevaron, como autor, a considerar que a esta versión le correspondía un nuevo titulo.A la inclusión de un epílogo, de un nuevo capítulo (el número cinco, que aporta un testimonio fundamental eliminado de la versión anterior por expreso pedido de la fuente) y de algunas actualizaciones motivadas por el paso del tiempo, se suma otra razón de fondo: anarquismo trashumante refiere a una sensibilidad o temperamento, una inclinación a la errancia, una voluntad de andar cuya reivindicación de la tradición libertaria reaparece una y otra vez en estas crónicas de vida.

## 1. INTRODUCCION A LA TRASHUMANCIA

De místicos, truhanes, caminantes y contemplativos.

*"Se negó a los goces de la vida tranquila y se hizo un ser de distancias; no amó el hogar, que era la sutura con el padre."*
(Ezequiel Martínez Estrada, 1953)

*"Para ser croto no se necesita tener nombre."*
(Ángel Borda, circa 1930)

Desde principios del siglo XX, una subcultura de trashumantes se ha dedicado a recorrer las vías y caminos de la Argentina en fuga del hogar sedentario, el trabajo permanente, la propiedad, el patrón o la ley. Uno de los últimos sobrevivientes de esa especie está sentado frente a mí, al otro lado de una mesa coronada por una pava y un mate. Se trata de mi padre.

Decir subcultura no significa que fueron precisamente una minoría. Cálculos oficiales estiman que entre las décadas del 30 y el 40 el trazado ferroviario argentino era recorrido por una masa que oscilaba entre doscientos mil y trescientos ochenta mil sujetos que por sus actividades, indumentaria y códigos de comunicación podían ser llamados, lisa y llanamente, vagabundos. O en criollo, crotos y linyeras. Es decir: el vagabundeo fue un comportamiento social generalizado entre los jóvenes extranjeros y nativos de las clases sociales más bajas de aquellos años.

Según Laureano Riera Díaz, legendario militante

anarquista de Pergamino que conoció en carne propia esa forma de nomadismo, alrededor de la Primera Guerra Mundial la mayoría de los trabajadores inmigrantes o criollos acostumbraban a deambular de un lugar a otro hasta encontrar su radicación definitiva. En su libro *Memorias de un luchador social*, Riera Díaz describe a esas "masas trashumantes, sin radicación fija, de todos los orígenes nacionales y étnicos que poblaron la Argentina... Con excepción de las elites y la casta patricia y oligárquica, es poco probable que exista en la Argentina una sola familia que no haya tenido un linyera, ocasional o persistente, entre sus antepasados".

Quizá sea una exageración, pero éste es precisamente el caso de quien escribe estas líneas.

## El Pibe Materia

Tal vez por pudor, tal vez por temor a la sanción moral de mi madre o de mi familia materna —otro estilo, otro origen, otras pretensiones en un hogar de inmigrantes italianos dedicados a actividades más sedentarias o "decentes"—, la cuestión es que don Samuel Baigorria se las arregló para ocultar durante casi cincuenta años su iniciación a la trashumancia. Incluso cuando su único hijo se fue de casa a recorrer el mundo, el viejo se quedó callado.

—Cuando era muchacho, yo también anduve bastante por la provincia— decía apenas, cada vez que yo regresaba y le contaba mis anécdotas de viaje—. Y si no fuera por tu madre, hubiera andado mucho más.

De modo que me acostumbré a verlo como un hombre que no se atrevió a aventurarse por ahí porque su mujer no quería. Mis viajes a dedo por América, desde la Argentina hasta Canadá; constantes cambios de lugar de residencia, de México a España, pasando por Estados Unidos e Italia; mudanzas de trabajo, entre el periodismo, la artesanía y la agricultura de subsistencia; cambios de vínculos, de parejas, de amigos, de proyectos..., todo mi deambular por el mundo se me antojó una ruptura con el hogar paterno. Nunca —hasta que di los primeros pasos en la investigación que me llevó a escribir este libro— se me había ocurrido que los quince años que pasé con la mochila a la espalda podían ser en parte herencia, continuidad, extensión de un proyecto inconcluso.

Sólo al sentirse legitimado por mi propio interés, él se animó a hablar de su experiencia. Recuerdo que cuando le comenté acerca de mis primeras lecturas sobre los crotos —gracias a las incitaciones de Ana María Ordóñez y Pedro Ribeiro, organizadores de un grupo de rescate de la figura del croto histórico—, se pasó una mano sobre la calva y asintió varias veces con la cabeza antes de decir:

—Yo te puedo contar muchas cosas... Cuando era pibe anduve varios años entre los crotos.

Pronto aprendí que "andar entre los crotos" significa que él mismo fue croto; que viajó en trenes de carga por las provincias de Buenos Aires y Santa Fe; que trabajó en las juntadas de maíz, papa, batata y otras cosechas cuando pudo; que pidió o robó si hizo falta; y que durmió a la intemperie muchas veces. Todo esto fue saliendo de a poquito, entre mate y mate, mientras crecían mis primeros borradores sobre esta subcultura.

—Leí en algún lugar que a los crotos de antes no se les conocía por el nombre sino por un apodo— le comento un día—. ¿A vos cómo te llamaban?

—El Pibe Materia— responde mi viejo—. El apodo me lo puso un croto ladrón que llamaban el "Petiso Entrerriano", porque resulta que yo tenía otitis crónica y el oído me supuraba. Entonces el Entrerriano decía que por ahí se me estaba escapando la materia gris. Así me quedó ese nombre.

—¡Qué vida la de tu padre! —suspira mi madre de

inmediato, como disculpándolo—. Y esas cosas pasan cuando uno no tiene buena familia.

### ENTRE NÓMADAS

En realidad, siempre hubo trotamundos. Y los motivos de esa trashumancia fueron, en general, misteriosos para los sedentarios. A veces el detonante fue la miseria; a veces, la incapacidad de soportar las presiones sociales, la rutina, las obligaciones; en otros casos, alguna pérdida afectiva u otros problemas familiares; en muchos, simplemente haber escuchado el llamado de la aventura.

*Drop out*, salirse, abandonar. Dejarlo todo. Además de los nómadas tribales, es decir, de los grupos que se trasladan sobre distintas superficies de un modo colectivo, con familias, enseres y organización social específica, a lo largo de la historia ha aparecido una y otra vez la figura del individuo que abandona familia, vivienda, trabajo y vida sedentaria para nomadizarse por cuenta propia.

En principio se destaca el monje errante o mendicante, el sabio sin casa, el místico itinerante. En esa imagen —presente en distintas tradiciones de Oriente y Occidente— se suelen proyectar ciertas inclinaciones espirituales, la necesidad de autoexpresión y la búsqueda de una verdad que se hallaría fuera de los muros del sedentarismo, el trabajo fijo o la rutina social. Pero hay que tener ambición, talento o predestinación para irse al desierto, volver y fundar una iglesia. La mayoría de los vagabundos tuvo otras suertes: marginados, perseguidos o condenados al hambre, fueron marcados con distintas denominaciones según las miradas —en parte condenatorias, en parte envidiosas— de los asentamientos que los han visto pasar de largo o acampar por un tiempo en las cercanías.

En alguna época se los llamó truhanes. Esta palabra existe en castellano desde mediados del siglo XIII con el sentido de vagabundo, mendigo, pobre, bufón, pícaro, bellaco y haragán. Proviene de *truand*, bribón, vocablo céltico relacionado con los galos trugantos o trudanach, que originalmente quería decir vagabundo, y también con el antiguo irlandés *trog*, desgraciado, y con el británico *tru*, calamitoso. Truhán era la persona que con bufonadas, gestos o cuentos procuraba hacer reír y divertir (y se supone que también engañar y estafar) a las poblaciones medievales. Más tarde le quedó sólo su sentido peyorativo.

Lo mismo ocurrió con nuestros crotos. Claro que uno puede elegir transformar el insulto en elogio. Se dice que Diógenes de Sinope aceptó con gusto el epíteto de “El Perro” precisamente porque otros lo consideraban una injuria. Desde un tonel —precursor de los atorrantes que vivían en caños en la Buenos Aires de fin del siglo XIX—, Diógenes divulgó los principios de su maestro Antístenes y de la escuela cínica en la Grecia de los siglos V y IV a. C. También lo hizo desde un bosque de cipreses sobre la colina de Kraneión, cerca del santuario de Afrodita, mientras tomaba sol tendido sobre la hierba. Parece que en esa colina ocurrió el famoso encuentro con Alejandro Magno, a quien Diógenes, tendido sobre sus espaldas, le habría dicho que se apartara porque con su sombra le estaba quitando el sol.

Hombres acostados panza arriba, al sol, sobre la hierba. Hombres en camino con su atadito a la espalda. Hombres que supieron por instinto aquello que decía Oscar Wilde acerca de la vida contemplativa: “la vida que tiene por finalidad ‘ser’ y no ‘obrar’, y no solamente ‘ser’, sino ‘devenir, hacerse’, es la que nos da el espíritu crítico”.

Ése es el espíritu que empujó a muchos jóvenes de origen trabajador, en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX, a un devenir croto. Que no es lo mismo que ciruja —una palabra asociada con el oficio de recolectar

botellas, diarios viejos, entre otros residuos y desechos, para revenderlos en corralones y depósitos. Y mucho menos, mendigo, aunque ocasionalmente el croto podía pedir para comer, en general prefería trabajar o "expropiar". Croto es, como veremos, un término político. Nació —según la etimología más aceptada — en 1920, a partir de una disposición de José Camilo Crotto, gobernador de la provincia de Buenos Aires, que permitía a los trabajadores golondrinas viajar gratis en los trenes provinciales de carga. Todo lo cual habría incentivado la costumbre ya existente de tomarse estos trenes para seguir la ruta de las cosechas, o simplemente para viajar de un pueblo a otro sin pagar boleto cuando el trabajo escaseaba. Pero algunos dicen que el origen fue otro.

—Yo difiero— declara Martín Finamori, un criollo de más de noventa años que anduvo en la vía buena parte de su existencia—. La primera vez que vi el nombre de Crotto asociado a un linyera que andaba con su bolsito al hombro fue en una caricatura del diario *La Prensa*. Porque cuando Irigoyen mandó la intervención a la provincia de Buenos Aires, salió en ese diario un dibujo del gobernador, con su mono al hombro, junto al título "Se va Crotto".

Sea como fuere, crotos fueron llamados todos los que se veían acurrucados sobre los techos de los vagones de los trenes que surcaban el campo. Por supuesto que la historia comienza mucho antes, que siempre hay una prehistoria, que una palabra nunca alcanza a explicarlo todo, pero aquí seguiremos una pista: la de quienes vieron en la trashumancia una vía para encontrar, precisamente, su propia huella.

## El país de la cucaña

Esa huella conduce en primer lugar hacia Europa, hacia una bohemia conectada con la vida estudiantil e intelectual



de los siglos XII y XIII, cuando el orden medieval tradicional comienza a fisurarse. Allí aparece una deriva nómada entre los clérigos vagabundos y escolares mendicantes que visitan los pueblos cantando sus versos al amor libre, a la gula, a la embriaguez y a la vagancia. Los goliardos —así llamados por suponerse adeptos de un mítico San Golias— contribuyen en la Alta Edad Media a difundir las leyendas del país de Cucaña (en francés Cocagne, en inglés Cokaigne), tierra de libertad, abundancia y holganza que existiría hacia el Sur y hacia el Oeste. "Lejos en el mar, al Oeste de España/ hay un país llamado Cucaña", dice un poema inglés del siglo XIV. Brueghel lo pinta, con su montaña de azúcar, sus tejados de pasteles y sus aldeanos sentados sobre la hierba esperando para abrir la boca cuando uno de esos manjares se ponga a su alcance.

Románticos y aventureros se lanzaron a buscar, por mar y tierra, la concreción de estos mitos. A principios del siglo XVIII, los *coureurs-de-bois*, tramperos y cazadores franceses, se distribuyen sobre la vasta franja de bosques vírgenes que se extienden desde Nueva Orleans hasta Quebec, encarnando para los europeos el espíritu de libertad en armonía con la naturaleza del Nuevo Mundo. Y durante el siglo XIX, la intervención romántica en las artes y estilos aviva aun más el fuego de ese deseo de fuga del centro hacia los márgenes y periferias.

Luego, la irrupción del movimiento obrero añade un corte, una grieta fundamental en esa huella. Un universo de familias proletarias hacinadas en las ciudades de Europa primero, y de América después, genera una intensa actividad política, sindical e intelectual contra el capital industrial, comercial y financiero. La lucha por la reducción de la jornada laboral incluye el sueño de una sociedad en la cual no se trabaje más que tres o cuatro horas diarias. Esa lucha —de base o de vanguardia— es colectiva, gremial, partisana, pero también irrumpe, aquí y allá, en el deseo de

fuga que, siempre, es personal. Como Johnny, el personaje del cuento de Jack London "El apóstata", muchos adolescentes hiperexplotados en insalubres fábricas textiles o metalúrgicas un día abandonan trabajo, hogar y familia para "votar con los pies" y treparse al primer tren de carga que los lleve hacia la libertad:

"Después del crepúsculo, con las primeras sombras de la noche, un tren de mercancías se detuvo sobre la estación. Mientras cambiaban unos vagones para dejarlos en la vía muerta, Johnny se deslizó a lo largo del convoy. Abrió la puerta de uno de ellos y, con dificultad, se encaramó para entrar. Luego cerró la puerta. La máquina silbó. Acostado, en la oscuridad, Johnny sonreía".

América del Norte llamó hobo al vagabundo que viajaba en trenes cargueros de Este a Oeste o de Norte a Sur. La base socioeconómica de esta fuga fue el movimiento internacional de capitales, que aumentó la inversión en vías comerciales de zonas periféricas, zonas que por sus recursos naturales y su bajo costo de producción permitían obtener materias primas y vender manufacturas en nuevas áreas de un mercado en expansión.

Así, mientras crecían en Europa las masas de migrantes desterritorializados por el movimiento internacional de capitales, a lo largo y ancho de América muchos vieron la oportunidad de deambular gracias a trabajos estacionales, como las cosechas, la estiba, las barracas y depósitos portuarios. Y uno de los más importantes puertos de destino fue Buenos Aires. Desde aquí, extendiéndose tierra adentro sobre la telaraña de los trayectos ferroviarios, se desplegó esa deriva apropiadamente llamada como un "andar en la vía".



## La suerte del andariego

Una aclaración: la huella del vagabundo no es idéntica a la del *homeless*. Mientras que los habitantes sin techo de toda urbe son una muestra de exclusión extrema, forzada, impuesta por la sociedad de mercado, el croto siguió voluntariamente el rastro que lo llevaría a un lugar de no-pertenencia. El croto no se definió por la carencia que implica la preposición "sin". Su estilo fue más la renuncia que el despido. Y más el abandono del hogar que la pérdida de la vivienda.

Esa huella puede conducir hacia el mar, los bosques, las montañas o las pampas, pero conduce sobre todo hacia sí misma. "La tierra extraña, la separación, es la suerte del andariego" dice el hexagrama número 56 del I Ching. "Aquel que tiene pocos amigos, ése es el andariego". El andariego no quiere otra cosa que andar. La huella es un fin en sí. El camino es un destino.

"Ser uno solo y nada más, porque una piedra, un viento, un ruido, ya son compañía" subraya José Américo "Bepo" Ghezzi, el croto más famoso de la República Argentina.

"Heráclito sería uno de los nuestros", exagera Eugenio Rosalini, croto y profesor de filosofía, durante la Cumbre de los Crotos de Mar del Plata, en 1996. Porque, como decía Heráclito de Éfeso, "El Oscuro", en el siglo IV a. C. "las cosas se dispersan y se reúnen de nuevo, se aproximan y se alejan". Como los trenes. Como las cosechas de trigo o de maíz. Como los vagabundos que se encuentran en un cruce de vías y se desencuentran en otra.

Y es en uno de esos cruces donde se produce mi encuentro con El Pibe Materia.

## 2. LA TRADICIÓN ITINERANTE

De los atorrantes, los vagabundos alemanes,
los tirabombas, la importancia del ferrocarril,
las cosechas y el hombre de la bolsa.

*"¡Huelga general para toda la vida!"*
(Gregor Gog, 1929)

—Yo creía que todos los crotos eran ladrones— mi madre, sentada a la cabecera de la mesa del comedor, se abanica con una revista. Parece tan sorprendida como yo de los relatos de mi padre.

—¿Ves por qué nunca le dije nada?— él me mira de costado—. Ella es muy sugestionable.

Pero mamá tenía su parte de razón. Las familias de inmigrantes con oficio —como la de mi abuelo materno, que era sastre— desconfiaban de los que no tenían ocupación fija. Los inmigrantes sin oficio constituían el 75 % del total de los recién llegados a Buenos Aires alrededor del 1900. Si no encontraban trabajo, o si tenían que esperar varios meses hasta la próxima cosecha, pasaban a engrosar las filas del submundo marginal, portuario y orillero, en crecimiento desde 1880 en adelante.

### El devenir atorrante

En esa época, la palabra atorrante comienza a aparecer en versos populares y crónicas periodísticas para

referirse a los residentes de los grandes caños que yacían a lo largo de la ribera porteña, desde la barranca de la Recoleta hacia el sur. Según Fray Mocho, fue el escritor Eduardo Gutiérrez —autor de *Juan Moreira*— quien utilizó esa palabra por primera vez en el diario *La Patria Argentina*: la compañía que fabricaba esos caños, destinados a las obras sanitarias en construcción, era A. Torrant, nombre de marca que habría quedado grabado como un estigma para los *squatters* de la vieja Buenos Aires. No obstante, el epíteto puede tener otro origen, asociado con el verbo atorrar —dormir— que ya existía en el vocabulario argentino por lo menos desde 1870. Atorrante sería aquel que, como siempre duerme, nunca trabaja.

Sin embargo, los atorrantes tenían su dignidad: no eran mendigos, según admite Fray Mocho (bajo su otro seudónimo, Fabio Carrizo, en una *Caras y Caretas* de diciembre del 1900), "sino gentes que más por desabrimiento de la vida, por voluntad, abandonan los halagos y comodidades que pueden brindarle los recursos o sus familias y se retiran a un paraje solitario a llevar una existencia exenta de las molestias que puedan producir en su organismo las exigencias de la vida diaria".

Otros relatos acerca de esta minoría han sido menos irónicos. José María Salaverria escribía en *Tierra Argentina*, Madrid, en 1910: "El nombre de atorrante lo expresa todo; equivale a holgazán, hambrún, vagabundo. Pero no se parece a ninguno de sus hermanos europeos. No es el pícaro español, ni el pordiosero italiano, ni el vagabundo francés; participa de ciertas cualidades de sus congéneres, sin ser igual a ellos. El *cheminaux* francés es quien más se le asemeja; pero este vagabundo de los caminos de Francia incurre con frecuencia en el robo o la rapiñería campestre, en tanto que el atorrante no roba ni perjudica a las huertas y gallineros. Tampoco pordiosea. ¿De qué vive, en ese caso? Nadie lo sabe. Vive de milagro, de los residuos de la ciudad, de lo que llueve providencialmente, del aire, de nada. Pero el caso es que vive sin recurrir al daño".

Entre la crítica y la alabanza, los cronistas de la época dibujan una imagen imprecisa de esa tribu urbana en la que podían contarse napolitanos que se ganaban la vida haciendo girar la manija de un organito, franceses que abandonaban la ribera para largarse a caminar por el campo y exabogados alemanes que —mal que les pese a sus apologistas—, antes de morir de hambre o dedicarse a la mendicidad, preferían buscar comida en un gallinero ajeno.

Este conglomerado de extranjeros también venía a sustituir a un personaje que el empedrado de las ciudades expulsaba hacia el campo: el mendigo de a caballo. A lo largo de todo el siglo XIX, la figura del jinete mendicante, que vivía en las orillas de la ciudad pero recorría las calles céntricas, representó a una especie de hijo bastardo del gaucho nómada que para escapar de la injusticia de la civilización había escogido vivir a la intemperie pampeana. Por contraste, ese mendigo de a caballo dependía de las dádivas de la ciudad. De todos modos, según cuenta Emilio Daireaux en *Vida y costumbres del Plata* (1888), "acaso por el mero hecho de ir a caballo, no era vulgar ni desdeñado, era una especie de gaucho hidalgo, poco a propósito para el trabajo y que no juzgándolo digno de él, se convirtió en brujo, adivino, decidor de la buena ventura, poseedor de remedios cabalísticos, algunas veces payaso, que fingía estar loco o tonto para excitar la compasión del pueblo y alegrar los barrios o cuadras".

El atorrante, por su parte, fue el europeo sin trabajo que se instaló en las orillas, tratando de evitar con altivez el hábito de la limosna. Producto del cruce entre corrientes migratorias y un nuevo sistema de relaciones socioeconómicas en la Argentina, particularmente en el área urbana, el atorrante es un sujeto social que así como

casi no existía antes de 1880 —según observa Leandro H. Gutiérrez—, tampoco es registrado después de 1930: “La palabra que lo designaba puede haber sobrevivido, pero no aquel sujeto específico a quien ella evocaba”.

No puede decirse lo mismo de los crotos: aquí, palabra y sujeto establecen puntos de contagio que reproducen estilo, costumbre, linaje de minoría dentro de una tradición subterránea en la historia de Occidente.

## Monarcas del camino

En Alemania ya existía la tradición del *wanderer*, del errante o vagabundo, que Hermann Hess retrató en su novela *Knulp*. Éste fue el nombre del personaje que se las ingeniaba para no trabajar, que comía y dormía en la casa de numerosos amigos que envidiaban sus aventuras, y que sabía seducir a las chicas de todos los pueblos que atravesaban su camino. Pero Knulp un día envejece, enferma y se quiebra. Escapando de un hospital en el cual iban a internarlo, al final se encuentra solo, moribundo y cansado en medio de una tormenta de nieve y, entre añoranzas de una infancia feliz, se pregunta cómo fue que la vida lo llevó a ese lugar. Así llega a sostener un diálogo final con Dios, quien le muestra, si bien tardíamente, su vocación o llamado: Knulp tuvo que ser un vagabundo para llevarle a los sedentarios un poco de música, de alegría y de nostalgia por la libertad.

Otros *wanderers* no esperaron tanto para asumir esa misión y se largaron alegremente al camino. Una de las formas de esta tradición, sobre finales del siglo XIX, fue el movimiento llamado *wandervogel* (pájaros errantes): adolescentes alemanes de origen burgués que, inspirados tal vez en los antiguos goliardos, salían de mochileros, componían canciones y acampaban en los bosques, vestidos con pantalones cortos, sombreros tiroleses y capas de lana. Catorce mil de estos *wandervogel* sirvieron en la Primera Guerra Mundial, y una cuarta parte de ellos murieron en combate. Más tarde, muchos de los sobrevivientes se volvieron nazis.

La influencia de ideas socialistas libertarias y anarcoindividualistas en el movimiento obrero y estudiantil europeo pronto sería el detonante de otro tipo de vagabundo, más internacional que tirolés, más ateo que goliardo, más lumpen que burgués. En el período de entreguerras se produce un fenómeno de errancia masiva en dirección a los bosques y campos de Europa. Jóvenes alemanes, holandeses, suecos, noruegos, daneses, etc. salen cada primavera a andar con un atadito al hombro, durmiendo bajo las estrellas y trabajando en las cosechas de trigo, fruta o lúpulo para cerveza. Según Osvaldo Bayer, hacia fines de los años veinte —antes de que el crecimiento de las bandas de choque nazis barrieran con este fenómeno— se calculaba que sólo en Alemania deambulaban cincuenta mil vagabundos: toda una subcultura que había inventado una jerga propia con más de dos mil vocablos, y un lenguaje de signos y señales que dejaban talladas en las cortezas de los árboles, cerca de las carreteras, para avisar a otros, por ejemplo, si en la próxima aldea había policías, o perros bravos, o prostitutas. En su libro *Landstreitcher*, Knut Hamsun narró la vida de estos seres orgullosos, individualistas, enemigos de la autoridad.

Bayer observa que, denominándose a sí mismos “monarcas”, se juntaban sobre todo en isla de Fehmarn, en el mar Báltico, donde después de trabajar en las cosechas se gastaban su dinero en las tabernas y prostíbulos, realizaban desfiles y festivales, y se enfrentaban con la policía, a quien ridiculizaban en versos y canciones. Había entre ellos personajes como Pitz, de quien se decía que había sido compañero de caminatas de Máximo

Gorki. Eric Muhsam, quien en contra de la idea marxista del marginal como "lumpenproletario", siguió las ideas de Bakunin y fundó un grupo llamado Vagabundos. Gregor Gog, quien organizó el primer congreso internacional de vagabundos en Stuttgart en 1929, en donde se proclamó la "huelga general para toda la vida". Y Jost Pompold, cuya consigna era "el día que todas las mujeres del mundo ejerzan la prostitución comenzará el verdadero clima revolucionario".

### CONTRA LA ESCLAVITUD DEL SALARIO

Uno de esos personajes fue Kurt Gustav Wilckens, el vengador de los fusilamientos de la Patagonia, que mató de un bombazo al teniente coronel Héctor B. Varela en 1921. Wilckens, que era de una familia de la alta burguesía, no llegó a ser trashumante en su Alemania natal sino en Estados Unidos, a partir de 1910. Allí recorrió el país con un atado de ropa al hombro, trabajando en las cosechas, en fábricas de envases de conservas y pescados en escabeche, en minas de carbón, participando en asambleas y organizando luchas sindicales. Varias veces terminó despedido de sus trabajos y encarcelado; finalmente, fue expulsado. Pero en vez de quedarse en Alemania, volvió a cruzar el Atlántico, esta vez en dirección al sur: la Argentina sería el destino donde alcanzaría la estatura de héroe.

Aquí también Wilckens vivió como un linyera y trabajó ocasionalmente en las quintas de frutales, en los huertos y en los puertos de la Patagonia. Cuando estalla la rebelión patagónica de fines de 1920, Wilckens ya vive en Buenos Aires, donde la policía lo tiene fichado por sus vinculaciones con grupos anarquistas porteños. Aunque es un anarcopacifista, un antimilitarista influido por las ideas de Tolstoi, también respeta —y conoce personalmente— a grupos de "expropiadores" (partidarios de la acción armada). Al enterarse de la represión militar que termina con la vida de unos 1.500 peones rurales desarmados (según cifras de los anarquistas), su conmoción es tal que decide tomar la decisión que cambiaría para siempre su derrotero: atentar contra la vida del jefe militar responsable de los fusilamientos.

La historia es conocida y ha sido narrada de un modo magnífico por Osvaldo Bayer: Wilckens arroja una bomba de mano al paso de Varela en la calle Fitz Roy, es herido por varias esquirlas, no puede huir muy lejos, termina en la cárcel. Allí será ejecutado con un tiro en el pecho por un nacionalista de la Liga Patriótica Argentina llamado Pérez Millán. Y a partir de ese momento será inmortalizado por decenas de versos y alabanzas.

Así, Miguel Ángel Roscigna, en un artículo que aparece en el periódico *Anarchia*, de Severino Di Giovanni, llega a elogiar la figura de los vagabundos que "al estilo de ese gran linyera que fue Kurt Wilckens, con su mono al hombro, insometibles, inadaptables a la esclavitud del salario..., recorren el mundo de punta a punta, atacando y desgarrando en mil formas el falso principio que somete a los pueblos: la autoridad".

### MAS CROTO QUE LINYERA

La palabra linyera (al principio con "gh" en lugar de "y") era usada en la Argentina para designar a quien llevaba al hombro ese atadito de ropa que los italianos denominaban —quizá irónicamente— *lingera* (del neologismo *lingeria*: lencería o ropa interior). "Todo parece indicar que los primeros linyeras fueron italianos", dice Alicia Maguid, la hija de Jacobo Maguid, dirigente histórico de la Federación Libertaria Argentina (FLA). En un ensayo titulado "Los

crotos: la militancia trashumante", publicado en 1970, Alicia señala que durante la primera década del siglo XX ya era popular una copla en jerga criollo-genovesa: "De Tucumán in Salta/ de Salta in Santa Fe/ la pobre linghera/ marcha sempre a pie/ ¿Per qué?/ Per que no güe diñe...". *No güe diñe*, expresión asociada probablemente con el italiano "non guadagna", no gana (dinero).

Los linyeras eran, en su mayoría, trabajadores golondrinas que, como las aves migratorias, venían cada primavera en vapores de tercera clase, viajando a veces en la proa o entre los puentes, se quedaban tres o cuatro meses para las cosechas, y volvían a Europa alrededor de mayo a gastarse el dinero que habían juntado. Sostiene Julio Mafud en *La vida obrera en la Argentina* que en la primera década del siglo XX entraban al país unos 100.000 trabajadores golondrinas por año. El atado de ropa que llevaban a cuestas, con el tiempo, pasó a llamarse "el mono", tal vez —sugiere Hugo Nario— por la semejanza con la costumbre de los gitanos de andar por los pueblos con un monito al hombro. El mono se armaba con una bolsa de arpillera con las costuras abiertas para guardar la ropa, y se anudaba en dos puntas para que el brazo pasase entre las ataduras, pudiendo así llevarse cómodamente al hombro.

Más tarde, la descripción de "golondrina" dejó de aplicarse a la mano de obra europea que venía a trabajar temporalmente al país para designar a todos los que iban y volvían de las cosechas a sus hogares distantes, en su mayoría criollos. Y el término linyera comenzó a ser sustituido por el de croto. Palabra de consonantes fuertes, breve, agresiva, útil para señalar con un dedo a ese recorte criollo de una larga deriva.

—Yo te voy a decir cuál es la diferencia entre croto y linyera —interviene mi padre, con cierto aire de suficiencia, cortándose un pedazo de budín de pan que cocinó mamá para acompañar el mate—. Se les decía linyeras, al principio, a los cosecheros; o sea, a los que iban a trabajar a las juntadas de maíz o trigo y después se volvían a sus casas. En cambio, croto se llamaba a aquél que andaba siempre en la vía, a veces en las cosechas y otras sin trabajo. ¿Porque era bravo, eh? No era una vida para cualquiera. Yo te diría que un croto no se hace; nace.

Por supuesto que no estuve de acuerdo con esta última afirmación —me pareció retórica—, aunque opté por callarme. Con el tiempo aprendí que era exacta.

## El hombre de la bolsa

Si la deriva de las bohemias urbanas consistió en deambular por ambientes variados dentro de una misma ciudad "según las solicitaciones del terreno y los reencuentros que a él corresponden" (Debord), el movimiento de la bohemia rural fue, por el contrario, en dirección a los espacios abiertos y poco habitados.

Sin duda, el ferrocarril constituyó, como dice Alicia Maguid, el "decorado indispensable para la puesta en escena de nuestros crotos". Se había extendido a lo largo del país según la estrategia que más convenía al capital inglés, que incentivaba el desarrollo de ciertas regiones agroexportadoras, como la pampa y el litoral, en detrimento de otras. Con fletes reducidos para los productos manufacturados que venían del exterior —principalmente textiles fabricados en Gran Bretaña— e incrementos para las artesanías que venían del interior, el trazado de las vías se concentró en un 90 por ciento en Buenos Aires y en las provincias del litoral: la meta era abaratar los costos de extracción y transporte de materias primas para que éstas pudieran desembocar rápidamente en las zonas portuarias y conquistar mercados para los productos importados.

El itinerario de la deriva crota en aquellos años siguió,

por lo tanto, las líneas férreas que conectaban las zonas cosecheras. Trigo, lino, cebada, alpiste y granos eran juntados en los primeros meses del verano en Santiago del Estero, Santa Fe, Buenos Aires, La Pampa y el sur de Córdoba. La cosecha de maíz —una de las más solicitadas de mano de obra— comenzaba en febrero en el norte de Santa Fe y después continuaba en la provincia de Buenos Aires. También había cosecha de papa y batata en Buenos Aires, algodón en el Chaco, yerbatales en Misiones, obrajes madereros en Santiago del Estero, Santa Fe y Chaco, azúcar y tabaco en Salta, Tucumán y Jujuy, y recolección de fruta en Río Negro.

Así comenzó a dibujarse esa caricatura del hombre de la bolsa que, con la barba crecida, las ropas desechas y la bolsita a cuestas, merodea las casas del imaginario colectivo. Sólo en los últimos años del siglo XX —y, en particular, gracias a las investigaciones de Hugo Nario— se empezó a rescatar del pasado la figura del croto que deambulaba de cosecha en cosecha. Pero así como siempre ha sido equívoco colgarle esa etiqueta a todo aquel que vive abandonado en la calle, también lo es creer que el crotaje de la primera época era sólo un mundo de braceros rurales en busca de trabajo.

Había crotos fugitivos de la ley, la familia o el sistema salarial. Había peones rurales pero también delincuentes, desde rateros hasta asaltantes a mano armada. Crotos que vendían artesanías, baratijas, biyutería de la época. Crotos que cuando envejecían se compraban un carrito y un caballo para realizar ese reciclaje primitivo que fue el cirujeo. Crotos que cazaban nutrias, zorros y vizcachas. Crotos militantes, con la bolsita cargada de libros, volantes o periódicos anarquistas (básicamente *La Protesta* y *La Antorcha*) que llevaban a los rincones más alejados del país. Crotos que se instalaban como maestros de pueblo —sin título— para alfabetizar a los habitantes rurales.



Crotos que ayudaban a fundar bibliotecas populares, sindicatos agrarios, conjuntos de teatro, grupos de lectura y estudio. Y crotos filósofos que añadían a las lecturas de Malatesta, Kropotkin, Bakunin, Faure, Fabbri, Reclus y Ferrer, los libros de José Ingenieros, Gorki, Tolstoi, Stirner, Nietzsche o Schopenhauer, además del casi olvidado *Mikhail* de Panait Istrati.

Monarcas de los caminos del ferrocarril, los crotos de aquellos años fueron una especie de elite de los márgenes, una contracultura itinerante que quería sentirse libre, fluida e inasible frente al poder, el patrón y la policía. Sus vidas fueron la propaganda en actos, la puesta en escena de lo que otros escribirían, como señaló el dramaturgo Rodolfo González Pacheco en los años 20: “Es el bohemio de la ciudad trasladado al campo. El mismo tipo romancesco y belicoso. El mismo hombre, libertario por esencia, de pie al margen de las vías, como el otro de pie al margen de las sanciones burguesas”.

“Dejen lo seguro por lo inseguro”, llamaba André Breton, desde París, en la misma década. “Dejen, en caso necesario, una vida cómoda, lo que se les ofrece para el porvenir. Partan por los caminos”. Los crotos no necesitaban siquiera enterarse de que existían esas consignas. Ya habían escuchado su propio llamado.

## 3. TEÓRICOS DE FOGÓN

De la militancia nómada, las lecturas y discusiones, la campaña de ideas y el ángel de la libertad.

*"Cada uno es siempre libre de abandonar a su capricho, de hacer bando aparte si esto le conviene, de quedar en el camino si está fatigado, o de tomar el camino de vuelta si está aburrido."*

(Joseph Déjacque, 1858)

Corría el año 1931. Mi padre, con sus dieciséis años a cuestas, y apenas con tercer grado aprobado en la primaria, decide abandonar el trabajo de lavacopas que tenía en un bar de Mataderos situado en Tellier (hoy Lisandro de la Torre) y Rodó porque las cuentas ya no le cerraban: se había jugado la mayor parte del sueldo al billar y no tenía dinero para llevarle a su mamá y cinco hermanos. Entonces se le ocurre no volver a casa y largarse a andar de croto.

—Pero antes fui a un restaurant del barrio a juntar provisiones. Me senté en una mesa que estaba cerca de la ventana. Pedí de todo: para empezar, vermouth con su correspondiente picadita. Después una parrillada completa, vino, postre. Cuando terminé de comer, esperé a que el mozo estuviera dado vuelta, cerca del mostrador, y salí corriendo. Me persiguieron varias cuadras. Al final me escondí en un potrero y no me encontraron más. Enfilé para La Tablada. El mozo todavía me debe estar corriendo.

Así empezó la trashumancia de quien sería conocido en

la vía como El Pibe Materia. En La Tablada se acercó a un fogón alrededor del cual estaban tomando mates unos linyeras. Éstos lo invitaron a quedarse, y le hablaron de la cosecha del maíz que en esos momentos comenzaba en la provincia de Santa Fe. "¿Por qué no te venís con nosotros, pibe?", le dijo uno. "Yo no sé cosechar maíz", respondió el Pibe Materia. "No importa, te enseñamos". Y así fue como se enganchó con ellos. En un tren de carga, partieron esa misma noche.

Mi viejo aprendió a cortar la chala con la aguja maicera y llenar esa bolsa llamada "la maleta", que se ataba al cinto y llegaba hasta el suelo. La bolsa se arrastraba por el surco, entre las piernas; por cada una le daban treinta y cinco centavos. Hacía diez bolsas por día, y alguna vez quince. Pernoctó en estancias o a la intemperie, recorrió los campos "techiando" sobre los vagones de carga, vendió baratijas cuando hizo falta.

—Compraba cadenitas, estampitas religiosas, libros de cocina en un pueblo y después los vendía en otro. Cuando se me acababan, pedía. A eso le llamábamos "hacer la católica". O directamente "Isabel La Católica".

## La militancia nómada

Un nuevo tipo de sujeto, de personalidad marginal, ácrata por instinto, crecía en esos campos en las primeras décadas del siglo XX, señalando los posibles rumbos de una mutación de la existencia social. Una de las opciones era el devenir croto como "viaje de conciencia", o sea, vagabundear para lo que más tarde se llamaría "bajar línea".

En las ranchadas, los que no sabían leer escuchaban las lecturas en voz alta que realizaban los más militantes a la luz de los fogones. Ésta fue el aula donde crotos jóvenes como El Pibe Materia comenzaron a interesarse por la circulación de ideas. Mi padre fue siempre un lector ávido que formó buena parte de su cultura literaria y política gracias a las influencias de los anarquistas que frecuentó en la vía. Años más tarde me daría a leer los autores que había aprendido a querer en su juventud: Alejandro Dumas, Julio Verne, Jack London, Anatole France, Víctor Hugo, León Tolstoi...

"Ya mi saco está deshecho/ se me ha roto el pantalón/ por eso es que me encamino/ hacia la revolución" eran los versos anónimos que se cantaban en los fogones. "Que me miren por delante/ que me miren por detrás/ yo soy siempre un libertario/ que va contra el capital".

¿Por qué había tanto anarquismo en esa trashumancia? Lógicamente, el discurso anarco sobre la libertad debía ser más afín a los crotos que cualquier otro discurso político de la época. Por otra parte, los periódicos y grupos anarquistas siempre se interesaron por politizar a estos vagabundos.

"Hay, al lado de las vías, bajo los puentes, a través de las montañas, los desiertos y los bosques, innúmeros proletarios rebeldes a la explotación de la autoridad y la moral burguesas" decía *La Antorcha*, el 1º de mayo de 1925. "¡Lingheras, hermanos nuestros!"

Los Iconoclastas, Los Intelectuales, Los Incrédulos o El Sembrador de Ideas fueron algunos de los grupos organizados por esos trashumantes politizados. *El Manifiesto, Alba Libertaria, La Rebelión, Pampa Libre*, algunos títulos de las incesantes publicaciones ácratas que nacían en cada pueblo donde ponía los pies alguno de esos militantes nómadas.

Uno de los textos más leídos en las ranchadas a lo largo y ancho del país era la "Carta gaucha", escrito en Tandil por Luis Woollands, bajo el seudónimo de "Juan Crusao". El texto intentaba reproducir la jerga criolla hasta en la ortografía: "Yo deseaba que todos aprendieran de golpe par'haser enseguida nomás la revolución y

quedarnos dueños del país... Todos los pobres comerían entonse y tendrían con qué vestirse sin gastar nada; basta con que todos trabajasen un poquito. ¿Y quién iba a ser tan maula pa no animarse a trabajar tres o cuatro horas por día, qu'es lo que le tocaría a cada uno?".

—Papá, ¿es cierto que había tantos anarquistas entre los crotos?— pregunto, todavía algo incrédulo, mientras él cambia la yerba del mate.

—Casi todos eran anarquistas —sentencia El Pibe Materia—. Con la vida que hacían, qué otra cosa podían ser.

## Descalzo y ligero

Mario Anderson Pacheco, Enrique Balbuena, Marcos Riskin, Francisco Martínez, Anacleonte, son algunos de los nombres que Alicia Maguid recuerda como ejemplos del militante que llegaba con su palabra hasta los parajes más alejados del país. Aunque tal vez la mejor personificación de ese sujeto fue Ángel Borda.

Nacido en Entre Ríos en 1901, quien luego sería uno de los fundadores de la FLA se acercó a la vida de linyera a los catorce años. Después de dejar su casa, se puso a trabajar en un horno de ladrillos, en un potrero en cuyos alrededores acampaban caminantes y viajeros. Y a causa de una pelea, en la cual murió un hombre, tuvo su primer caída en una comisaría. Fue castigado con cepo, grilletes y barra. Tras su libertad, con apenas quince años, comenzó a vagabundear por su provincia y por la de Buenos Aires. Aprendió muchos oficios, entre los cuales destaca el de croto saquetero o estibador. En medio del clima de agitación desencadenado por la Revolución Rusa, Borda marchó hacia el Chaco —aunque en vez de tren, utilizó los barquitos y lanchones que navegaban el Paraná— e ingresó en la maderera de La Forestal, cuyos trabajadores



ya estaban en lucha contra los abusos de la patronal. Atravesó huelgas, represión, intento de toma del establecimiento por parte de los obreros, despido y cárcel. Y luego reinició su travesía por las provincias argentinas.

Borda fundó sindicatos de trabajadores navales, estibadores y peones rurales, en Entre Ríos y en Buenos Aires. Ayudó a crear clubes deportivos, bibliotecas, periódicos comarcales, conjuntos filodramáticos en remotas poblaciones rurales, a las que llegaba croteando en trenes de carga. Y recogió anécdotas, reflexiones, cuentos y poemas que fueron publicados post mortem como *Perfil de un libertario* por la editorial Reconstruir en 1987.

En esos textos se retrata el país de los crotos desde la experiencia directa, en un tipo de crónica con poca timidez ante la seducción de la apología: "La autoridad, la ley, no figuraban de ningún modo; la hermosa libertad brillaba en todo su esplendor. Los vagabundos encontraban allí un clima, un ilimitado campo de seguridad y tranquila estancia", dice Borda acerca de una estación ferroviaria alrededor de la cual solían acampar los linyeras. "Como por acuerdo tácito, cuando unos llegaban otros partían. Sabido es que los crotos nunca quedan fijos en lugar alguno. Ellos están siempre partiendo. El cambio constante, andar, andar en una fiebre que empuja, que compele, y ellos se van siempre de todas partes por muy bien que alguna vez los traten". Y hablando prácticamente de sí mismo, Borda relata: "Siguiendo el rastro del primer vagabundo que anduvo de a pie por estas pampas, que renegó del caballo porque lo consideró un humano, y de otro que andaba en su sangre buscando senderos no hollados, se puso en la huella. Se internó siguiendo la línea verde del horizonte, terminando por enamorarse de remotas lejanías a las que puso empeño en alcanzar".

Borda reunió el primer glosario de "modismos y lunfardías en el habla de los crotos". Y recogió un refranero que

comparte dichos gauchescos con otros provenientes de la inmigración europea. “Vado scalzo e vado leggero, sensa robba e sensa pensiero” (voy descalzo y voy liviano, sin cosas ni pensamientos) decía un refrán ítalo-croto, haciendo quizas eco a la deriva linyera de Arthur Rimbaud: “Sin hablar, sin pensar, sin dolor ni tristeza/ el amor infinito ascenderá en mi ser/ e iré, lejos, muy lejos, por la naturaleza/ feliz como si fuera con alguna mujer”.

## El ángel de la libertad

En verdad, para la mayoría de estos hombres, la mujer concreta, de carne y hueso, fue el factor sedentarizante por excelencia. Ángel Borda, no obstante, se las arregló para crotear en nombre de “la causa” aun después de casarse y de tener una hija. En una vivienda de Villa Lugano donde se conservan las esculturas que hacía Ángel a partir de raíces de árboles, su esposa, Libertad, pudo aportar testimonios sobre aquella vida a Ana Poliak, la directora del film *Que vivan los crotos*. Lo que se dijo en esas grabaciones nunca fue editado dentro del montaje de la película, pero aquí aparece en parte gracias a la gentileza de Poliak.

—Lo que buscábamos juntos es, justamente, lo que antes se llamaba la revolución social —son las palabras de Libertad, quien aprendió el arte de esperar con paciencia el regreso de su marido de aquellas croteadas—. Mujeres crotas no ha habido gran cantidad. Sé de alguna muchacha que anduvo, pero no mucho, no es común. Ha habido el caso de una familia que se va a la cosecha, pero ésta no era la idea de la crotería, ¿no? El croto de antes era otra cosa. Era la lucha, era enseñar a luchar, ¿no?

Estuvieron casi treinta años juntos. Ángel murió en 1980. Durante esa convivencia, Libertad adquirió una mirada política acerca del mundo de los crotos:



—Hay dos categorías: el que se pelea con la mujer y se va de la casa; y el otro, que va a hacer, como quien dice, campaña ideal. Va y explica cómo tienen que hacer, que luchar, que organizarse. Así era él (Ángel). No perdía la ocasión en decirles que era necesaria la organización... El croto idealista realmente nunca perdió ocasión de plantear las luchas. O bien la emancipación de la mujer o la del hombre. Ahora las luchas sociales son distintas, ¿no? Ya no se crotea como antes.

Nostalgias de otros tiempos, cuando andar en la vía era también una militancia..., y cuando una pareja podía encontrar su equilibrio entre libertad y compromiso.

—Yo comprendía que él había luchado tantos años, libre de andar de aquí para allá, que necesitaba que, aparte de que lo quisieran, comprendieran su ansia de libertad. Yo sabía que si lo trataba de atrapar, como quien dice, en dos días se iba a ir. Entonces traté de respetarle su libertad..., pero también ojo que pedía la mía, ¿no? Que por algo me llamo Libertad.

## 4. LÍNEAS DE FUGA

De linyeras expropiadores, crotos violentos,
saqueteros, cuchilleros, éxitos, fracasos y regresos.

*"Trabajadores del mundo: uníos y dejad de trabajar."*
(Jim Haynes, 1978)

—En la vida uno anda siempre como perdido— sentencia El Pibe Materia, revolviendo el agua donde hierven los tallarines—. Pero en la vía, de croto, uno anda como encontrado.

—Él siempre fue medio poeta— suspira mi madre, cándida como nunca, mirándolo con admiración. Supongo que se habrán enamorado mucho. Sin embargo, la imagen que ella me trasmitía de él, a lo largo de mi niñez y adolescencia, no era tan feliz. Mi viejo aparecía como un honesto y esforzado trabajador con poca fortuna y a merced de un "mal carácter" que lo hacía cambiar una y otra vez de empleo; un hombre que se peleaba con los patrones y que "no aguantaba" en ningún trabajo. Lo cual nos ocasionaba una tremenda inestabilidad. Ésta es, a grandes rasgos, la imagen que quedó grabada en mis memorias. No obstante, las anécdotas del tiempo en que él fue croto le añaden otra pincelada al cuadro.

—Yo era medio ladrón solitario en esa época —asegura El Pibe Materia—. Después me corregí.

Lógico: una gallina, una oveja ajena, una chacra medio descuidada eran presa fácil para quienes deambulaban de una cosecha a otra.

—Eran trabajadores tan dignos y con tanto sentido de la responsabilidad social —solía justificar Héctor Woollands, el hijo de "Juan Crusao"— que no trepidaban en arriesgarse a recibir algún chumbo de los cuidadores del capital y en cambio no se sometían a la bajeza y a la humillación de ir a solicitar limosna de puerta en puerta.

Exageraba, por cierto. Algunas veces mi viejo alternó el pedir de puerta en puerta con llevarse, en algún descuido, lo que se le ponía a mano.

—Una vez yo andaba haciendo la católica por el pueblo de Henderson, provincia de Buenos Aires— rememora, mientras hace fuerza para que no le tiemble el pulso al servir tres platos de fideos con salsa casera—. Resulta que yo iba a pedir a las casas particulares y a los comercios que encontraba abiertos. De repente me encontré con una armería en la que no se veía a nadie; estarían por el fondo. Entré y claro, al hacer ruido tenían que haber salido a atender. Era su obligación. Pero como no salió nadie, vi unas armas en una vitrina, abrí y saqué un revólver calibre 38. ¿Por qué? Bueno, ya que ahí no me darían nada me lo llevé. La necesidad obliga.

No le duró mucho. Mientras dormía, otro croto se lo robó.

—En esa época no le decíamos robar, sino expropiar —corregía "El Dandy", un linyera nacido en Mar del Plata y criado en Mataderos entre guapos y orilleros—. Desde Proudhon, sabemos que la propiedad es un robo.

### Linyeras expropiadores

No conozco los detalles de la teoría, pero parece que en las discusiones de los militantes de entonces, algunos hacían diferencia entre "expropiar" y "apropiar". "Desde que se comprobó que la propiedad es un robo, no hay más ladrones aquí que los propietarios", escribía Rodolfo González Pacheco, quien además de dramaturgo fue director de *La Antorcha*, en un artículo titulado, precisamente, "Ladrones". "Lo único que está por verse es si los que les roban a ellos no son de la misma data, de una auténtica moral ladrona: apropiadora... ¿Cuál es el fin del que roba? Acaparar. O, cuanto menos, sacarle el cuerpo al trabajo y la esclavitud que es su derivado inmediato. Para librarse de ser esclavos se juegan la libertad".

"El Dandy" es el apodo de Germinal Cerella, un hijo de anarquistas que a su modo se libró de la esclavitud del salario: primero fue croto, después pistolero, se dedicó al contrabando y al juego clandestino, y terminó disfrutando de sus ahorros en un chalet de dos plantas en la localidad de Ituzaingó en compañía de una esposa francesa que venía en viaje hippie desde Katmandú y que conoció en las islas Canarias. Germinal murió a los noventa y dos. Su mujer tenía cuarenta y cinco años menos.

—Había mucha gente del hampa entre los crotos —informa El Pibe Materia—. Yo conocí pistoleros famosos en su época: el Chileno, Facha Bruta, Boquita. Éste el apodo se lo ganó porque tenía la jeta así —mi viejo abre las manos en un ademán que indica el tamaño posible de una boca—. Otros eran ladrones de poca monta. Como uno que se llamaba As de Basto. Cuando un grupo entraba a robar en alguna casa, él enfilaba siempre para la cocina: se llevaba ollas, sartenes, cacerolas... Tenía una obsesión con eso. El vagón en el que viajaba As de Basto parecía una batería de cocina.

Había también personajes que debían cuentas a la justicia y que se perdían entre los vagabundos para pasar desapercibidos. Cada tanto, algunos de éstos reunían una banda para dar un golpe.

El Pibe Materia también robó en compañía, aunque sin mucho éxito. El golpe mayor fue con un amigo al que llamaban "El Platense", en una tienda de ropas e indumentarias.

Mientras él simulaba que estaba eligiendo géneros, en un descuido del patrón "El Platense" echó mano del "burro" —la caja registradora—. Pero no pudo sacar ni monedas; el patrón se dio cuenta de inmediato y tuvieron que salir corriendo en distintas direcciones. El Pibe Materia enfiló hacia el descampado. Cuando perdió de vista a la gente que lo venía persiguiendo —policías incluidos—, se dirigió hacia un alambrado. Se quitó las zapatillas, retrocedió varios metros descalzo sobre las huellas que él mismo había dejado, y después se escabulló debajo de los alambres, sobre una zona de pasto bien crecido, en dirección a una zanja seca. En ella se acurrucó, en espera de las voces que se acercaban. Escuchó a pocos metros cómo sus perseguidores intentaban dilucidar el rumbo del ladronzuelo; mencionaron que mejor sería volver con unos perros. El Pibe Materia decidió que no podía moverse de su refugio; asomando la cabeza sobre los pastizales, observó incluso el Ford de la patrulla policial rastrillando el campo hasta que llegó la noche. Esperó. Ya era madrugada cuando se animó a salir, sigilosamente, para cortar camino en dirección a las vías del ferrocarril. Estaba vestido, como la mayoría de los crotos, con un pantalón y camisa azul de dril igual a las que usaban los trabajadores de la estación. Cuando llegó a ésta, ya casi clareaba el día y podía pasar por un catango que iba a su trabajo. Miró a lo lejos unos crotos que empezaban a despertarse y hacer un fogón. *Home, sweet home*: la ranchada. Se unió a ellos; ya estaba fuera de peligro.

Más que masas, conglomerados o multitudes, los crotos formaban grupos de afinidad, bandas transitorias, manadas cuyos integrantes se unían para una changa o cacería, y se separaban en otro cruce de vías. Esta movilidad, como se comprende, nunca fue del agrado de la policía. Osvaldo Bayer afirma que entre vagabundos y policías siempre hubo una "latente guerra abierta". Latente o abierta, la guerra —dirían Deleuze y Guattari— es entre máquinas sociales sedentarias y nómades. Dos polos de un delirio, advierte *El Antiedipo*: un polo segregativo, paranoico, fascista, que desde una posición central afirma: "soy de la clase y raza superior"; y otro polo nómada, esquizo, periférico, que sigue las líneas de fuga del deseo y dice: "no soy de los vuestros, soy de la raza inferior, soy una bestia, un negro. La gente honesta me dice que no hay que huir, que no está bien, que es ineficaz, que hay que trabajar para lograr reformas. Mas el revolucionario sabe que la huida es revolucionaria, *withdrawal*, *freaks*, con la condición de arrancar el mantel de la mesa o de hacer huir un cabo del sistema".

## Crotos violentos

Mi padre conoció en 1948 a Laureano Riera Díaz, cuando este último era dirigente panadero del Gran Buenos Aires, durante una famosa huelga de veintidós días que el gremio, por cierto, terminó perdiendo. Díaz había sido un típico ejemplar del linyera que andaba de pueblo en pueblo llevando sus ideales a cuestas. Y en su libro *Memorias de un luchador social* aparecen estampas de ese universo trashumante. Pero su mirada sobre este río linyera que corría por las vías no incluye ninguna concesión a una supuesta "conciencia de clase" o "espíritu sindical". Al contrario, allí aparecen crotos trabajadores y ladrones, libertarios y apolíticos, solidarios y aprovechadores. La itinerancia linyera era una especie de escuela de vida para muchos activistas sindicales de aquellos años, casi como un émulo del viaje al extranjero que acostumbraban hacer los jóvenes alemanes de familias burguesas para perfeccionarse en sus estudios. Riera Díaz la definió como un "aprendizaje para la militancia social". Porque

“un luchador tiene que saber, igual que un albañil o un herrero, con qué materiales tiene que trabajar y, sobre todo, conocer a su pueblo, tal como es y no como lo pintan literatos y metafísicos”.

Así, Riera Díaz anduvo más de un año por las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Santiago del Estero, Tucumán, comprobando en sus viajes, “con profunda angustia” la ausencia de ideales en muchos de aquellos marginales, librados a una cierta “brutalidad viril, compadrona y pendenciera” hacia sus propios compañeros.

Como ejemplo, relata una pelea entre crotos saqueteros (estibadores). Estos crotos trabajaban en la carga y descarga de bolsas de cereal (trigo, avena, lino, etc.), que llegaban a pesar entre setenta y ochenta kilos. Las cargas podían hacerse en vagones o buques, o en galpones para su almacenamiento. En este último caso, había que subir corriendo con la bolsa a la espalda hasta ocho o nueve metros para alcanzar la punta de la estiba (así se llamaba a la pila de bolsas). Siempre ocurrían “accidentes”; según Julio Mafud, la indemnización por un brazo o pierna rota podía llegar a $100, pero la muerte apenas cotizaba $200.

Los saqueteros se sentían diferentes al resto. Solían vestir alpargatas de tela fina, chiripá o un amplio pantalón piamontés, pañuelo, sombrero, y tenían costumbres que los distinguían de los otros linyeras, por sus bravuconadas y alardes de destreza con las pesadas bolsas de cereal. Por ejemplo, para cargar un tren, alguno soltaba las bolsas y otro las tenía que esperar, una mano en la cintura y la otra con la palma hacia arriba para amortiguar el impacto sobre sus espaldas; luego, debía correr hacia el vagón y mandar la bolsa de un envión hacia adentro.

“Largue sin miedo/ no estoy en pedo”, desafiaban los veteranos desde abajo al que iba a soltar la bolsa. O “lárgala muerta/ pa’ tu hermana la tuerta”. La bolsa “muerta” era la que venía horizontal, la que caía planchada; y una de éstas fue la que derribó a un estibador en las cercanías de Ingeniero White, en presencia de Riera Díaz: el hombre quedó retorciéndose sobre un charco de sangre. Lo llevaron a la asistencia médica. Pocas horas después murió por una hemorragia interna. Pero el trabajo debía continuar.

Riera Díaz se había acercado a la estiba, junto a algunos compañeros, en busca de un trabajito temporario. Como la salida del tren estaba retrasada, de pronto se necesitaron más manos. El anarquista se prendió en la tarea. Pronto se dieron cuenta que era novato en el oficio. Así que le largaron una bolsa desde de muy alto y girando, “con remolino”, como se acostumbraba decir. Riera Díaz se agachó, la dejó pasar hasta que se estrelló contra el suelo, y sacó el revólver que tenía oculto debajo de la faja. Disparó hacia arriba. Hubo gritos, insultos, gente que corría a ocultarse de los tiros. Díaz escapó con sus compañeros antes de que llegara la policía. Jamás se enteró si ese día hubo algún muerto, pero —según él mismo asegura— “nunca derramé una gota de sangre inocente”.

### Entre cuchilleros

Era una ética peculiar, que combinaba elementos de la influencia ácrata con la tradición orillera que despreciaba a la cobardía como a la autoridad. Un culto libertario al coraje, que sostenía valores como el arrojo, la destreza y la temeridad en el combate.

“El Dandy” croteaba siempre con un cuchillo en la faja. Y se entrenaba con otros compañeros, como en el arte de la esgrima, primero con las palmas de las manos, luego con las hojas envainadas. A ese entrenamiento le llamaban “canchar”.

—Primero se enseña con las manos —ponía la derecha de filo y la movía como un cuchillo—. Uno pega un

cachetazo y el otro pa!, devuelve, eso es canchar, es la práctica, como la esgrima. Después se sigue con palitos. Y después con los cuchillos envainados, para no lastimarse. Aunque...

Solía mostrar con orgullo una cicatriz en el antebrazo.

—Este puntazo me lo dio un tal Artiles. Porque él me tiró una puñalada, así, de punta, y eso se considera una traición a las reglas. Estábamos practicando... Yo tenía 18 y ese muchacho 24 años. Él trabajaba en un horno de ladrillos; era de Necochea y famoso para el cuchillo. Resulta que yo cuando canchaba tenía la manía de levantar la mano, y Artiles me decía "¡baje la mano, carajo!", porque si tenés la mano levantada te pueden ganar abajo —hizo un gesto de tirar una puñalada al vientre— y entonces, chau, perdiste. De abajo siempre te va a entrar el cuchillo.

—¿Y entonces?

—Estábamos canchando y yo lo tenía a mano, lo llevé reculando hasta la mesa del horno de ladrillos y él se queda como apretado contra la mesa y cuando me ve así, me tira la puñalada. El cuchillo estaba envainado pero claro, de punta, me lo clava acá en el brazo. Entonces yo tiro la vaina al suelo y con el cuchillo pelado, le digo "peleame".

—¿Y el tipo?

—Cayó de rodillas. "Cortame, hermano, cortame", gritaba. Lloraba como un chico.

—¿Te pedía que lo cortaras?

—Sí, porque era contra las reglas lo que él hizo. Pero yo quería pelear.

—¿Y qué hiciste?

—Nada, quedamos amigos, como siempre. La amistad es una cosa sublime.

Mi padre, como es lógico, tiene su propia versión de ese *training* cuchillero.

—Yo nunca vi crotos con cuchillos envainados— afirma—. El cuchillo se llevaba así nomás, a la cintura. Ahora, lo del entrenamiento es cierto. Una vez estábamos entrenando, con el vasco Macroff, y resulta que yo levanté sin darme cuenta la rodilla. Me dio un puntazo sin querer, acá en el muslo. ¿Sabés lo que hizo el vasco? Corrió a buscar una cuchara, me la puso sobre la pierna justo abajo de la herida, recogió un poco de la sangre que salía, y después puso a calentar la cuchara sobre el fogón. Cuando se calentó, me echó la sangre caliente sobre la herida. Enseguida paró de sangrar. ¿Qué cosa, no?

—¿Y quién era ese Macroff? Qué nombre raro para un vasco...

—Sería un apodo. Era un tipo muy derecho, todos lo querían en La Tablada. Andaba siempre con una boina. Al poco tiempo lo agarró un tren. Quedaron los pedacitos para engrasar las vías.

—¿Y "El Dandy"?

—Ése andaba entre los crotos sólo cuando lo buscaba la justicia. Ahí nadie lo iba a encontrar. Al final, pagó con la cárcel. Se metió con la banda del "Pibe Cabeza", lo agarraron, le habrán probado algunos hechos y estuvo no sé cuánto tiempo en la Penitenciaría de Las Heras. Vos sabés que el "Pibe Cabeza" era un defensor de los crotos. Se cuenta que al norte de la provincia de Santa Fe agarró a un sargento que maltrataba a los linyeras y lo ató con alambre fardero a la vía de un tren. Después, al "Pibe" lo mataron en Mataderos en 1937, en un tiroteo con la policía. "El Dandy", en cambio, tuvo otra suerte. Pasó de croto a bacán. Aunque se hubiera comido algunos años a la sombra. Eso es lo que se dice: que con el botín escondido, pasó toda la vida sin trabajar.

Me lo cuenta en clave de picaresca, con admiración por el sobreviviente que no ahorró medios para evitar ser perdedor y que construyó su historia de éxito en la ilegalidad. Porque un vagabundo precisa tener talento para desplegar su deseo de ser rey. Y valentía para salir de la miseria a

punta de cuchilloo pistola. Peroquizá —y quizás es la única palabra que tal vez pueda decirse en este caso— necesita cierta predestinación en el derrotero de sus líneas de fuga.

### De regreso

Por su parte, El Pibe Materia vagabundeó sólo unos pocos años. El retorno a la casa materna resultó tan sorpresivo como la partida: todo fue sin avisar. Cuando volvió a Mataderos, venía vestido con una bombacha como la que usaban los gauchos.

—Mi madre me miró y dijo: “¿Quién es ese campesino?”. No me reconoció.

De ahí pasó a la filas del subproletariado de ciudad. Fue canillita, lustrabotas, ayudante de cocinero, peón de panadería y más tarde maestro en todas las especialidades: estibador, palero, maquinero, amasador, facturero... De croto a obrero. Sabía hacer medialunas, masas finas, todos los tipos de pan. Cuando se cortaba la corriente eléctrica, podía amasar a mano. Como era fácil conseguir changas —por un día, una semana, una quincena—, cambiaba una y otra vez de panadería; en ninguna duró más de unos pocos meses. Siguió igual después de casarse y del nacimiento de su hijo, o sea, yo. Lo máximo que permaneció en una panadería fue un año y medio, y eso fue para completar el tiempo que necesitaba para jubilarse. El cambio de lugar de trabajo fue quizá su manera de extender la trashumancia en la ciudad. Al final se jubiló con $230 por mes, durante los años en los que un peso argentino se convertía en un dólar.

—¿Y por qué dejaste de crotear, allá por los años 30? —le pregunto, a quemarropa.

—Y... Por nostalgia —responde.

—¿Nostalgia de qué?

—Nostalgia del regreso.



## 5. ABAJO EL TRABAJO

De errantes, desheredados, pistoleros, guapos, malandras y banqueros.

*"Abajo el trabajo y quien lo trajo."*
(Juan Filloy, Caterva, 1937)

*"Nosotros somos los vagabundos, los malhechores, la canalla, la escoria de la sociedad... Trabajadores: ¿queréis emanciparos? Pues venid a ser criminales con nosotros."*
(*El Perseguido*, 1890-91)

Cuando lo conocí ya no parecía un dandy pero aún merecía ese apodo. Tenía anteojos redondos como los que usaba Lennon, barba blanca, camisa y pantalón nuevos, zapatos de cuero. Caminaba con dificultad, apoyándose en un bastón de madera fina, a causa de una hemiplejía. Y se erguía con dignidad a sus 85 años. El problema principal: estaba marcado por portación de nombre propio.

Germinal es todo un apelativo en la historia del anarquismo. En especial, dentro de los individualistas. Esta corriente política y existencial, al contrario de lo que puede pensarse, no implicaba necesariamente el aislamiento de cada uno dentro de la ficción llamada "individuo"; al contrario, solía incluir cooperación con seres afines aunque renuentes a la actividad organizativa (incluso obrera). Unía a esos seres una fuerte sospecha: el ansia de organización siempre tiende a ser liberticida.

Grupos autónomos de afinidad, como Los Atorrantes, Los Desheredados, La Expropiación, Los Hambrientos de Barracas, La Libre Iniciativa, El Errante y El Descamisado, entre otros, proliferaron desde fines del siglo XIX en la Argentina. Algunos de ellos editaron periódicos con tiradas de miles de ejemplares, donde reivindicaban la antiorganización, el hecho agitador, la unión espontánea: "Los individuos deben unirse toda vez que quieran llevar a cabo un acto…; una vez realizado lo que se proponían realizar, el grupo queda disuelto". *El Perseguido* fue el más importante de esos diarios. El siguiente en importancia fue *Germinal*.

Es sabida la antigua costumbre, entre familias libertarias, de bautizar a los niños con sustantivos solemnes, notorios, destacados según referentes míticos o históricos. Pero al viejo calabrés Vicente Cerella —anotado como Chiarelli por los oficiales de inmigración— se le fue la mano: sus hijos fueron Mayo, Numen, Luz, Minerva, Iris Anarquía (quien tuvo que ocultar su segundo nombre con frecuencia), Ateo (quien terminó anotado como Américo) y Germinal.

### LINYERA PASHÁ

Fui a visitarlo una tarde calurosa de febrero junto a Alicia Vergili, ex alumna y periodista que me acompañó sin olvidar de llevar su grabador, por fortuna, a la primera, segunda y tercera entrevista. Él nos invitó a sentarnos en el living, sacó una cerveza de la heladera y le pidió a su joven mujer que encendiera el ventilador para que nos sintiéramos cómodos. Ella tenía una sonrisa breve, melancólica. Era delgada, de pelo negro corto, hablaba poco. La presentó como Lulú; me sonó a nombre falso.

—Nos conocimos en el 77 —la señaló con la cabeza, mientras me guiñaba un ojo— en un barco en las islas Canarias. Ella tenía 23 años, venía de Katmandú, anduvo por toda el Asia y quería ir a Sudamérica. Yo tenía 64. Ya hace más de veinte años que estamos juntos.

Alicia y yo nos miramos. ¿Chalet, barco, islas Canarias? ¿Donde estaba el linyera que vinimos a entrevistar?

—Es que yo pasé por todas las escalas sociales —comenzó a relatar de un modo casi defensivo, como si nos leyera el pensamiento—. Viajé en los techos de los trenes y también en barco, como un pashá. Primero, que con los milicos de los años 70, para un anarquista con un nombre como el mío no era muy inteligente quedarse en la Argentina. Segundo, me había rajado del país con la guita que les saqué a unos tipos que estaban en el negocio del oro. Así que por acá no podía aparecer. En fin, la pegué. Pero qué te puedo decir: todo lo que soy se lo debo a mi papá. Ése sí que fue un luchador de toda la vida: no fumaba, no bebía ni jugaba al fútbol. Al fútbol lo consideraba un opio de las multitudes, como todos los verdaderos anarquistas. Yo siempre seguí su ejemplo.

Parece que el viejo acostumbraba llevar a sus hijos a esos picnics en la Isla Maciel donde muchos portaban armas para hacer prácticas de tiro en el monte o los baldíos. Germinal recordaba con una cruza de orgullo y nostalgia ese amor del padre por las armas de fuego y la transmisión a los hijos de una cierta pasión expropiatoria. Es imposible reconstruir con fidelidad el ritmo de su relato; refino y edito como puedo las esquirlas de esa crónica oral trashumante, que a veces parecía no ir a ninguna parte, como la deriva linyera. Germinal era un narrador veloz, que disparaba fragmentos prontos a interrumpirse ante el cruce de una anécdota imprevista o a disolverse para siempre en una nueva historia.

—Pero aquella vez no fue la primera que yo viajé en barco, eh. Qué te pensás. Conozco el mar desde chiquito.

Porque resulta que cuando la Semana Trágica, en 1919, mi viejo era capo de la FORA en Mar del Plata. Así que una noche rodearon la casa y lo vinieron a buscar. Pasó dos años en la cárcel de Bahía Blanca. Y cuando salió, decidieron expulsarlo a Italia. Pero como él tenía mucha parla, convenció al juez que no podía separarse de su familia. Al final, la justicia dictaminó que el gobierno nos tenía que pagar el pasaje a todos. Así que viajamos en el *Principesa Mafalda*. Pasamos un año en el pueblito natal de mi viejo: Rossano, provincia de Cosenza; después nos volvimos a Buenos Aires. Siempre viajamos todos juntos, pero como mi viejo no podía entrar legalmente al país, tuvo que bajarse en Montevideo y entró a la Argentina un tiempo más tarde. Yo tendría entre diez y once años. Poco después de su vuelta empecé a linyerear por mi cuenta.

La familia se estableció en el barrio de Mataderos, donde Germinal conoció a los primeros guapos y malandras. Entre éstos construyó su carácter, con toda esa inclinación al combate y a la fuga.

—Por causa de una pelea, tuve que irme para siempre de mi casa a los catorce años. Resulta que yo andaba de novio con dos hermanitas; ninguna de ellas lo sabía. Pero se enteró un tío de ellas, un personaje orillero, que un día me vino a ver. "A ver vos, me dijo, ¿andás de novio con mis dos sobrinas?" Y me dio una trompada en la pera que me dejó mareado. Me metí corriendo adentro de casa pero no a esconderme, sino a buscar el revólver de mi papá. Ojo que yo sabía que era menor, que ese tipo me había golpeado delante de todos y que por lo tanto yo no la iba a pagar con la cárcel. Así que salí a desafiarlo. Pero el tipo ya no estaba. Ahora, esa noche, cuando mi viejo volvió del trabajo y se enteró, salió a buscarlo. Lo encontró dormido, lo sacó de la cama a trompadas, lo dejó de hospital. Y yo entonces me enojé. ¿Sabés por qué me enojé? Porque vivíamos en Mataderos, no sé si me entendés. Y lo que había hecho mi



papá significaba que le estaba diciendo a todo el mundo que yo todavía no era suficiente hombre para defenderme solo. Me enojé con el viejo y me fui de casa.

### Arriba de la bosta

Los primeros vagabundos que conoció eran artesanos: "vendían baratijas", recuerda. Pero su mentor en la vida de linyera fue un escritor español: Rafael Ambrosio de la Santísima Trinidad Ruiz de las Cruces Sánchez Games (no Gómez), un nombre que Germinal disfrutaba repetir de un tirón, como si estuviese venciendo a un trabalenguas, para agregar luego su versión abreviada: Ruiz.

Parece que este Ruiz publicó un libro en Córdoba, *Visión serrana*. Germinal no recordaba cuándo, ni lo tenía consigo, pero me mostró una foto del autor. Una figura de bigotito con las puntas retorcidas hacia arriba, boina y polainas, una estampa de principios del siglo xx que introdujo al joven linyera en esa bohemia diurna que viajaba gratis en los techos de los trenes.

—Vos acá no tenés patrón, me decía Ruiz. Sólo por eso, ya la vía es superior a todo. Si trabajás, sos tantero (trabajar por "tanto", la bolsa de maíz o lo que fuere) pero siempre es provisorio, por un tiempito. Después quedás libre. Y me mostraba a los catangos, los empleados en las estaciones del ferrocarril: ahí estaban, atados, encadenados a un pueblito de mierda. ¿Vos sabés por qué les decían catangos? Es el nombre de unos gusanitos que se forman debajo de la bosta. O sea: cuando en el campo levantás la bosta y la das vuelta, ves catangos. Empleados de estación. Calculá: les pagaban un peso cincuenta por día, y todavía les descontaban treinta y cinco centavos por la comida. ¿No eran gusanos? Si juntando maíz se ganaba treinta y cinco o cuarenta centavos

la bolsa. Cuando un hombre hacía veinte bolsas, eran ocho pesos. Claro que había que ser rápido. Pero esas excursiones eran fructíferas. Sí, era linda la vía.

Germinal juntó maíz, trabajó de matarife, y también de "manejante" (el que conducía las carretas, generalmente de dieciséis caballos, en las que llevaban las cosechas al puerto). Hasta tuvo una breve ocupación de detective para una esposa traicionada por su marido.

—Estábamos en la Sierra de Tandil con Ruiz y éste me dice: "Vos andá a buscar agua que yo junto unos cagajones para hacer fuego".

—¿Unos qué?

—En España así se le decía a la cagada de los caballos. No a la bosta: porque para los chanchos, era bosta; para los caballos, cagajones. Entonces voy unos 600 metros a buscar agua y, cuando vuelvo, Ruiz señala a una señora que estaba lejos, sobre la terraza de un casa que parecía un castillo. "Esa señora vino a preguntarme si había visto pasar a un tipo con traje marrón, rengo, que caminaba junto a otra mujer con velo. Parece que lo anda buscando", me dice Ruiz. Yo apenas escucho eso rumbeo para el castillo. "¿A dónde vas? Vení para acá", me grita Ruiz. Yo, nada: había visto la oportunidad. Llego entonces al castillo y saludo: "Buenas tardes". La señora contesta: "Buenas tardes". "Lindo día, ¿no?" "Lindo día, sí". Así va el diálogo, hasta que la señora pregunta "¿Usted es de acá?". "No, yo soy tuberculoso, enfermo de los pulmones, y por recomendación médica me paso todo los días por las sierras". "Ah" dice la señora, y ahí cae: "¿Usted no vio pasar a uno con traje marrón que camina un poquito rengo?" "Sí, le digo, iba con una señora con un velo". Le doy la descripción que me había anticipado Ruiz y entonces la mujer baja y se vuelve como loca, me agarra del brazo: "¿Dónde está, dónde está?". "Momentito, señora, qué se yo dónde está, lo vi pasar nomás". Y bueno. Ahí nomás llegamos a un arreglo. La señora me contrató para espiar al marido. Me pagaba diez o veinte pesos por día, no me acuerdo. Le hice bien el trabajo; hasta averigüé que el tipo tenía una casa de juego ahí en Tandil. Después me fui, no iba a andar de vigilante toda la vida. Con la guita que junté, me compré un Colt.

Volvió a las cosechas. Pero ya con el talento y la herramienta para empezar a ganarse la vida de otro modo. Además, tenía debilidad por la ropa fina, él siempre lo decía. Tal vez era uno de los pocos crotos que llevaba sábanas en la bolsa al hombro.

—Sí, el mío era un monito bien armado, limpito —porfiaba.

—Eso de las sábanas es la primera vez que lo escucho— le advertí.

—Pero sí, llevaba una o dos sábanas. Apenas llegaba a un arroyo me lavaba toda la ropa. Yo era buen mozo y me gustaba vestir bien. Una de las debilidades que teníamos los porteños eran los trajes, los zapatos, las camisas bordadas, la ropa interior mandada a hacer a medida. Así que cuando podía, me mandaba a hacer ropa, qué te creés.

## Quien prefiere la caída

A los 17 años, otra pelea torció para siempre el rumbo de su viaje.

—Yo era empleado de un vasco que se llamaba Villegas Iturralde, de Tandil. Le hacía de manejante en su carro. Me trataba bien, comíamos de todo, lo acompañaba a beber sus buenos vinos, por supuesto que nunca fui borracho, en mi casa me habían enseñado otra cosa; así que yo esa vez estaba tranquilo, simplemente bebía un poco con el vasco Villegas, en una pulpería. Resulta que cayó un tipo recién salido de la cárcel de Sierra Chica, un

tal Palacios, que lo conocía al vasco. Y como yo era porteño y ese tipo era paisano, él me entró a buscar. Yo era arisco, cosquilloso. Empezamos a discutir por una cosa o por otra, no sé si por la guerra del Paraguay, y el vasco Villegas, con el ánimo de parar la pelea, me pidió que fuera a buscar los caballos. Entonces este Palacios me ofrece un redomón que tenía el dueño de la pulpería. ¿Sabés qué es un redomón? Es un caballo que cuando lo subís puede empezar a corcovear; ahora cuando anda, anda. Yo me crié entre caballos, ahí en Mataderos, les conozco todas las mañas y las trampas. Entonces vi que este Palacios le ponía el recado al redomón, pero que lo cinchaba corrido; o sea, en vez de cincharlo acá (al medio), lo cincha acá (un poco más adelante de la barriga del animal) y entonces el caballo mete la panza y te corre la cincha; o sea, vos lo apretás pero no queda firme el recado. Imaginate, un redomón, que podía empezar a corcovear, y con el recado así... Yo lo miré a Villegas, y Villegas fue a cincharlo bien al caballo, porque él también se dio cuenta de que el Palacios ese me quería hacer pasar un papelón. Y bueno, monté. El caballo pegó un salto y yo le metí palo y palo, y salí. Lo más bien; fui a buscar a los otros caballos, volví. Pero ahí sí, al volver, fui directo al Palacios ese y le dije: "Ahí lo tenés a tu caballo, todo reventado por los golpes que le di". Entonces el tipo sacó el cuchillo. Yo me tenía fe para la pelea, para mí era una fiesta, era cristalizar mi deseo de probarme con el cuchillo. Peleamos. Y lo corté. Pero no vi el final. No sé si quedó vivo o muerto. Porque se armó un lío bárbaro en la pulpería, Villegas tuvo que sacar una Full, uno de esos revólveres franceses con tambor, y disparó cuatro o cinco tiros. Ahí, aprovechando la confusión, yo agarré el mono y me fui a cortar campo. Nunca supe qué pasó.

Germinal aprendió lo más rápido que pudo a dejar de crotear sin convertirse en catango. Con su primer Colt,



participó en varios asaltos. Llegó a unirse al grupo que operaba con “El Pibe Cabeza”. Y parece que fue uno de los pocos sobrevivientes de aquella banda legendaria. Por cierto, como confirmó mi padre, pagó sus andanzas con cinco años de cárcel en la Penitenciaría de Las Heras. En febrero de 1937, desde la sombra le escribió un poema a Julio Gordillo, alias “Pibe Cabeza”, recién abatido por la policía en Mataderos. Me lo leyó: "Él murió al caer el día/ un martes de carnaval/ y el árbol que al caer lo vio/ pobre, vencido de muerte/ compañero de su suerte/ también desapareció/ Pero ahora quiero yo/ cantarle a la sociedad/ si es vencido en realidad/ quien prefiere la caída/ porque en ley pierde la vida/ pero no la libertad".

El diario *Germinal*, que llegó a tirar 2000 ejemplares hasta su final, en 1898, afirmaba que en el mundo del futuro "sólo los necios trabajarán". Y este Germinal que portaba nombre propio a conciencia quiso vivenciar una parte de aquel mundo en el presente. En la década del 1950 se dedicó al contrabando de autos en la célebre zona franca del paralelo 42. Ahí cayó de nuevo, después de un ametrallamiento en la región del Maytén.

—No se puede usar armas de guerra para reprimir a tipos como nosotros —le protesté al comandante de la Gendarmería; nos habían disparado con una ametralladora de pie.

Me lo contó en la segunda entrevista, con esa voz agriada por la edad que quedó registrada en la cinta del viejo grabador. Dijo que aquello había ocurrido como a las tres de la madrugada. Venían por un camino desierto del sur y, de repente, sonó la metralla frente a los autos. Aquel que conducía Germinal recibió dos tiros, uno que entró por una ventana y otro que le reventó una goma. Germinal giró el volante de un tirón para dar la vuelta, haciéndose a un lado para que no lo chocaran los otros dos vehículos que venían detrás. E intentaron regresar a

toda velocidad en la dirección por la que por habían venido. Pero no pudieron llegar muy lejos; en el Maitén la Gendarmería ya había dispuesto una barrera.

Cuando lo desgrabó, Alicia Vergili no pudo ubicar en la cinta cuántos más años de cárcel tuvo que pasar por esa segunda caída. Había tanto en aquel relato; detalles que el tiempo borra.

### Y que trabajen los necios

—Después me volví un bacán —Germinal, satisfecho, destapó otra cerveza—. Estuve en quiebras fraudulentas, en el negocio del oro, hice mucha guita. Viví en distintos lugares, compré una finca en Misiones, después viví en Concepción del Uruguay, en Necochea, Mendoza... Ahora, acá.

Miraba a su alrededor, al interior del chalecito de suburbio. De repente, la cronología avanzaba a los saltos, las anécdotas se resumían en tres palabras. Y quedaba claro que había cosas de las que prefería no hablar.

—Vos viste que la plata no tiene dios ni bandera. Entonces, si hay que conseguirla, sólo hay que preguntarse cómo, y punto. Nada más. Gracias a ese pensamiento mío alguna vez pude ayudar a los amigos. Por ejemplo, a Emilio Uriondo. ¿Sabés quién era Uriondo?

En *Los anarquistas expropiadores*, Osvaldo Bayer traza un perfil de Emilio Uriondo, uno de esos militantes armados de las primeras décadas del siglo XX, formado junto a Miguel Ángel Roscigna y Severino Di Giovanni. Un criollo de pura cepa, levantisco, leal, autodidacta. Un expropiador de verdad, que robaba para financiar al movimiento libertario y que luego volvía a su trabajo habitual de albañil.

—Qué tipo. La madre era india, sabés. Uriondo tuvo un pibe, que ahora debe andar por los 50 y pico de años. Me acuerdo que yo tenía mi oficina en la calle Suipacha, casi esquina Córdoba, un semipiso con todos los chiches, empleados, mucama, en fin. Una vez me llevaron a un juzgado en lo criminal por culpa de un empleado mío, que había emitido un montón de pagarés, en una de las tantas operaciones de quiebra. ¿Sabés cómo se avivaron? A ese empleado se le ocurrió hacer todos los pagarés para la fecha del Día de los Inocentes. Qué bestia. ¿Cómo va a hacer ese chiste? Por suerte, el caso lo saqué en seguida a un tribunal en lo civil.

—Pero ¿cómo llegaste a tener esa oficina? ¿Pagarés, empleados...?

—Pará que te cuento lo de Uriondo. Un hombre de veras. Recto. Idealista. Un día me viene a ver a la oficina y me dice: "Tengo que operar al nene del corazón. Hice cuentas, y pensé que el único que me podía tirar un cable era Germinal". Así me dijo. Resulta que su nene tenía cinco años. Y yo tenía un fangote de plata, pero pensaba: ¿y si todo lo que hay en la caja de seguridad y en el banco no alcanza? Porque me imaginaba que la operación iba a salir una fortuna. Lo iba a operar Liotta, en el Hospital de Niños, te imaginás. Le dije: "No hay problema, Emilio, pero ¿cuánto precisás?". "Diez mil pesos". Ah... Bueno. No era tanto. O sea: mucha guita en los años 50, pero para mí era una estupidez. ¿Sabés por qué era una estupidez? Porque sabía cómo conseguirla. No era un gil que me deslomaba laburando. Para mí la guita venía fácil. Y por eso también se podía ir fácil. Así que no lo dudé: enseguida le di no diez, sino veinte mil. Uh... Uriondo no lo podía creer ni los quería agarrar. "Acá está la plata y punto", le insistí. "Acá hay un motivo por el cual se demuestra que la plata puede servir para algo". Yo pensaba y sigo pensando así. Para eso sirve. Qué importa cuánto necesitás: se consigue y punto. Uriondo al final agarró los veinte mil, claro.

El chico se operó, todo un éxito. Pero ¿qué pasa? Al mes Uriondo viene, y me los devuelve. Los veinte mil enteros. Qué lo parió. ¿Te das una idea de la clase de tipo que era?

Creo que me doy una idea. Pienso en esa actitud al mismo tiempo pícara y heroica, de guerrero y de buscón, de rebelde y de aprovechador con capacidad para hacer cierta reconversión de su destino. Por supuesto que desconfío de la veracidad de algunas zonas del relato de Germinal, de su orgullo delincuencial, de la ligereza con que se puede fanfarronear en medio de una historia de éxito ilegal. Pero también me acuerdo del mito del linyera rico, millonario, esas leyendas urbanas que solían irrumpir cuando se veía a algún vagabundo con su bolsa al hombro: "Dicen que ese croto tiene millones escondidos". Quizá no eran leyendas.

En *El banquero anarquista*, Fernando Pessoa propone un discurso argumentativo satírico acerca del dinero. Habla de la acumulación de capital financiero entre los enemigos de la sociedad burguesa. Dice: si se quiere destruir esas ficciones sociales que llamamos Estado, religión, dinero, si se quiere eliminar esas formas que nos subyugan y dominan, habría que subyugarlas o colocarse por encima de ellas para librarse de su influencia. En especial, dedicarse a dominar la ficción llamada dinero para no ser sometido por ella. Pero, continúa la argumentación, esto nunca podría lograrse huyendo de la civilización a comer raíces y beber agua de los manantiales. Nunca sería posible rechazar por completo el dinero indispensable para sobrevivir. "¿Cómo subyugar al dinero combatiéndolo? ¿Cómo hurtarme a su influencia y tiranía no evitando su encuentro?", se pregunta el argumentador de Pessoa antes de detonar su bomba retórica: "El método era sólo uno: adquirirlo, adquirirlo en cantidad suficiente como para no sentir su influencia, y en cuanto mayor cantidad lo adquiriese, tanto más libre



estaría de esa influencia. Fue cuando vi esto claramente, con toda la fuerza de mi convicción de anarquista, y toda mi lógica de hombre lúcido, que entré en la fase actual, la comercial y bancaria..., de mi anarquismo".

Más que una lógica, una paralógica. O una muestra de la ilimitada potencia del habla, capaz de justificarlo todo. Claro que un discurso satírico no debería usarse para desacreditar una lucha, una sed, un río que empujó a tantos hombres y mujeres contra la corriente del capital, las clases y el Estado. Pero entre las muchas formas de ser anarquista (e individualista), la de Germinal se aproximaba demasiado a la de aquella caricatura.

—Sabés qué pasa —él no tenía paciencia para discutir con otra lógica que no fuera la de cierto *common sense* construido en la vía—. Yo, en todo lo que hice, siempre traté de conseguir el mayor producto con el menor esfuerzo. Es una ley que todo el mundo busca, sigue y obedece. Aunque no lo diga.

¿Una ley de la vía? También hay otra: el acaparador, el propietario termina siendo esclavo de "su" propiedad, de "su" dinero. "Propiedad, en el sentido burgués de la palabra, significa propiedad sagrada"… (mientras que) ser libre de alguna cosa significa simplemente carecer o estar exento de ella" (Max Stirner). Tal vez por eso los vagos contemplativos de la novela *Caterva*, de Filloy, gastan y prodigan como aristócratas el dinero "confiscado". Tal vez por eso lo mejor es soltar, no aferrarse a ningún punto fijo, territorio, posesión. No recortar otra porción de suelo para después tener que defenderla entre rejas o paredes. Y no dar nunca por seguro nada de lo que se tiene. Ni siquiera el relato de un testigo presencial grabado en una cinta.

Esto último lo aprendí de golpe; en la tercera visita, la entrevista se derrumbó apenas llamamos a la puerta. Esa vez, Germinal no ofreció cerveza ni silla para sentarse a la mesa.

—No quiero que escribas nada de lo que grabaste

hasta aquí —me dijo, directo a los ojos—. No mientras yo esté vivo.

Me quedé sin palabras. Ya había preparado una lista de preguntas para cubrir las perforaciones que exhibía el relato. ¿Acaso querría dinero, pretendería cobrar por las entrevistas? No lo mencionó, no parecía necesitarlo.

—Sabés qué pasa: todavía me pueden andar buscando. Mirá que mucho de lo que te conté, para la justicia, no prescribe. Además, hay otra cosa: Germinal es un nombre único, nadie lo tiene. En el mundo del hampa, hubo un solo Germinal. Que fue anarquista. Y linyera. Ése soy yo.

No recuerdo qué le dije, protesté débilmente, pero al final tuve que aceptar, asegurarle que no arriesgaría su nombre en un libro. ¿Acaso un alias?

—Tampoco quiero. La historia que te conté, simplemente, borrala. Porque cuando salga publicada, alguno se va a avivar de que soy yo. Todavía andarán pensando que les debo algo, y por ahí hasta tienen razón. Quiero vivir tranquilo los últimos años que me quedan.

Prometí respetar su voluntad. Nos despedimos.

Pero en las diez cuadras que caminamos hasta la estación Ituzaingó, Alicia y yo no pudimos dejar de preguntarnos qué le habría hecho cambiar de opinión después de haber permitido que grabáramos varios casetes.

—Me parece que lo que él hizo nunca fue muy revolucionario —reflexionó ella cuando ya íbamos en el tren—. Dice que su padre fue un verdadero anarquista, pero ¿él? Se habrá colgado la chapa, la etiqueta para justificar los robos, los asaltos. Y ahora no querrá que otros anarcos se enteren de esas cosas.

Puede ser. O que apenas nos contó algunos hechos y no otros. O que mintió, exageró en torno de algunas hazañas y después le entró miedo. El fugitivo, el vagabundo que esconde su tesoro, el perseguido: figuras que también cultivan paranoias, mitomanías, obsesiones de la intemperie.



Mi viejo se encogió de hombros ante el desenlace de la entrevista.

—Debe estar en deuda por alguna mejicaneada —sentenció, utilizando el clásico término lunfardo para la acción de llevarse todo o parte del botín robado.

Lo cierto es que mantuve mi palabra. Sólo fui tentado por algunos colegas a realizar una traición diminuta, casi imperceptible: pondría un seudónimo para contar una pequeña parte de esa crónica de vida.

Y así lo hice: gracias a algún recuerdo borroso de mi padre, en la primera edición de este libro incluí un par de párrafos atribuidos a un linyera de Mataderos supuestamente denominado “El Dandy”.

Los años siguieron su paso. Germinal Cerella murió en el 2004. La fuente ya no corría peligro, había dejado de existir. Entonces empecé a sentirme libre para rescatar por completo ese elusivo pedazo de memoria. Y reproduje todo lo que me contó en estas páginas. Palabras más, palabras menos, aquí lo único ficticio es el apodo.

## 6. BOHEMIA EN PAMPA Y LA VÍA

De los linyeras a caballo, una biblioteca en la cueva, las Tres Marías, la comuna de maíz y los matrimonios viriles.

*"No tiene amo; no labra el suelo; dificilmente sabe lo que significa gobierno."*
(Samuel High, 1829)

Tiene alrededor de un siglo. Camina rápido, con la espalda algo inclinada, mostrando algunos kilos de más en la barriga. Su único medicamento son unas pastillas para el corazón. Su vista de águila fue recuperada gracias a una operación de cataratas que le hicieron a los ochenta y siete. No usa anteojos. Escudriña un rato entre los estantes de su biblioteca para ubicar el título que quiere mostrarme; nuestras miradas se cruzan sobre esos lomos viejos, gastados, deteriorados, de ediciones de la primera mitad del siglo. Allí están las obras completas de Bakunin, varios libros de Herbert Read, casi todos los de Osvaldo Bayer, descubro incluso *La ciudad anarquista americana*, de Pierre Quiroule, en una edición de *La Protesta* de 1914. Por fin encuentra lo que buscaba: *Los Aidurs*, de Panait Strati.

—Éste también fue croto —exclama, emocionado, como si me estuviera presentando a un viejo amigo.

Martín Finamori nació en 1907 en Loberías, y creció en Claraz, provincia de Buenos Aires, en una familia de siete varones, cuatro mujeres y un hermano de crianza. No terminó el tercer grado de la primaria. Su ortografía es insegura, pero sus lecturas fueron abundantes dentro

de la banda de textos libertarios. Comenzó sus andanzas a los trece años cuando salió a trabajar para un "turco" (probablemente sirio o libanés) que vendía ropa y baratijas a bordo de un carro con cuatro caballos —dos adelante y dos laderos— por los pueblos y ciudades de la provincia.

—Había aprendido a hablar en árabe —me dice, con su entonación de hombre de campo, justa para esa piel oscura y cabellos lacios que en alguna época supieron ser negros—. Conocía los números para los precios y también para ayudar al Turco cuando éste se ponía a jugar al truco en alguna fonda. Él me mandaba a cebar mate; yo era chico y nadie sospechaba cuando hacía la ronda y espiaba las cartas de los demás. Entonces le hacía señas de atrás, o le daba alguna indicación en árabe. El Turco me tenía aprecio; ganaba siempre.

### Linyeras a caballo

El padre de Martín era italiano, carnicero y radical, en ese orden. Y la Primera Guerra Mundial lo dejó en la ruina.

—Cuando terminó la guerra, las vacas que mi padre había comprado a setenta u ochenta pesos, pasaron a valer cuarenta. Se vino abajo. Como éramos muchos, y la casa estaba a nombre de otro, mi papá se quedó sin nada y nosotros nos fuimos huyendo, cada uno por su lado. Yo era uno de los más chicos. Me decidí a salir de croto. Salimos a caballo con otro hermano mío, mayor, muy jinete, domador. Fuimos a Mar del Plata, llegamos a Tres Arroyos, a Tandil, trabajamos en estancias. A veces bajábamos a algún arroyo, cuando veíamos un fueguito, y si encontrábamos unos crotos nos juntábamos a la ranchada. Alguno decía: "Dejen el caballo, vénganse a la vía". Pero cómo íbamos a dejarlo. El caballo era una cuestión sagrada para el criollo.

Estuvieron recorriendo la provincia por casi tres años,



como estampas de ese arquetipo del gaucho nómada que despertaba la fascinación, la envidia y las fantasías de libertad entre los chacareros. Esa figura retratada por Justo P. Sáenz en su novela *Los crotos*, donde a éstos se los pinta con indumentaria gauchesca, andando al tranco, muchas veces acompañados por un perro. "Por el perro debe ser croto", decían los estancieros acerca de algún jinete que se veía a la distancia.

—Sí, nosotros también andábamos con un perro, al que llamábamos Argentino —coincide Martín—. De repente, cuando veíamos una oveja medio rezagada le decíamos "Argentino, ésa, ésa". El perro iba y agarraba la oveja. Nosotros la carnéabamos.

### Entre crotos conocidos

Martín se convirtió en un famoso croto de Rosario, famoso por esas cosas ante las cuales la mayoría de la gente evitaría criar fama: desde participar en cada acto de la Unión Socialista Libertaria hasta aparecer en un panel sobre los linyeras en el programa de Santo Biasatti, del canal de televisión *Todo Noticias*. Y disfrutó de inmediato su nueva popularidad; aceptó de buena gana que lo entrevistara. Pero cuando le dije que su testimonio sería parte de un libro con otros relatos de vida, se desilusionó; creía que el libro iba a ser para él solito.

La entrevista se realizó en la vivienda que Martín había comprado después de casarse y dejar de deambular: un largo patio con parra y otras plantas, varios ambientes, un taller al fondo. Almorzamos alrededor de una mesa de ñoquis y pionono servida por una de sus hijas, una arquitecta que instaló un estudio en esa misma casa. Sentado a la cabecera, sin camisa, Finamori me invita a tomar un vino blanco de cartón, con soda.

Quiero saber cómo, cuándo y por qué se hizo anarquista. Él me responde con un dónde.

—Todo empezó en Necochea. Yo más bien fui un ladero, como dicen los criollos. Mire. Cuando terminé la conscripción, no tenía trabajo, se había muerto ese hermano con el que habíamos salido juntos, a caballo. Fui a la casa de una tía, ahí en Necochea, pero ella también andaba muy pobre. Y empecé a trabajar en el puerto. Me acostaba abajo de los tamarindos, junto a varios crotos. Fui al sindicato; me tenía que afiliar. Y el sindicato era anarquista (la FORA, Federación Obrera Regional Argentina). Había asamblea todos los domingos. Me llamó la atención que ahí en el puerto a usted le pagaban todos los días, que uno trabajaba ocho horas y cuando todavía estaba el sol se iba para su casa. En cambio, en el campo había que trabajar de sol a sol. Por eso me puse del lado de los anarquistas. Además, qué quiere que le diga: la gente se hace asigún con quien ande.

Eso fue a fines de los años 20. La represión aumentaba. Casi todos los que estaban en la dirección del sindicato eran extranjeros y podían ser expulsados de la Argentina por aplicación de la Ley de Residencia. Así que Finamori, como nativo del país, era un buen candidato para encabezar los reclamos gremiales sin peligro de deportación. Llegó a ser secretario del sindicato.

—Pero empezó a caer la policía a las asambleas. Antes de Uriburu ya se sabía que venía la represión. La cosa se ponía fea. Y cuando el golpe del 30 nos vinieron a buscar.

Algunos intentaron resistir, hubo tiros, al final los arrearon desde el local de la FORA hasta la seccional. De pronto, allí en medio del tumulto, entre tantos detenidos, lo llamaron por el apellido; lo reclamaba un oficial que en otros tiempos había sido comisario en el pueblo de Claraz. Resulta que el policía era radical y por lo tanto conocido del viejo Finamori; muchas veces, cuando salía de recorrida, el comisario iba a visitar a la familia para tomarse un mate. El oficial lo atendió en su despacho, a solas. “¿Qué hacés acá?” le dijo con rabia. “Pero vos sabés en qué te has metido, negro”; el comisario parecía desesperado. “Vos ya sos candidato para la cárcel de Usuhaia”. Y le hizo un favor: lo envió junto con un grupo que salía a comprar comida para los que quedaban presos. “Pero no te quiero ver más por acá”, amenazó, casi con cariño. Martín salió caminando por la puerta de la comisaría, explicando a los agentes que el oficial le había encargado un mandado. Alcanzó a un grupo de siete u ocho personas que también salía. Cuando pasó cerca de la iglesia, se hizo humo.

Por un par de noches durmió en casa de unos amigos. Después lió un mono con unas pocas ropas que pudo juntar, y se largó a la vía: Pergamino, San Nicolás, Villa Constitución fueron los primeros destinos en los cuales se unió a la vasta diáspora de vagabundos que andaban sobre el techo de los trenes.

—Yo me acostaba así— Finamori hace el gesto de esconder la cabeza entre sus antebrazos— y dormía. Algunos crotos no podían, tenían miedo de caerse.

Y a veces se caían. “Pero serían santiagueños, gente sin experiencia”; se encoge de hombros. Los verdaderos crotos, los que andaban realmente en la vía, sabían cómo agarrarse bien de un tren en marcha.

—Lo que pasa es que algunos no eran crotos conocidos.

—¿Cómo que no eran crotos conocidos?

—No, no eran crotos hechos de la crotada. Era gente que venía a trabajar a la cosecha y después se volvía: a Santiago del Estero o adonde sea. Croto conocido era el que andaba siempre de croto.

### Biblioteca en La Cueva

Finamori deambuló durante toda la década infame sin documentos, como era costumbre entre esos fugitivos de la ley o la miseria. A veces algunos policías los paraban, los bajaban del tren y, si no se los llevaban, les quitaban parte de la ropa: la camisa, algún pañuelo de seda. "A ver, vos croto, ¿dónde te robaste esas pilchas?", decían, como preámbulo para el saqueo.

—Los milicos siempre fueron jodidos para los crotos. Por eso, cuando escucho o leo que alguno le daba un mate a un policía, no lo creo. A un croto se le hacía la cruz si le daba un mate a un milico.

Una vez los bajaron del tren para inaugurar una comisaría.

—Íbamos para la provincia de Córdoba cuando paró el tren y nos hicieron bajar. Éramos como ocho o diez. Y nos llevaron pero dijeron no se asusten que no les vamos a hacer nada. ¿Y entonces para qué nos llevan? Primero no decían palabra. Después, cuando llegamos a la comisaría, nos explicaron que nos iban a poner en el calabozo porque ahora iba a venir de vista un "jefe político" y querían inaugurar la comisaría con algunos detenidos que supuestamente estaban allí desde hacía unos días en averiguación de antecedentes. Vino el jefe político, nos mostraron detrás de las rejas y después nos soltaron. Antes de irnos, algún milico ofreció: si quieren quedarse acá a pasar la noche... Recuerdo que un croto dijo: yo en una comisaría sólo me quedo por la fuerza.

Cerca de San Nicolás, junto a un arroyo, había un lugar donde los vagabundos se bañaban o lavaban la ropa. A alguien se le ocurrió dejar allí una barrica de madera para depositar libros y periódicos. Se cavó un poco la barranca que bajaba hacia el arroyo, y adentro se instaló la barrica. Los crotos iban, tomaban algún material de lectura, dejaban otro. Pronto al lugar se lo llamó La Cueva.

—Había más que nada libros anarquistas —recuerda Finamori—. *La conquista del pan* (de Kropotkin), los diarios *La Protesta*, *La Antorcha*... Por ahí estaban medio destruidos, pero siempre se encontraba algo, porque si uno había comprado por ejemplo un diario, después no lo iba a guardar, no se lo podía llevar en la linyera, al hombro. Así que lo dejaba para que lo leyera otro.

### Las Tres Marías

Finamori, quizá por su edad, aún dice el antiguo vocablo linyera, en vez de mono, para señalar el atado en el cual cargaban sus pocas pertenencias: alguna manta, otro pantalón, un par de alpargatas de repuesto... Por otra parte, llevaban una bolsa más chica, llamada bagayera (de *bagaggio*, equipaje en italiano); a Martín le gustaba hacerla de tela fina, de pantalones usados marca Coppa y Chego. En ella portaba una ollita, una pava para el mate, un jarrito, algunos cubiertos y las infaltables Tres Marías: yerba, galleta y carne. A veces le agregaba alguna cabeza de ajo para condimentar la polenta. Por cierto, harina de maíz había de sobra.

Trabajaban en las cosechas, y cuando éstas se terminaban, algunos rumbeaban hacia los pueblos. Veían a alguien construyendo una casa, con una pila de ladrillos junto a la puerta y preguntaban: "Eh, amigo, ¿no quiere que le entre los ladrillos? Necesito trabajar". El otro los dejaba hacer, y al final del día les daba dos o tres pesos. "Vuelvan mañana que hay que entrar la arena". Ellos decían que sí, pero ya no regresaban.

Para dormir, Martín trataba de evitar las cercanías de las estaciones; de ese modo, no se exponía a la mirada policial. Más seguro era el campo abierto o hacerse un lecho en medio de los maizales. A la mañana se levantaba y comenzaba a seguir la vía.

Habitualmente, los crotos subían a los trenes cerca de alguna estación. Con la línea Puerto Belgrano (que hacía el recorrido de más de 700 kilómetros entre Rosario y Puerto Belgrano), en cambio, podían subirse cuando el tren estaba en marcha, porque cortaba en transversal casi todas las otras vías, pasando por encima de ellas, y por lo tanto había muchas zonas en las que el repechaje obligaba a la máquina a andar más lenta.

—Por ahí venía muy largo el tren, y la máquina haciendo chh, chh —resopla Finamori—, resollando muy despacio. Entonces, si usted tiene la linyera liviana, la tira arriba y se agarra de una chata, nunca se meta entre dos vagones, y cuando se puede sostener con las dos manos, después pone el pie en el estribo... y ya de ahí es robo: ya está arriba del tren.

## La comuna de maíz

Martín Finamori también anduvo por el sur: Río Colorado, Darwin, Villa Regina, entre otros sitios. Por allí trabajó en la recolección de fruta, y se alimentó a base de fruta.

En general, las chacras eran la fuente de alimentación linyera. Iban a pedir para hacer polenta: un pedazo de tocino, chorizo o huevos; a veces se los regalaban, otras se los vendían. Mientras algunos trataban con el chacarero, un croto quizá veía una gallina y se escondía entre los pastizales; ponía un tarro vacío para que a ella le picara la curiosidad; cuando el ave se arrimaba, el croto la atrapaba.

Ocurrió que un día, en Pergamino, una peste llegó a matar a casi todas las gallinas. A las aves muertas las tiraban en un basural, porque nadie se animaba a comerlas. Parece que unos crotos viejos las recogían de la basura, las pelaban, las limpiaban y las vendían a las fondas del pueblo. Los de Pergamino terminaban comiéndose a las gallinas apestadas.

—Pero nadie se moría —ríe con ganas Finamori, recordando la picardía; en la carcajada casi se le cae la dentadura.

Aunque no se quedaba más de un par de meses en cada lugar —generalmente lo que duraba la cosecha— hubo un sitio en el que Martín se instaló por un tiempo. Fue en un paraje de la provincia de Santa Fe al que llamaban Labor de Buey. Allí organizó, junto con otro compañero cordobés, una comuna: trabajaban un rato cada uno y ponían todo lo que ganaban en un tarro dentro de la pieza en la que vivían. Finamori se especializó en armar la estiba. Era todo un arte: había que hacer bien la pila, con la costura de cada bolsa hacia adentro, para que, si alguna vez se rompía la tela, el maíz no cayera hacia fuera.

En la cosecha fina —trigo, lino, cebada, alpiste, pero particularmente en la trilla—, la organización comunitaria del trabajo ya era toda una tradición; cada uno anotaba la cantidad de bolsas en una libreta y luego se dividía lo ganado por todo el grupo en partes iguales. Pero también hubo algunas experiencias en la cosecha gruesa (de maíz). Por lo menos desde 1922, cuando se organizó una comuna en la estación Del Valle, sin capataces ni peones, la idea de asociarse para compartir trabajo y ganancias tenía cada vez más adeptos. La comuna de Labor de Buey tuvo una población itinerante de entre cinco y ocho personas; se hizo un fondo común; los alimentos se compraban al por mayor en el almacén del pueblo. Claro que nunca faltaba el que metía la mano en la lata.

—Uno al nuevo que llegaba no le iba a preguntar por su identidad. Así que siempre había algún vivo. Pero no era tan común eso del robo entre los crotos.

—¿Qué hacían en ese caso? ¿Lo echaban?

—No, uno trataba de no pelearse. Y mire que estuvimos

ahí como dos años. El primer año, bien organizados, porque éramos cuatro y teníamos crédito en la carnicería y en el almacén. Éste era un almacén que estaba medio fundido pero tenía una máquina desgranadora, y cuando le hacía falta gente nos daba trabajo a nosotros. Entonces nosotros le dábamos trabajo a otros crotos que iban llegando al lugar y los hacíamos participar en la comuna. Cuando el trabajo se terminaba y alguno se quejaba, o decía que se quería ir, bueno, antes que metiera la mano en la lata le dábamos unos pesos, según cuánto había en el tarro, y así.

## Matrimonios en la vía

Después Martín siguió viaje. Lejos ya de sus primeras salidas adolescentes, cuando deambulaba a caballo junto a su hermano, el hombre prefería andar casi siempre a solas. ¿Encuentros furtivos, amores imposibles, novias lejanas? Sonríe, cambia de tema. ¿Matrimonios en la vía? Así llamaban a las parejas que formaban dos hombres que croteaban, trabajaban, caminaban y dormían juntos. Laureano Riera Díaz habla en su libro acerca de aquellos "que tenían su hogar debajo de un puente, en un monte, a la vera de un arroyo o en una playa ferroviaria en épocas de zafra". Uno lavaba la ropa y esperaba al otro con la comida lista. Otro cargaba el mono propio y el de su compañero. Lo más notable: eran en su mayoría criollos, no europeos. Dice Díaz: "... 'ella' y él eran por lo general criollos de tierra adentro, de aspecto varonil, fuertes y barbudos, jinetes y saqueteros".

Miro a Finamori, le cuento lo que leí, le pregunto si era cierto.

—Sí, sí, había muchos —admite, aunque añade—. Eran de esos crotos degenerados.

—Pero había muchos...



—Sí, sí, pero no eran los crotos de trabajo. Los de trabajo preferían ir "a tomar agua de los charcos". Así le decían a las visitas a los prostíbulos; había muchos arracimados cerca de Los Sunchales (la estación de Rosario Norte). Ahora, de esos otros que usted dice, sí había, cómo no. Estaba uno que le llamaban La China Dominga. Nosotros no nos juntábamos con ellos; los echábamos.

"La vía nos hermanaba, nos unía, volvía a separarnos, unos días en común, un mismo fuego, una misma olla y otra vez cada uno a su mundo, a su soledad" (*Bepo, vida secreta de un linyera*).

Finamori un día se cansó de la soledad. Dejó de deambular y se casó en Rosario a principios de 1940. Sólo fue a trabajar de bracero una vez más para la cosecha fina, recién casado, sin un solo mueble y con la urgencia de juntar unos pesos. En una de las chacras en las que trabajó ya habían comprado una trilladora y una cosechadora usada, así que Finamori se las ingenió para ayudar a hacerle reparaciones y otras tareas mecánicas. Aprendió también a manejar camiones y tractores.

Cuando volvió a Rosario "sentó cabeza". Con sus ahorros, pudo comprarse un camión usado —un Chevrolet 1927— para hacer mudanzas y transportar máquinas. Tuvo dos hijas. Se compró una casa. Se jubiló de autónomo. Su mujer murió hace más de diez años. Él aprendió a suplementar su jubilación fabricando artesanías en hueso de vaca y con cáscara de coco: pulseras, aros, pendientes.

—Sé hacer de todo: carnicero, choricero, estibador, mecánico, chofer —dice, llevándome a un rincón de la casa lleno de herramientas y materiales con biyutería a medio terminar—. Éste es mi taller.

Antes de irme quiero saber qué es lo que más extraña de su vida de croto.

—Que cuando usted llegaba a la vía, parecía que entraba a su casa —suspira Finamori, con la vista perdida hacia

alguna ventana de sus recuerdos—. Ahí ya respiraba de otra manera. No había nadie que le dijera nada. Al costado de la vía, cuando usted se cansaba, se largaba por el terraplén, al lado de la alcantarilla, ponía la linyera de cabecera y se echaba a dormir.

—¿Qué es lo que más le gustaba hacer?

—Y, cuando no había trabajo... Ahí me iba al lado de un arroyo, lavaba la ropa, meditaba, pensaba...

—¿Qué pensaba?

—Y a veces pensaba: ¿será bueno lo que estoy haciendo?

—¿Qué se contestaba?

—Y que sí. No tenia preocupaciones, obligaciones, deberes con nadie. Dormía cuanto quería, me levantaba a la hora que quería. Si algo no me gustaba, partía. Si estaba con otros crotos y había alguno con el que discutía, agarraba la ropa y decía "Chau, hasta luego". "¿Adónde vas?" podía preguntar el otro. "Voy a cortar campo para tal o cual lado". Y me iba.

Yo también me voy: el mismo auto que me trajo a Rosario me espera en las afueras de la ciudad para el camino de vuelta a Buenos Aires. Me siento un poco croto cuando me cuelgo al hombro mi bolso de viaje negro. Finamori lo mira.

—Linda cartera— dice—. Nosotros las hacíamos con tela de arpillera.

Iba a contarle que lo compré en un aeropuerto de algún país del Norte, pero me da vergüenza.



## 7. ENTRE EL AMOR Y LA LIBERTAD

Del maestro de maestros, el churrasco solidario, los primeros auxilios caseros, la película de un croto-star, las carnes blancas, los pasados del mono y la vía del medio.

*"Mi gloria es vivir tan libre / como el pájaro en el cielo / no hacer nido en este suelo / donde hay tanto que sufrir / y naides me ha de seguir / cuando yo remonto vuelo."*

(José Hernández, *Martín Fierro*, 1872)

El croto más famoso de la República Argentina anduvo veinticinco años en la vía, durmió miles de noches a la intemperie, viajó en innumerables trenes cargueros por todo el país, trabajó como bracero cuando pudo, se alimentó de fauna silvestre o animales de corral ajeno cuando hizo falta, y —gracias a cierta obsesividad en el carácter— recogió una multitud de anécdotas e impresiones a lápiz en viejos cuadernos Laprida. Esos manuscritos fueron posteriormente el esqueleto de un libro que armóel escritorHugo Nario, quien luego de casi cuatro años de visitas, conversaciones y recuerdos grabados del narrador-protagonista, pudo editar —por primera vez en 1988—el libro que iniciaría ese paradójico camino a la fama: *Bepo, vida secreta de un linyera*.

"Iba y venía, subía y bajaba, paraba en un sitio, estaba dos o tres días, tomaba otro carguero, elegía una chata abierta cuando había sol y hacía frío y me echaba en el fondo, pasaba de un ramal a otro, si había pique en la arpillera o en alguna chacra y me gustaba el sitio me

quedaba más tiempo, pero si una mañana alumbraba linda o escuchaba el pito de algún tren, pedía las cuentas, cargaba el mono y otra vez salía en busca de la estación más próxima y subía al primer carguero que pasara para cualquier parte. Yo era con mi libertad como un chico con un juguete nuevo".

De esa manera, entre 1930 y 1955 hizo su hogar sobre los miles de kilómetros de vías ferroviarias argentinas. Como le dijo a Pepe Soriano, quien fue uno de sus amigos: "Mi casa tiene 14 kilómetros de ancho por 47.000 de largo. Y la ventaja principal es que el dueño está en Inglaterra. Así que no me cobra alquiler".

Nació en 1912 como José Américo Ghezzi. Fue el segundo de los tres hijos de un picapedrero italiano que había venido a hacer la América en las canteras de Tandil. Y se retiró de la vida de croto en su pueblo natal, en medio de la abundante cosecha de su memoria.

—Yo me siento joven —dice este hombre de 86 años que se acerca a la puerta de su casa a paso lento, apoyándose en su bastón—. Pero los años están encima.

Es alto, aunque también altivo. Tiene la tez clara, los cabellos blancos, la mirada directa. Se sienta en su banquito en la cocina, junto a la mesa, como en un trono. Hace gestos de aristócrata: se coloca los anteojos con elegancia, señala donde está la yerba, la pava y la bombilla para que hagamos un mate.

### MAESTRO DE MAESTROS

En la vía lo conocieron como Alberto Rosales. Dada la frecuencia de encuentros con ejemplares de esa especie predatoria que era la policía, el ocultamiento del nombre propio era una medida cautelar; por suerte, eran tiempos en los cuales uno podía andar por ahí sin documentos.



—Una vez estábamos cerca del pueblo de González Chávez, junto al uruguayo Cinatti, leyendo tranquilos, junto a un galpón —recuerda Bepo, bajando el mentón mientras sostiene el mate con las dos manos—. De repente vemos que se acercan dos policías. Cuando me venían a preguntar por lo que ellos llamaban "la papeleta", yo les decía que me la habían robado ellos mismos, la semana anterior, o algo así. Pero éstos vinieron directamente a preguntar qué estábamos leyendo. Yo los miré. Lo miré al uruguayo. Miré el libro y dije: "¿Qué estoy leyendo? Al maestro de los maestros". No sé si ellos sabrían leer, pero se los mostré: *Recuerdos de provincia*, de Sarmiento. "Vamos a la comisaría", ordenan los tipos. "¿Por qué?" "En la comisaría les van a explicar. Vamos,rápido".Bueno, nos llevan a la comisaría de González Chávez. Ahí apenas entramos veo que hay un comisario dormido. El tipo estaba en el escritorio, con la cabeza echada atrás, dormido como un trompo (sic). Los milicos dicen: "Comisario, aquí traemos dos detenidos". El comisario se despierta, nos mira. "Ajá", dice. "¿Qué estaban haciendo?" "Estaban ahí sin hacer nada, leyendo, comisario". "Ajá", dice el comisario. "¿Y qué estaban leyendo?" Yo le muestro el libro. "Ajá, ajá", el comisario lo examina, hace como que lee. "Bueno, déjenlos que queden en libertad", les ordena a los milicos. Éstos, confundidos, claro, porque nos habían traído ellos. No tuvieron más remedio que dejarnos ir. Nos salvó la ignorancia.

Bepo es un buen narrador, pero cuando se pone a contar algo no larga nunca el mate. Por suerte, usa una yerba muy rendidora —Cruz Malta despalada— que, según él, es ideal para largas conversaciones porque raras veces el mate termina lavado.

Pero además del narrador oral, hay aquí un escritor tapado, según lo observaron Bernardo Canal Feijoó y César Tiempo, quienes leyeron sus borradores. Un escritor con faltas de ortografía, que fue —como la mayoría de estos

hombres— hasta el tercer grado de la primaria, que escribe sin tildar los acentos, que usa pocos signos de puntuación o que pone zetas en palabras como conversar, interés o personaje.

—Qué importa —se defiende Bepo—. Yo digo lo mismo que Roberto Arlt, un escritor al que admiro mucho y que tenía muchísimas faltas de ortografía. Lo importante es que yo pueda expresar mis sentimientos.

### El churrasco solidario

Yerba hay de sobra, pero —aparte de un plato con polenta vieja— no se ven provisiones en sus alacenas. "Cuando andaba de croto, me acostumbré a comer salteado", explica. "Tampoco hace falta comer todos los días". Pero acepta de buena gana la invitación a un pollo de rotisería.

En su libro, Bepo describe sin economía de detalles los recursos que tuvo que aprender para sobrevivir cuando no había trabajo. Limpiar el trigo sobrante de los galpones, que los ratones habían descartado tras morderlo y surtirlo de excrementos, con leves soplidos sobre la palma de la mano hasta que estuviera listo para matar el hambre. Acechar a las mulitas de campo cuando salen de sus madrigueras, por la noche, taparles la boca de la cueva con una bolsa de arpillera para que no puedan volver a entrar, y degollarlas en el acto para proveerse de carne para el asador. Hacer fuego con cardos y bosta de vaca. Reconocer el amargo pero comestible yuyo campestre con flores llamado diente de león. O tener en cuenta que los sábados en algún almacén de pueblo se podían conseguir cinco centavos: esos días, el patrón ponía un plato sobre el mostrador y los clientes echaban monedas para los crotos. Éstos se las podían llevar, con tal que fueran de a una.

También tuvo ocasión de aprender primeros auxilios alternativos. A veces, cuando juntaban maíz en los últimos meses de la cosecha, en medio de las escarchas, el frío y el filo de las chalas les cortaban la piel de las manos como cuchillos. Entonces, con la propia orina regaban y curaban las heridas en carne viva. De paso, se calentaban las manos.

Bepo aprendió a cultivar esas formas de solidaridad espontánea, natural, que surgían entre los crotos que se encontraban cerca de alguna estación; por ejemplo, el denominado churrasco solidario: "A veces éramos tres o cuatro linyes que habíamos venido de lugares distintos, cada uno lo estaba pasando a mate y galleta dura porque no había nada que comer, pero un día uno de los cuatro conseguía una changa, un pique nada más de una o dos horas para ganarse unas monedas. Agranden el fuego que enseguida vuelvo, decía tras cobrarlas, y al rato volvía con un churrasco al que hacíamos honor los cuatro. Eran quizá sus primeras chirolas en muchos días, pero no podía gastarlas solo. Después, cada uno otra vez a su hambre, y en los cargueros siguientes tomaríamos cualquier rumbo, sin saber el nombre del que convidaba ni el de mis compañeros".

—Yo no estoy de acuerdo con eso de que pasaban hambre— opina El Pibe Materia, devorando otro pedazo de budín de pan que mamá preparó para el postre—. En el campo siempre había algo de comer. Los crotos andábamos muy bien alimentados en esa época.

Bepo se lo discutiría. Y no habría más remedio que aceptar la autoridad de sus argumentos, aunque sólo fuere porque vivió diez veces más tiempo que mi padre en la vía.

—No, claro, alimentos habían —reconoce Bepo—. Pero uno a veces tenía que arriesgarse para que no lo atacara el perro del chacarero. El perro era el enemigo del croto. Cuando se ponía a ladrar, el chacarero ya decía: "alguno debe andar caminando por ahí, por el campo". Así que había que esperar la noche. Como el perro se pasaba todo el día corriendo, persiguiendo alimañas, cuando caía

dormido no lo despertaba nadie. Pero eso sí: el momento era el primer sueño, el más pesado. A eso de las once de la noche, cuando toda la familia dormía, y el perro también, uno se metía en el gallinero y se llevaba una curva.

### La pelicula del Croto-star

Bepo hoy puede contar su historia gracias a que volvió —como él mismo dice— a la "civilización". Y la civilización lo convirtió en estrella de cine. Fue precisamente un ensayo titulado "Los crotos", de Hugo Nario —probablemente el autor argentino que más ha escrito sobre esta minoría trashumante—, lo que captó la mirada de la estudiante de cine Ana Poliak a principios de los 80, cuando se encontraba revisando librerías en busca de estímulos para hacer un guión que sería su tesis de graduada del Centro Experimental de Realización Cinematográfica, en el Instituto Nacional de Cine.

Ana, nacida en el 62, ya tenía cierto interés por este tipo de personajes. En el guión para su tesis, titulado "Memorias del río (la red)", narraba la historia de un hombre que vivía en una playa apartada del Río de la Plata, juntando todo lo que el agua traía de las alcantarillas. El hombre recogía y acondicionaba los objetos que la sociedad había descartado; por ejemplo, tenía una familia de maniquíes y muñecos restaurados junto a su lugar de vivienda.

—Aquel era un personaje imaginario, para una propuesta poética, no narrativa —dice Ana, mientras nos tomamos una cerveza en el café La Giralda—. En el proceso de búsqueda de materiales para hacer ese guión, me topé con la revista *Todo es Historia* de julio de 1980. Y ahí me di cuenta de que estos personajes habían existido. Lo que más me llamó la atención, junto al título del artículo, fue una frase de Sartre: "Los dioses compartimos un terrible secreto: los hombres son libres y no lo saben".



Ana terminó su guión —que nunca llegó a filmar—, se recibió en el 85 y el tema quedó por un tiempo en el *freezer* de los proyectos. Pero un año más tarde, mientras trabajaba como ayudante de dirección en una película de Alberto Fisherman (sobre otro excéntrico que había vivido en Tandil, Witold Gombrowicz), una madrugada, de pronto, cerca del puerto de Buenos Aires, recibió un nuevo empujón del destino en dirección a los crotos. Mariano Beteliú, uno de los discípulos de Gombrowicz, le dijo que ella tendría que conocer a un tandilense que había andado muchos años en la vía. El propio Beteliú había leído los primeros borradores de Bepo y tuvo oportunidad de ayudar a hacer correcciones y sugerir modificaciones. Ese nombre, que Ana recordaba por el artículo de Nario, saltó como un grillo en medio de la conversación entre las sombras del puerto.

Beteliú le dio la dirección de Bepo y Ana le escribió a éste de inmediato, enviándole el guion para su tesis. Bepo le respondió con una carta entusiasta. Allí decía que él tenía mucho que ver con el personaje del guión: "En algo nos parecemos: los dos buscamos la libertad, esa vedette que quiere estar de moda ahora".

Ana fue a visitarlo varias veces, conoció a sus amigos, y empezó una relación de años que germinó en el proyecto de filmar *Que vivan los crotos*. Cuando el filme todavía era sólo un guión, un premio de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, presidida por Gabriel García Márquez, permitió que se interesaran la Televisión Española, el Channel Four de Londres y el National Film Board de Canadá. La parte argentina para la coproducción fue la misma Ana Poliak, a través de una así llamada Viada Producciones. Viada significa, según el glosario de Ángel Borda, "el lapso que transcurre en la vida de un croto". Para Bepo es, simplemente, "la vida en las vías".

El documental-ficción, o docudrama, de 75 minutos,

fue rodado en uno de los escenarios naturales del antiguo país de los vagabundos: Tandil, Bragado, Gardey y alrededores. Primero en 186 milímetros y luego ampliado a 35 mm, el film tuvo apenas seis semanas de exhibición comercial. Después realizó su propio itinerario linyera en los circuitos alternativos: bibliotecas, clubs, grupos de debate. Croteó de ese modo varios años hasta que en 1997 fue editado en video.

En la película, la historia de Bepo es narrada por él mismo y también por un amigo de la infancia, Filiberto Satti, un hombre que derivó, por contraste, hacia una vida sedentaria. Aparece también Héctor Woollands (fallecido en 1997) ofreciendo impresiones de su amigo de la infancia. Y Uda, la "novia eterna" de Bepo: la hija de la familia Conti, dueños de la cantera La Movediza, de Tandil, que se había enamorado del joven linyera. Uda esperó durante años a que Bepo retornara de sus croteadas y se le declarara. "Yo quería que me dijera algo... Pero nunca se animó". Finalmente, un día se cansó de esperar, se casó con otro y se fue a vivir a la ciudad de Buenos Aires.

—La última vez que la vi en Tandil le dije que me iba a juntar maíz al norte —sonríe Bepo, como si estuviese contando una travesura—. Cuando volví habían pasado seis años.

### Entre carnes blancas

Bepo jamás se casó: "Un croto no puede tener querencia porque empezaría a sentirse atado". Adicto a su libertad, consiguió sin embargo un compinche: "El Francés", un linyera veinte años mayor que él que aparentemente había sido profesor en La Sorbona. Lo conoció durante un cruce a campo abierto que durócuarenta díasy que relata en el libro.



"Aquel disponer de mí, la vida a la deriva, la libertad de elegir rumbo, alto, partida, sin apuro ni destino ni por qué... No sé en qué momento ni dónde hallaré otra vez la vía. La otra orilla. Navegar mar adentro. Vivir de lo que encuentre. Dormir al raso. El rocío. La escarcha. La incertidumbre".

"El Francés" estaba haciendo su ranchada en un arroyo. Hicieron migas como dos animales que se juntan para una cacería. Carnearon una de las ovejas de una estancia vecina. "El Francés" le habló de Benedetto Croce: "El fin de la Moral consiste en promover la vida". Le leyó *Les Fleurs du Mal* de Baudelaire a la luz de los fogones, antes de echarse a dormir bajo la escarcha. Y apuntó con el dedo hacia arriba para decir: "Los cometas son los crotos del cielo".

Bepo y "El Francés" viajaron, trabajaron y pernoctaron juntos mucho tiempo. Se separaban y se volvían a encontrar en el pueblo de San Gregorio, junto a un molino en el cual se daban cita todos los años, para salir a crotear juntos de nuevo.

"Con 'El Francés' aprendí a amar la vida, la libertad, la naturaleza, el compañerismo, el andar" evoca Bepo en el film. "Fue mi maestro de croto, de vía, y el maestro que me enseñó una conducta para seguir viviendo."

La cita en San Gregorio era sagrada; tres años después del primer encuentro, apenas lo ve, "El Francés" exclama: "¡Rubio! ¡Pensé que una linda chacarera lo había engrillado!". Bepo cuenta que lo miró, señaló hacia el mono que estaba tirado en el suelo y dijo: "¿Y esto?... La libertad de andar...". El mono del amor; del amor por la vía; la mujer como grillete, ancla o cadena.

—En los pueblos alguna siempre se arrimaba —informa El Pibe Materia cuando le pregunto cómo se arreglaban con el tema del amor o, por lo menos, del sexo—. Mujeres de la vida. Capaz que un croto se tiraba a dormir cerca de una vía, y de repente se recostaba una que por medio litro de vino se quedaba toda la noche.

La visita a la prostituta parecía de rigor. En Salto fue famosa una llamada la "Marlo Quemado", nombre debido a que horneaba pan casero con marlos de maíz como combustible... o tal vez era la denominación de su principal herramienta de trabajo. Con la "Marlo Quemado" sólo se podía tener sexo "por atrás", recuerda Bepo. Cuando alguno quería "por adelante", ella le gritaba: "¡Avisá, croto mugriento, si vas a meter tu porquería por donde nacieron mis hijos!".

Es sabido que, en aquellos años, la Argentina era un gran mercado mundial de trata de blancas, término que hacía literalmente referencia al hecho de que muchas de las prostitutas eran europeas o hijas de europeos. Organizaciones como la Zwi Migdal, Varsovia o Asquenasum, que poseían miles de prostíbulos y decenas de miles de mujeres en todo el país, pusieron de moda a las "carnes blancas" que relegaban a las criollas. Bepo cuenta que los crotos polacos —llamados "polonios"—, los domingos acostumbraban bañarse y lavar sus pilchas en algún arroyo y, después de ir a misa, marchaban a los burdeles con la esperanza de hallar pupilas polacas con las que pudieran charlar en su lengua natal sobre cosas de su país lejano.

¿Acaso el burdel de campaña era para ellas el equivalente a los galpones donde a veces se alojaban los crotos antes de salir a la cosecha? ¿El techo bajo el cual evitaban la intemperie? Así como para el muchacho de hogar humilde el primer gesto hacia un cambio de existencia era hacerse linyera, para la muchacha la opción estaba en hacerse "mujer de la vida"; —si se la llamaba de ese modo sería porque, evidentemente, lo otro no era vida. "La fuga o el espiante era la forma de escaparse de la mishiadura proletaria", asevera Julio Mafud en *La vida obrera en la Argentina*. Y era difícil sustraerse a la dependencia de un gigoló, cafishio u organización de prostíbulos. Aunque las especialidades del oficio eran muchas: ella podía convertirse en mantenida, bailarina, vitrolera, figuranta, cabaretera, lancera, pupila, yiranta o trotadora. Trotar por las calles, abrir kiosko en un pueblo, refugiarse en el burdel. Devenir prostituta era la vía, la huella del viaje croto de cada mujer.



### Pasados del mono

Bepo anduvo un cuarto de siglo por los caminos y otro cuarto de siglo recogiendo recuerdos para contar su historia.

—Volví a la civilización cuando vi que me quedaban dos cosas —reflexiona—: hacerme un linye lerdo, pasado del mono, que mendiga... o asentarme acá en Tandil.

El linyera que habla solo por la calle, el viejo de la bolsa con su mirada perdida, el croto cargado de pequeños objetos (que parecen) inútiles..., ésta es la imagen de aquel que de tanto crotear termina "pasado del mono". Lo cual, generalmente, coincide con algún proceso de envejecimiento. Porque el frío, el hambre, la soledad se hacen sentir más con los años. "En tanto conservaran la agilidad para subir a los trenes, techiar, aguantar vientos y soles, andaban bien, pero cuando se ponían lerdos envejecían de golpe", afirma Bepo en su libro.

Allí recuerda, entre otros, al "Loco de la Estratósfera", un linyera que andaba con los tobillos envueltos en varios cables para defenderse de las tormentas eléctricas. Cuando llovía, prefería andar a la intemperie, en medio del campo, porque temía que los galpones, las vías, los alambrados y todo lo que tuviese metal atrajese a los rayos. También al "Loco de las Sábanas", así llamado porque le gustaba robar sábanas ajenas que guardaba en un mono mucho más grande que el de todos los demás, y que nunca se acercaba mucho a nadie que estuviera despierto; algunos decían que era una mujer disfrazada.

Otro era "El Loco del Yo-Yo". Alrededor de los años 32-33, se la pasaba jugando con este nuevo chiche arriba

de los vagones de los trenes en que viajaba, a veces hasta poniéndose de pie para exhibir sus proezas. Según recuerda mi padre, una vez en que el tren pasó una estación, varias chicas lo saludaron al ver que el croto movía la mano de arriba a abajo. Él se paró sobre el vagón para saludarlas, jugando con su yo-yo. Y el tren pasó justo debajo de un puente. Se dice que al "Loco" el impacto le arrancó la cabeza limpia de sus propios hombros.

Le cuento a Bepo esa historia. Él me mira detrás de sus anteojos gruesos, baja la cabeza, entrelaza las manos, y con la mirada perdida sobre alguna baldosa de la cocina, dice con su voz lenta, alargando las vocales en cada palabra grave:

—Pasados del mono... Sí, había tantos. Esto es lo que me decidió a regresar. Pero me costó mucho. Por varios años, en medio de la noche, decía: "Ahora cuando me despierto no veo las estrellas. Veo el cielorraso. ¡Estoy en una jaula!"... Pero también me acordaba de lo que decía "El Francés". Una vez habíamos pasado por una chacra y vimos una jaula con unos pájaros. Mirá "Francés", le grité; ¡esos pobres pájaros están en una jaula! Y "El Francés" me miró y dijo: "Nosotros también estamos en una jaula. Nomás que nuestra jaula es el universo".

Por la misma época, Álvaro de Campos (Fernando Pessoa) escribiría: "Todo el universo es una celda, y estar preso no tiene que ver con el tamaño de la celda".

### Compañera soledad

Bepo perdió de vista al "Francés" al treparse a un tren en marcha que su amigo no alcanzó a subir. Quizás "El Francés" se agarró mal, perdió el equilibrio, terminó engrasando los rieles. La cuestión es que no volvió nunca más a San Gregorio.



El picapedrero había salido a crotear convencido de que en la vía iba a encontrar "la libertad que la civilización me negaba". "El Francés" le había mostrado que a la libertad ya la llevaba puesta. Un día también le habló de la soledad, esa "compañera difícil y exigente". Otro día le advirtió: "La libertad termina cuando comienza la necesidad". Y aun otro le llegó a decir: "Algún día tendrás que elegir entre la libertad y el amor".

Y Bepo, ¿no habrá encontrado la vía del medio entre esos dos absolutos?

En principio, se reinstaló en Tandil a mediados de los años cincuenta. Todo se había vuelto más difícil: cuando el gobierno argentino compró los ferrocarriles, prohibió que los crotos tomaran gratis los cargueros. Además, las cosechadoras mecánicas comenzaron a expulsar mano de obra de los campos. Y la policía se puso cada vez más dura con los vagabundos, llegando a impedir que hicieran ranchadas al aire libre en los alrededores de la estaciones. La opción estaba clara: "hacerse croto lerdo, expulsado de los vagones, expatriado de las vías. O amontonarse en una estación grande, como la basura, hacer ranchada fija en la mugre, volverse manguero, degenerado, roñoso, borracho".

Bepo recuperó su oficio de picapedrero. Se puso al día con sus aportes jubilatorios, como trabajador autónomo. Llegó a cobrar una jubilación de $190 al mes. Y a recibir tambien la ayuda de Hugo Nario para pagar un alquiler de $230 (a precios de mediados de los años 90).

Servimos el pollo recién comprado, todavía humeante. Para hacer lugar en la mesa, Bepo retira varias hojas de *La Nación*. Es el único periódico que lee: lo recibe tres veces por semana. Se levanta a las siete de la mañana, y antes de ponerse a leerlo lo clasifica por secciones; la que más le gusta es el suplemento cultural de los domingos. Tiene guardados, en el galpón del fondo, los dominicales de *La Nación* de los últimos cuarenta años. Allí dentro se

vuelven amarillos esos papeles, en compañía de algunas reliquias de la edad de oro de los crotos: el fierrito asador, un hierro que usaba tanto para hacer asado como para defenderse; el *bandolión*, una lata de cinco litros (las había más grandes) donde cocinaba sus pucheros... En ningún lugar de la casa veo un aparato de televisión.

—Eso lo dejo para cuando sea viejo —sonríe—. Con la televisión tenés que estar quietito, inmóvil, mirando para adelante. No me gusta.

Todos los días duerme su siesta sentado en ese mismo lugar de la cocina, acodado sobre la mesa, junto al calefón. Después se despierta y sigue leyendo. No fuma, no bebe alcohol. "Soy muy militar con mi cuerpo", afirma, mientras rechaza un vaso de vino frío; se sirve él mismo una jarrita de agua caliente.

—Entre los linyes nos acostumbramos a tomar mate a toda hora, hasta con las comidas —explica, mientras ataca al pollo con las dos manos—. ¿Y el mate qué es? Agua caliente. De ahí me quedó la costumbre.

### NOSTALGIA DE UN IMÁN

Claro que ahora que es famoso, cada tanto lo llaman para dar conferencias en escuelas o bibliotecas. O para responder preguntas luego de la proyección del filme de Poliak.

—Y no son treinta minutos— se queja, molesto con el ajetreo que le ocasionan las relaciones públicas—. Son por lo menos dos horas. Vienen treinta o cuarenta chicos y empiezan a preguntar. Yo ando con problemas del corazón, no puedo hacer tanto. Imaginate que me llaman de cada lugar... Resulta que como anduve por San Gregorio, de ahí me llamaron para hacerme un homenaje. Me mandaron el pasaje. Me pagaron un hotel. Hicieron un monumento para mí y para "El Francés". Me nombraron Ciudadano Ilustre. ¡San Gregorio! ¡Un pueblito de marundanga (sic)! ¡Y se hizo famoso porque yo anduve por ahí!

"Confiar en la vía, liberarme de la desesperación, del apuro y del miedo. La vía me daba comida, abrigo, compañía, camino. Era como si ella me cuidara siempre, hasta cuando yo dormía... Todo ser humano necesita sentirse poseedor de algo. Nosotros teníamos la vía... La vía para el linye era como un imán que lo atrapó para siempre".

Y sin embargo, Bepo regresó para hacer su elogio tardío, su rescate nostálgico, su defensa tenaz de una especie extinguida. O quizá simplemente para encontrar un lugar desde el cual resistir al tirón que ese imán le estaba dando a sus huesos.

Mario Penone, otro tandilense que lo acompañó al principio de sus croteadas —aunque pronto decidió que esa vida no era para él— comparte la misma nostalgia en la película de Poliak. Mientras conduce su camión, levanta un día a un artesano barbudo que hacía dedo en la ruta. Otros medios de transporte, otras superficies, otros códigos. Pero entre el hippie y el camionero se tiende un puente:

"¿Tenés casa?", pregunta Penone.

"Fija, no", responde el artesano.

"Yo me hice mi casa", el camionero mira el asfalto que tiene por delante. "La hice yo, la pinté del color que quise. Es muy linda la casa. Pero es una prisión. Ahora me afeito con máquina eléctrica, antes lo hacía con navaja. Ponía un espejito en un cardo, me mojaba la cara y al ratito estaba como para ir a un baile... Qué sé yo".

Penone observa al artesano, que se ha quedado en silencio. Y le suelta un consejo:

"No sabés lo que tenés. Tratá de hacerlo durar".

Pero ¿cuánto se puede durar en la vía? Un precursor, Jack London, publicó en 1907 una novela de no ficción que abriría camino: *The Road*, la primera crónica americana sobre la vida de los vagabundos escrita desde el interior de

la experiencia. Medio siglo más tarde aparecería *On the Road* y el resto de los libros de Jack Kerouac, que influirían sobre toda una generación de trashumantes. Pero Kerouac, trabajador del ferrocarril, cowboy, jugador de fútbol, bohemio que se largó a dedo por América del Norte en la década del 1940, también regresó a Lowell, su pueblo natal. Y allí pasó sus últimos años.

El croto es la prehistoria criolla de esa película de ruta. Y los pulgares que se aferraban a las chatas o a los techos de los vagones de carga son los ancestros de esos pulgares extendidos al paso de los camiones sobre la superficie áspera de la carretera.

### La distancia precisa

En Tandil, Bepo recuperó viejos amigos y ex vecinos que lo recibieron con afecto, admiración, envidia. También la familia propia, biológica, abundante, sobrepoblada, que no le resultó tan atrapante como la adoptiva.

—Antes yo era la oveja descarriada— dice, chupándole los huesitos al pollo—. Imaginate: linyera y anarquista. Ahora soy la niña mimada de la familia.

La casa está en silencio. A Bepo habrá que perdonarle, como a todos estos grandes individualistas, el pecado de la egolatría. El hombre no necesita la compañía de ninguna mascota; sólo sus diarios y sus recuerdos.

—Para tener un perro, lo tenés que cuidar —dice, tirando los restos del pollo a una bolsa de basura—. Y entonces yo no podría salir ni andar por ahí. Un hombre no puede ser esclavo de un animal.

Gracias a que Bepo volvió para contarlo, hoy sabemos qué significa realmente el término croto: “En un mundo capitalista, la libertad de andar caminando sin que nos llamen ni pitos de sirena ni reloj para ir al trabajo”.



La libertad de andar. Y sin embargo, el ex croto parece haber encontrado la distancia precisa entre la libertad y el amor. O entre el estar a solas y el estar con los otros.

Allí se queda, en la puerta de su casa, despidiéndose con la mano en alto, como hacían los linyeras en cada cruce. En la vía se acostumbró a ese tránsito de encuentros y despedidas, visitas inesperadas y partidas, como una película en cámara rápida de la existencia. Todas las noches pasa un vecino a ver cómo anda de salud. A veces cae algún amigo. Los viernes va a verlo Nario. De algún modo, todos intentan cuidarlo, aunque él también se sabe cuidar solo. Los domingos, él mismo se dirige, caminando despacito, con su bastón, hacia la casa de esa familia de tandilenses con quienes almuerza una vez por semana. Allí está Lorena, una niña que a los once años decidió adoptarlo de abuelo. Ahora esa nieta adoptiva tiene trece. El amor después de la libertad.

## 8. ANILLOS DE LA MARGINALIDAD

Del bolsón linyera, el manicomio, la pobreza, la psicosis, la basura, los sin techo y otras ovejas del tigre.

*“Nada hay más romántico que un joven vagabundo —y nada más reprobable que uno viejo.”*
(Richard Miller, 1977)

Nos conocimos en la Cumbre de los Crotos, en Mar del Plata, primavera del 96. Durante ese evento convocado por la Agrupación Crotos Libres en la Biblioteca Juventud Moderna —fundada en 1911—, unos trescientos asistentes escucharon al escritor Hugo Nario, al “profesor de filosofía crota” Eugenio Rosalini, al militante anarquista Héctor Woollands (hijo de Luis Woollands o “Juan Crusao”, autor de *La Carta Gaucha*, legendaria publicación de la editorial La Protesta) y a otros próceres de la trashumancia libertaria en la Argentina. Entretanto, otra cumbre se desarrolló en forma paralela y espontánea dentro de la casa de los organizadores Pedro Ribeiro y Ana María Ordóñez, donde paraban el mismísimo Bepo, Finamori, el payador Juan Carlos Rodríguez y el artesano Mario Alonso. Allí, cada mañana, los antiguos monarcas de las vías se reunían en una especie de ranchada bajo techo a tomar mate, recordar historias y discutir temas cruciales como saber de qué lado hay que poner la cabeza cuando uno se echa a la intemperie y empieza a soplar el viento. Por la tarde y noche asistían a conferencias y

discusiones sobre "alimentación equilibrada", "conciencia ecológica", "bioética de la libertad" y "sueños de vida". De remate hubo una suelta de palomas para finalizar cerca de la estación de cargas del ferrocarril.

"Esto es como un rescate hippoide de los crotos históricos", recuerdo que me dijo Alfredo Moffatt antes de preguntar si había algún potrero por ahí cerca para pasar la noche. Yo me alojaba en casa de los organizadores, ya repleta de crotos visitantes; no pude darle indicaciones más útiles. Se fue desilusionado.

Ahora voy a verlo a la Escuela de Psicología Social que está sobre Rivadavia, a la altura de la estación Loria de la línea A de subterráneos. Moffatt, graduado en arquitectura y autodidacta en psicología, me recibe con un pelo y una barba más largos y tal vez más blancos que dos años atrás, con sus pequeños anteojos redondos y una media de hombre, de tela tipo toalla, colgada al cuello, en la cual guarda su teléfono celular.

La escuela es también su casa; vieja, inmensa, llena de recovecos, con pintura descascarada en las paredes. Moffatt me conduce hasta la habitación donde tiene su mesa de trabajo y su cama. Saca una escupidera de debajo del catre, la lleva al baño. Hay relojes, muñecos, papeles, estatuillas, objetos indescifrables por todas partes, dispuestos en un orden que escapa a mi comprensión.

—Cuando el loco no maneja los instrumentos necesarios para integrarse a la sociedad, se hace croto, aunque sea millonario —dictamina el dueño de casa, haciendo lugar para sus codos entre las migas y papeles que cubren la mesa—. Mirá el caso de Howard Hughes, que se volvió loco, seguramente con una fobia grave, y pasó los últimos años de su vida encerrado en un lugar en el que, si bien tenía la suficiente guita como para que lo cuidaran sus guardaespaldas, vivía sucio, desnudo, lleno de mierda. Lo que pasa es que, en general, te bañás y te vestís para el otro. Si el otro no está, si el otro está adentro tuyo, entonces no hace faltarse bañarse o vestirse. También se puede ser un loco bien vestido. Pero de pronto te ponés los pantalones, aunque sean muy finos, sobre la cabeza: en algo le errás. Porque el delirio tiene que ver con una organización distinta de la significación de los objetos.

### El bolsón del linyera

Tres experiencias de vida y de trabajo convirtieron a Moffatt en un experto en la relación entre locura y marginalidad: la Peña Carlos Gardel, creada en los fondos del Hospital Borda en 1971; la mutual de ayuda psiquiátrica El Bancadero, en una vieja casa de Almagro en 1982; y poco después, entre el 84 y el 85, su trabajo como director de lo que en esos años se llamaba Asilo Municipal de Indigentes Félix Lora. En el medio, y un poco antes, vagabundeos que lo llevaron de la India a Bolivia, trabajos en neuropsiquiatría en el Brooklyn State Hospital, militancia en villas miseria... Pero antes, mucho antes, desde la infancia, una fascinación por los márgenes que comenzó, precisamente, alrededor de la figura del linyera.

—Cuando yo era chico, el croto era un trashumante que venía a contar algo de lo que pasaba en otros lados. El criollo le tenía una cierta admiración, por las fantasías de libertad que se hacía; cuando la familia lo controlaba, o la mujer lo retaba, siempre estaba la posibilidad de hacerse croto. Por otra parte, mi vieja, que era de origen alemán, me hablaba de que allá en su país se estilaba que los jóvenes se fueran de la casa a caminar por ahí: le decían *wandering*. Mi viejo era todo lo contrario: aunque tenía un gran respeto por lo criollo, lo chacarero, era muy controlador y formal, como de una clase media prolija. Le espantaban los locos, los borrachos. Así que yo

me dediqué a lo anormal, a los locos, a los borrachos y a los linyeras, con quienes me iba a conversar desde chico. Todo eso era más entretenido que la corrección. Fijate que todos los juegos más excitantes, en el sexo, por ejemplo, tienen que ver con el fondo de los terrenos, los desvanes, los sótanos, los lugares donde hay cosas viejas, ocultas entre las sombras. Y el fondo del neuropsiquiátrico es así: te metés en el fondo del Borda y es como si te fueras a un lugar muy pobre de la Patagonia. Por eso el hospicio siempre me erotizaba, me calentaba, me excitaba.

Moffatt se levanta y me muestra una pava improvisada con una lata de metal y un alambre, toda cubierta de hollín, que le regalaron los habitantes del "bolsón linyera" del fondo del Borda: un baldío en el cual se reprodujeron las ranchadas, las mateadas y los ritos propios de la cultura del croto rural.

—Esto no pasa en las salas del hospital, por supuesto, ahí no los dejan hacer mate porque ensucian. Pero en el fondo, como están abandonados, resurge la cultura linyera, con los fueguitos, las pavas irreconocibles, el bagayo con las ropas que trasladan de un lugar a otro, la sociabilidad criolla, la comunicación reflexiva, con tiempo. Eso permite la organización desde mundos culturales que no son psicóticos.

El Borda era, a principios de los 70, un mundo vasto, de doce manzanas, muy abandonado, cuyo fondo parecía un territorio salvaje que necesitaba guías para la exploración. La Peña Carlos Gardel funcionó como una comunidad popular que utilizaba el teatro, el baile, la pintada de murales y otras actividades para recuperar el sentido de identidad personal de los internos. La rueda del mate en torno del fogón como psicoterapia de grupo, el teatro "Las ánimas", el cine, el Diario Mural de la Peña, la cooperativa de trabajo (pintura, refacciones), fueron maneras de reivindicar esa cultura criolla que hasta entonces había permanecido negada.



—Pero fue una actividad absolutamente linyerona, todo hecho con trapos, con harapos, como todo ese teatro pobre de las guerras. Hacíamos *Juan Moreira* y por ahí a éste le daban electroshocks y entonces venía la madre y decía que había un hombre que curaba con la palabra: era Pancho Sierra. Ahí aparecía yo, con una barba hecha con algodón Estrella, y decía que el daño no estaba en el cuerpo sino en el alma y largaba algo de Freud y ahí el sincretismo era muy interesante, como una especie de psicoanálisis gaucho.

Años después se organizó El Bancadero, una comunidad autogestiva que alquiló una casa antigua y que con técnicas de laborterapia la fue refaccionando para organizar una mutual de ayuda terapéutica destinada a desesperanzados que necesitaban tratamiento y no tenían con qué pagarlo. En sus quince años de existencia, pasaron por El Bancadero veinticinco mil pacientes.

—Hoy sólo soy el presidente honorario—comenta Moffatt—. Aparezco cuando hay lío o cuando se muere alguien. Voy, hablo de la muerte y se tranquilizan. Les digo que es verdad que la muerte existe y que sabemos que no es algo inesperado, que es algo razonable, que de vez en cuando sucede o viene aunque no avise antes. Entonces la gente se queda tranquila.

En el Asilo de Indigentes, en San Telmo, Moffatt trabajó con un promedio de doscientos internos diarios durante dos años.

—Caían linyeras, mendigos, prófugos, delincuentes por dos o tres meses. Traté de convertirlo en una comunidad terapéutica, con asambleas y grupos de mateadas. Hasta le hicimos la guerra a las chinches y todo mejoró mucho. Pero la Municipalidad era muy siniestra. Yo mismo, como director, no podía hacer muchas cosas. Quise una vez sancionar a una enfermera que le había gritado a un linyera, a un compañero, y vino a verme uno

de esos siniestros personajes, como de la UOM; tuve que quitar la sanción... Una mierda. Una vez hice una joda para Navidad. Se pusieron todos en pedo; esa noche durmieron todos esos prófugos completamente alcoholizados pero hermanados. Hicimos tanto quilombo que hubo una queja del restaurante Viejo Almacén, que estaba ahí enfrente, con todos sus turistas americanos... No se podía hacer nada.

Moffatt recuerda a algunos personajes del asilo, como "Curdelo", un linyera especializado en Shakesperare y Dostoievsky que venía de vivir en el centro de Plaza Flores, donde se había hecho un hogar entre matorrales; allí se reunían travestis, chicos de la calle, crotos, en una especie de comunidad que juntaba multitudes a su alrededor, especialmente para las fiestas de Navidad y Año Nuevo, y también para Carnaval, cuando todos iban a ver el corso de Flores.

Otro era "Pajarito", que estuvo un par de días en el Félix Lora y después voló.

—Lo que me impresionó es que éste tenía el aspecto de hombre de campo, de puestero que nunca viaja a ningún lugar: el pelo para arriba, flaco, quemado por el sol, la cara altiva y ladeada, con su bagayito al hombro pero vestido correctamente, con alpargatas. ¿A usted lo llaman "Pajarito"?, le pregunté. ¿Es porque anda, digamos, siempre volando... porque no se posa nunca, porque hace nido en cualquier lugar? Y él me contestó: No. Porque soy como el viento. Ah... Por eso lo llamaban "Pajarito". Porque era como el viento: más abstracto y volátil que un pajarito. Como el viento que pasa y no deja huella.

### Entre la basura y la psicosis

Cada tanto, la conversación se interrumpe por algún llamado telefónico. Moffatt —que anda detrás de una beca que le permita pagar el alquiler, además de la sempiterna tarea de buscar alumnos para su escuela— descuelga el celular de la media que lleva al cuello y atiende. Apago el grabador de nuevo. Y pienso en mi próxima pregunta: ¿qué relación hay entre el croto que andaba por las vías y el que se las arregla hoy en algún rincón de la ciudad?

—Una es el lenguaje: muy educado, especialmente en aquellos que guardan la tradición linyera: siempre tratan de "usted" a los demás —responde rápidamente Moffatt mientras vuelve a guardar su teléfono en la media—. Otra son los ideales: muchos linyeras son herederos de la tradición anarquista. Hay costumbres gauchescas como la ranchada, la rueda matera, una actitud contemplativa y reflexiva, que los emparentan a los crotos históricos. Lo que pasa es que a éstos los fueron encerrando cada vez más. Primero los alambrados los hicieron andar por la vía, que era lo único que no estaba cercado. Ahora ni vía hay. El linyera que vemos por ahí es el descendiente, el nieto empobrecido y degradado de Martín Fierro. Porque en la ciudad se transforma en algo muy psicótico. Recuerdo que en el asilo cada tanto caía alguien muy raro, un linyera de campo, como un anarquista traspapelado, que te hablaba de la libertad. Pero claro que si te habla de la libertad y está en condiciones de mendicidad, me parece más un psicótico, porque no hay ninguna libertad en pasarse todo el día trabajando, esforzándose para conseguir un lugar donde dormir.

Sólo unos pocos consiguen mantener su dignidad. Como "El Filósofo" que vivía en Plaza España, frente al Palacio Pizzurno, y andaba siempre rodeado de seguidores y discípulos interesados en su discurso. Parece que un día se sintió asfixiado entre tanta gente y decidió partir.

En la ciudad el linyera pierde perfil, se confunde entre la masa de los sin techo. Jubilados, desocupados, cartoneros, alcohólicos y enfermos de diversas dolencias se mezclan con chicos de la calle y con familias enteras de

emigrados del interior que se quedaron sin casa o que vinieron a visitar a algún pariente internado en un hospital. Miles de personas deambulan entre los distintos comedores dispuestos por el Ejército de Salvación, la Casa Salesiana, el Servicio Interparroquial de Ayuda Mutua, entre otros organismos de la ciudad de Buenos Aires. Algunos caminan más de cuarenta kilómetros por día, desde lugares remotos para el que anda a pie, como Quilmes, Avellaneda o San Miguel, para acercarse a tomar mate cocido y pan con los salesianos del barrio de San Telmo o conseguir un plato de sopa del Ejército de Salvación, a la medianoche, en las estaciones ferroviarias de Retiro, Once y Constitución. Las cifras del gobierno de la ciudad son habitualmente avaras: poco más de un millar de linyeras "auténticos". El Servicio Interparroquial de Ayuda Mutua cree que en el centro porteño viven cerca de diez mil, y que entre Mataderos, Liniers, el Bajo Flores, los alrededores de las iglesias San Cayetano y San José de Flores deambulan otros tantos.

Por supuesto que siempre hubo linyeras en zonas de difícil registro. Como la Reserva Ecológica de Costanera Sur donde, según las épocas, han vivido centenares de personas en construcciones precarias.

"No se acepta trabajo sin seña", decía el cartel de una tapera en la que se había establecido temporalmente uno de estos personajes.

También solía encontrárselos en las orillas del río cercanas a Ciudad Universitaria: la famosa Aldea Gay, que pese a su nombre llegó a contar con varias familias heterosexuales entre sus doscientos habitantes; sedentarios, y dedicados en buena medida al cirujeo, la mayoría de ellos nunca pudieron ser encuadrados estrictamente dentro de la tradición linyera.

Como es lógico, los espacios verdes —parques, plazas, baldíos— son los más frecuentados por los vagabundos para pasar la noche cuando no hace frío. Los siguen las estaciones ferroviarias y de ómnibus, donde pueden encontrar chapas y cajones de madera para improvisar un techo. Después vienen templos e iglesias, hospitales, estaciones de subterráneo, puentes y autopistas. Algunos prefieren las plazas que tienen mayor número de palomas, alimento básico —y al alcance de cualquier mano hábil— del que no quiere o no puede caminar hasta algún comedor de caridad.

—En la ciudad el linyera quedó cagado —Moffatt se entristece—. Tuvo que vivir en la calle, que es literalmente muy dura. Fijate que el principal problema no es la comida ni la ropa, es el frío. En invierno, de noche, es muy difícil dormir. No sólo hace frío; encima puede llover. De día uno más o menos se la rebusca, pero de noche, al dormirse, el cuerpo se enfría. Si además están alcoholizados y baja la temperatura, hacen una hipotermia y se mueren. En cambio, los pobres en el campo son más dignos, pueden tener una visión, digamos, ecológica. En la ciudad el pobre está en contacto con la basura. Se basuriza: él mismo se convierte en basura. Y encima, pierde la existencia, la visibilidad, porque al mismo tiempo está y no está. Queda en soledad, es invisible ante el resto de la gente. Una vez, creo que en la calle Santa Fe, había un croto de esos psicóticos, con un saco y una camisa muy rotos, sin pantalones. Estaba en bolas, sucio, flaco, con pinta de esquizofrénico. Plena calla Santa Fe. Y de golpe veo venir a una señora muy fina, de Barrio Norte, con una niña adolescente, y dije: acá se arma la podrida... Pero no: pasaron al lado de ese hombre casi desnudo como si no existiera. Ahí esos huevos no existían.

Algunos psicólogos y asistentes sociales que salen a la calle en unidades móviles cada tanto toman contacto con los vagabundos y les sugieren alojarse por un tiempo en hogares de tránsito. Según los distintos programas implementados, en algunos casos se los ha derivado al

Félix Lora, al Centro de Noche Costanera y al Hogar Monteagudo; también al Hogar 26 de Julio, que atiende a mujeres solas o con hijos menores. En otros casos, a hoteles transitorios subsididados para albergarlos y a paradores que ofrecen el servicio de pernocte, cena, desayuno y duchas, como el parador Azucena Villaflor, para mujeres con y sin hijos, y otros para hombres solos, como los paradores Retiro y Bepo Ghezzi, este último bautizado en memoria del linyera estrella.

Al mismo tiempo en que se les ofrece alojamiento, se los invita a "reintegrarse a la sociedad": se los entrevista para determinar cómo pueden conseguir trabajo, etc. etc. Los programas siempre fueron, naturalmente, optativos. A veces participan familias enteras que viven a la intemperie; otras, individuos solos, perdidos para siempre por sus parientes cercanos. La mayoría de estos últimos —herederos del croto clásico— vuelven a la calle después de bañarse, afeitarse y pasar alguna noche de hotel gratis.

## Ciudad clocharde

Según cuentas de distintos gobiernos de la ciudad de Buenos Aires, siempre hubo una marcada mayoría de varones entre los vagabundos crónicos: en promedio, un 85 por ciento contra un 15 por ciento de mujeres. Para ellas, por cierto, la calle es un sitio más peligroso. Se lo observo a Moffatt, que coincide: el linyera se inserta dentro de la tradición gauchesca, centrada fundamentalmente en el varón. "Casi puede decirse que es una cultura homosexual (o unisexual), en el sentido de que los vínculos emotivos más fuertes son lealtades entre dos amigos", especula Moffatt en su libro *Socioterapia para sectores marginados*, título con el que se hicieron reediciones del clásico setentista *Psicoterapia del oprimido*. Los ancestros del croto, afirma, no son Juana ni Azucena sino Martín Fierro, el Sargento Cruz, el Viejo Vizcacha, el Negro y el Indio.

—Claro que siempre hay algunas linyeras; pero son pocas. Porque así como el varón, siempre que sea joven, tiene el recurso del robo, para la mujer el oficio alternativo es la prostitución. A veces también se quedan dentro de alguna casa, solteras, abandonadas. La solterona es una especie de linyera interior, que se queda sola en un caserón, rodeada de sus santos y estatuas. Y las que van a la calle o a la plaza tienen la costumbre de armar sus casas de cartón, trapos viejos, latas; al revés de los hombres, que andan más a la intemperie, ellas levantan un hogar en cualquier parte.

"Sobre un fondo indescifrable donde se acumularían camisones pegados a la piel, blusas regaladas y algún corpiño capaz de contener unos senos ominosos, se iban sumando, dos, tres, quizá cuatro vestidos, el guardarropas completo, y por encima un saco de hombre con una manga casi arrancada, una bufanda sostenida por un broche de latón con una piedra verde y otra roja, y en el pelo increíblemente teñido de rubio una especie de vincha verde de gasa, colgando de un lado". Cortázar, en *Rayuela*, describe a Emannuele, clocharde de París, pero podría estar hablando de cualquier mujer linyera.

Una de ellas va en una silla de ruedas, a la cual ha atado sus propios tobillos; un perro la sigue. Otra mujer, negra, tan flaca que parece recién salida de una sequía etíope, increpa a los pasajeros del subterráneo: "Yo nací en un cementerio!", grita. "Yo nací en un lugar donde los pájaros se caen muertos del cielo!". Un vagabundo medio borracho, vacilante, sobre el cordón de la vereda, se detiene cuando el semáforo cambia del verde al amarillo y los vehículos ocupan la calle. "Demasiado tarde, ya no llego", murmura. Tal vez se refiere a su vida entera.

Claro que desde el centro es difícil observar con precisión lo que ocurre en los márgenes. Es posible que aquel vagabundo que parece no tener fuerzas para alzar la mano no quiera pedir; que piense que mendigar es, precisamente, quebrarse. Y que prefiera acurrucarse en un rincón bajo sus papeles y cartones.

Moffatt desarrolló una teoría para entender la relación de los diversos grupos marginales entre sí, y del vínculo que éstos establecen con el resto de la sociedad. Los anillos de la marginalidad es un concepto que implica observar tres círculos concéntricos: un centro (la norma), una primer periferia (la transgresión) y un anillo exterior (la marginación).

—Normalidad, transgresión y marginación son definiciones del poder —aclara Moffatt—. El poder dice: es normal todo lo que es igual a mí; lo distinto es, en primer término, transgresor; si es muy distinto, y no respeta en absoluto mis reglas, lo pongo fuera del sistema y lo convierto en objeto, en cosa descartable, pasible de eliminación.

De modo que en el centro están los normales (aquellos que tienen trabajo o se ubican cerca del poder); en el siguiente anillo, los desocupados, las prostitutas, los artistas, todos aquellos que tienen comercio o algún tipo de intercambio con el centro, a través de un límite permeable, que les permite cierta posibilidad de ida y vuelta; y en el tercer anillo, los que pasaron un límite impermeable: chicos de la calle, mendigos, presos, grupos de alto riesgo, psicóticos, sin techo, parias de todo tipo y pelaje.

—Por ejemplo, dentro del primer anillo hay una persona que tiene trabajo. Si lo pierde, pasa al segundo; como desocupado, puede empobrecerse cada vez más y entonces podría derivar hacia el tercer anillo: pierde la familia, la pensión, la casa, queda en la calle, se deprime y aparece el alcohol, en un camino que lo lleva hacia la autodestrucción y en el cual hay cada vez menos posibilidades de volver. Se le rompe la ropa, le crece la barba, ya no tiene domicilio fijo y en esas condiciones le es cada vez más difícil pedir trabajo.

### Las ovejas del tigre

En esa selva los marginales se cruzan, se rozan, se evitan o se mixturan. En principio, los chicos, los linyeras y los mendigos pueden tenerse miedo y mirarse con desconfianza, pero también suelen percibir aquellos elementos que los unen.

—Al chico de la calle le duele mucho la mirada de las señoras buenas, que los basurizan, los ven como si fueran basura —dice Moffatt—. Y entonces crean un lente en donde sólo ven a otros marginales como ellos. Y todos ven, por supuesto, al gran depredador de la marginalidad en la calle que es la policía: chorros, travestis, chicos y linyeras son las ovejas del tigre.

Por eso resulta tan difícil hablar con la mayoría de ellos; han sido tan marginados que tienen fobia, temores... Los únicos que les hablan son los policías. Que a veces ni se llevan a los linyeras por miedo a que les vomiten, a que les ensucien el patrullero.

Por otra parte, los vagabundos y los chicos de la calle cultivan distintas costumbres y pertenecen a diferentes tradiciones. Los primeros tienen al vino, los segundos a la cerveza.

—El linyera es como un poeta, un reflexivo, un ser pacífico. Para el chico de la calle, la cerveza ya es un pasaje, un tránsito hacia otras formas, y más aún cuando viene acompañada por un cóctel de drogas de farmacia. Ahí ya aparece un personaje completamente distinto, extranjero, originado en la tecnología norteamericana, que es el patotero-falopero. Un personaje agresivo, que

está más animalizado, que actúa sin pensar. El linyera, aun cuando sea psicótico, es un personaje más poético.

"Nosotros no estamos mal de la cabeza, director", le había dicho uno de ellos a Moffatt cuando estaba en el Asilo de Indigentes Félix Lora. "Somos locos del bolsillo". Víctimas no de un brote de locura sino de un brote de pobreza. Un traspié, un desliz, un roce con el borde, un tropezón en la frontera entre trabajo y ocio, familia y nomadismo, normalidad y anormalidad... y de pronto todos somos —o podemos ser— crotos.

"Camina todo el día", describe Moffatt al indigente urbano en un artículo del diario *Clarín*. "Padece hambre. Se moja cuando llueve. Se le rompen los zapatos y sufre un edema de piel. Sucio, barbudo, casi harapiento y con los pies lastimados... Con esa apariencia es imposible conseguir trabajo ni nada del resto de la sociedad".

"Qué me anda pasando si hace un invierno / no sabía bien donde dormía / dormía / pero era otro... / Ya soy un croto", cantaba León Gieco.

—En ese anillo hay más riqueza y dramaticidad existencial —se entusiasma Moffatt—. El folklore de todos los pueblos salió de allí. El tango no surgió en los salones sino en los piringundines. El centro está muerto, porque se burocratiza y no tiene creatividad: el normal es nadie precisamente porque coincide con la norma.

Antes de despedirme le hablo a Moffatt sobre este trabajo, los testimonios que he reunido, mis propias incursiones en el tema. Y le señalo que cierta errancia de los años 60 y 70 —ésa que tenía "los dedos superadheridos de tanto esperar a ese hombre que me lleve por las rutas argentinas"— puso en movimiento a alguna gente del centro hacia los márgenes. Claro que la mayoría de esa generación no pasó del segundo anillo. Pero desde ahí se puede entender que en los años 90 haya ocurrido un "rescate hippoide" de la historia del croto.



—Mirá lo que yo quiero ser cuando sea grande —él me interrumpe y me lleva del brazo hacia otra habitación, en donde tiene una serie de fotos ampliadas de sus viajes por el mundo. Señala la imagen de un vagabundo de la India que anda en harapos, llevando sobre los hombros una caña atravesada, con dos bolsitos en cada extremo. Tiene barba blanca y pequeños anteojos redondos.

—¿No se me parece? —pregunta Moffatt, con sonrisa de niño. La verdad que sí.

# 9. LA VOLUNTAD DE ANDAR

Del eslabón perdido, cómo conocer el territorio, camaradas de ruta, el amor por la vía y la despedida.

*"Un buen caminante no deja huellas."*
(Lao-tzu, *circa* siglo VI a. C.)

—Agradecé que tenemos este techo —susurra mi viejo cuando mamá se pone nerviosa porque la chapa se llueve al menos en tres puntos diferentes entre el dormitorio y el comedor—. Si no, estaríamos durmiendo bajo la autopista.

Ella cree que él está haciendo uno de sus chistes. Yo no estoy tan seguro. Compré esta casa para que vivieran ellos; de lo contrario, con la jubilación de él no les habría alcanzado ni para alquilar una pieza. El Pibe Materia jamás pudo acceder a los beneficios y dolores de cabeza de la propiedad privada; ni los ahorros ni los trabajos le duraron lo suficiente. ¿Tengo algo que reprocharle? Para nada: tal vez en algún lugar él nunca dejó de ser un croto.

## El eslabón perdido

Desplazado por los sin techo dentro del imaginario urbano de fin de siglo, el croto clásico se refugia en la memoria de aquellos que regresaron, se hicieron sedentarios y pudieron articular en un relato su historia de vida. Sólo unos pocos ejemplares aún merodean por la campaña, como resistentes de una guerra perdida. Deben soportar el lento proceso de extinción de la sensibilidad que sustentaba su

deambular, aquella que les daba sentido, rumbo, dirección. No es que haya desaparecido el discurso de la libertad; lo que ha retrocedido es el clima y el razonamiento político que ponía en el horizonte una sociedad libertaria, una comuna de maíz, una utopía gaucha, un alambrado cortado por la mitad para que se mixturen las tierras y sus habitantes.

Aquel que hoy insiste en crotear es el eslabón perdido entre el místico errante, el bracero anarquista y el mochilero hippie, neo o viejo. Los andariegos se renuevan, la tradición permanece. Puede que en vez del tradicional mono cuadre una mochila; que si no hay más cosecha de maíz se vaya a juntar maní a Córdoba o fruta a Río Negro; y que en lugar de un pantalón y una camisa de dril vista uno de esos vaqueros al estilo de los que viene fabricando Levi Strauss Inc. de San Francisco desde el siglo XIX. Pero lo mueve la misma fuerza, anhelo o voluntad.

Un ejemplo de esta subespecie es Alberto López. Paraguayo de nacimiento, con muchos años de residencia —mejor sería decir: de croteadas— en la Argentina, aparece de pronto en las cercanías de Tandil durante la filmación de *Que vivan los crotos*. Ana Poliak lo graba, pero no incluye su historia en el largometraje.

—Me vine de Villa Regina a Bahía Blanca, de Bahía Blanca a La Reyera, de La Reyera me vine a General Pico, de General Pico a Bragado, de Bragado me vine a Mechita y de Mechita a Chivilcoy y de Chivilcoy a Mercedes y de Mercedes hasta Haedo. Esto es una tradición criolla; siempre anduvo gente en la República Argentina y bueno. Claro que hasta donde se puede llegar caminando es hasta Haedo, de Haedo para adelante ya no se puede caminar porque pasan tantas cosas: asaltos, tiroteos, y en una de ésas la policía se puede confundir. En Haedo la policía ya es experta en la materia, ya sabe todas las vueltas del caminante, entonces ahí uno se vuelve para atrás: para Luján, para Mercedes, Pergamino, Colón, Teodolina...



López tiene cincuenta y pico de años. Habla la jerga de los viejos crotos. Aunque usa mochila de nylon, sabe cuadrar el mono cuando sube a un tren de carga, "porque si no, ahí se me ensucia la mochila". Y enumera sin cesar, como ante un examen oral de recuerdos, los lugares por los que pasó, muchas veces de a pie, algunas otras en tren: "Arroyo Cabral, Villa María, Leone, Marcos Juárez, Río Segundo, Oncativo, Corralito, Luca, Rafael García, Almafuerte, Elena, Espinillo...". Las estaciones, los pueblos y los parajes van desfilando, sin ninguna jerarquía de tamaño o importancia socioeconómica, en un discurso ininterrumpido, como el traqueteo de un ferrocarril.

—¿Yo, por qué camino? —se sorprende ante la pregunta—. Tengo que caminar un poquito para conocer bastante el territorio. Para no pasar de incauto y sumiso del mismo territorio nuestro, por supuesto.

## CAMARADAS DE RUTA

Un desierto, una planicie, un oasis para calmar la sed del deseo en el horizonte: el deseo se fuga hacia adelante, se funde entre la tierra y el cielo, se ubica siempre más allá.

—De repente, así como va caminando uno ¿vio?, le dan ganas de tomar mate. No tiene más que arrimarse a ese cañaveral que está ahí, juntar agua, hacer fuego, poner la pava y preparar el mate. Si se le oscureció, desata el monito y tiende las pilchas y duerme ahí mismo. Al otro día se levanta temprano a tomar mate y sale caminando de vuelta con rumbo desconocido.

El puntapié inicial para comenzar a crotear fue, en el caso de López, una pérdida. Como siempre: una muerte, una separación, un desencuentro..., y a la huella.

—Antes de casarme caminé quince años; después estuve doce años sin salir. Entonces se me murió la señora y

me largué de vuelta. Pero como esta vida yo la conocía de antes, para mí no era cosa del fin del mundo.

Ya lo dice el tango "En la vía": "Se fue/ ¡mala suerte!/ paciencia y pan criollo/qué tanto merengue/ por una mujer".

Al contrario de todos sus otros colegas, López insiste en que ha visto varias mujeres croteando por los caminos. Por lo menos en dos oportunidades entabló relaciones con andariegas en medio del campo.

—Una vez, yo estaba tomando mate a las cuatro de la tarde, debajo de un puente, sobre la costa del río Tercero, en la provincia de Córdoba. Una mujer venía costeando la vía desde un pueblo llamado Corralito. Cuando llegó arriba del puente, se paró y dijo: "¿Se puede tomar mate?". Sí, cómo no, le dije, bájese nomás. Ella bajó, dispuse unas piedras que había a orillas del río para que se sentara y le serví un mate. Entonces ya empezamos a conversar. Ella venía de Salta e iba hacia Río Negro, donde tenía un cuñado. "Pero el camino no lo conozco", me dijo, "no hallo cómo hacerlo para llegar hasta allí y me he quedado hasta sin dinero, también". Bueno señora, le dije, yo tengo para pagar el pasaje hasta Río Cuarto y de ahí nos vamos en un tren de carga hasta Sampacho. Y nos fuimos juntos. Nos hicimos tan amigos que ya fuimos compañeros.

Llegaron a Bahía Blanca. Allí se separaron. Después López conoció a otra señora que lo acompañó en un nuevo ramal de su itinerario. Y vio otrasmás, con las que no formó pareja; una mujer en la vía —asegura López— tarde o temprano termina encontrando compañía. Vínculos transitorios,que no hacen nudo,que no atan la vaca a ningún corral.

—¿Por qué salen a andar estas mujeres? —se encoge de hombros—. Porque se aburren en la casa, o porque el marido se porta mal, o porque la madre no tiene trabajo, o porque en su pueblo deben algunas cuotitas que no han querido pagar. Por eso se han visto obligadas a salir a caminar. Pero han caminado tanto que la razón por la que salieron ya ha prescripto, ya ha caducado. Y ellas le han seguido metiendo para adelante porque se han hecho de ambiente en la huella.

### Amor por la vida

—Ahora me siento libre, sin ningún compromiso —remata López—. Cuando estaba casado sí que tenía compromiso, porque había que trabajar todos los días. Sí, me siento libre; y eso que he caminado en las buenas y en las malas. Porque hay que saber dominar calores, dominar frío, dominar todas las inclemencias del tiempo. Siempre me gustó, en un dicho, caminar, conocer bien el territorio. Y le voy a tener que seguir metiendo. Total, ya ahora qué voy a aflojar.

"Soy demasiado nómade en mi corazón para entender el amor a un solo lugar" (Laurens van Der Post). ¿Se entiende el amor por la vía? ¿Por el andar, vivir y morir en camino? Andar no como elección ni como decisión, sino como la obediencia a una pasión que viene de muy adentro o de muy afuera, un impulso que encadena al corazón como si éste fuera un esclavo de la libertad.

A un linyera que vivía en una choza improvisada con matorrales, en la provincia de San Luis, lo invitaron a un asado en una chacra cercana. Cuando una vecina le ofreció un vaso de vino con hielo, dijo: "¿Hielo? No gracias. No me quiero acostumbrar a lo que no me va a durar".

—El croto es como alguien que está buscando una estrella —resume El Pibe Materia, sacando los pocillos de café de la mesa—. Y algún día la va a encontrar.

¿Cómo se llama esa estrella? No sabe o no contesta. Simplemente, va a buscar al dormitorio, a su mesita de luz, la novela de Jack London que solía darme a leer cuando yo tenía doce años: *El peregrino de las estrellas*.

—¿Te acordás de este libro? —pregunta. Sí, claro,

cómo no me voy a acordar: es una suerte de migración del alma por la historia del mundo.

—Cuántos sueños —dice, apoyando las dos manos en el respaldo de una silla— y cuánta realidad.

Parco es mi viejo para comentar lecturas. Siempre mantiene su discurso aforístico, sentencioso, a flechazos:

—Esto es lo que aprendí en la vía: todo es efímero. No hay que aspirar a más. Hay que contentarse con lo que uno tiene. Y al final del camino todos nos vamos a encontrar.

¿Éste es el mismo padre que solía darme consejos como "buscate una mujer que te cuide"? Vueltas de la vida: después de cumplir cincuenta años de casados, es él quien tiene que cuidar de mi madre, a quien cada tanto le sube la presión, entre otros achaques. Ella se marea, y él —que camina despacito, arrastrando los pies— la sostiene para que no se caiga.

Y yo también tengo que sostenerlos a ambos, aunque sea quedándome cerca. Qué paradoja: mi padre me trasmitió la sensibilidad que me incitó a dejar el hogar con la mochila a la espalda; la inclinación a desobedecer su modelo para andar en fuga permanente de los vínculos de familia; el mandato de continuar aquel viaje croto que quedó incompleto cuando él cumplió veinte años. Y ahora me pide que permanezca a su lado en este tramo del camino.

Tal vez llegué a este punto sólo para poder comprender mejor la relación entre aquel Pibe Materia y este padre. O entre el palo y su astilla. Tal vez el verdadero viaje ocurra en otro sitio, en un lugar más interior o difícil de ubicar, de cartografiar, de marcar sobre una superficie.

"Yo había elegido el destino de croto, y entonces no podía quejarme", dice Bepo. Pero ¿se puede elegir el destino? ¿O sólo se trata de reconocer su llamado? Tener la suficiente libertad para no detenerse ante ninguna barrera, creencia o convención —ni siquiera ante la misma idea de libertad— para seguir la propia huella, el propio carril...



¿Una indefinición posible? Croto es aquel que intenta vivir la vida como la voluntad de andar detrás de un llamado. Una voz, *vocatio*, invocación que a veces suena como el pito de un tren que atraviesa la llanura.

Miro a esos dos viejitos que apenas si pueden caminar, avanzando lentamente por el pasillo-chorizo hacia la puerta de calle, para despedirme después de largas horas de mates y recuerdos que me servirán para escribir este libro. Ella con su saquito sobre los hombros, su pollera verde oscura, humilde pero digna; él con su pantalón medio roto, las chancletas agujereadas, la camiseta que le queda corta y que le deja fuera el borde inferior de la barriguita: croto, genio y figura hasta la sepultura.

Salen a la calle. Se quedan junto al umbral para alzar el brazo antes de perderme de vista. Es un rito preciso; debo darme vuelta tres veces para saludar con mi brazo, antes de llegar a la esquina. Ellos devolverán cada saludo.

Creo entender. Creo que sabré perdonar. Creo que podré agradecer. Y espero que, cuando llegue la hora de partir —siempre llega—, reúna el mismo valor que esos hombres que hace décadas se lanzaron a seguir el rastro del largo, sonoro y potente silbido de la libertad.

## EPÍLOGO

La última palabra siempre está por venir, es provisoria. Pero como la mayoría de los testimonios sobre los que se basó este libro proviene de la segunda mitad de la década del 90, no está de más preguntarse por actualizaciones, por cambios en las condiciones de existencia y por el destino de algunas de las vidas puestas en relato. Ya a fines de aquellos años la precarización laboral había sembrado el camino con historias de quiebre diferentes a las de quienes salieron a las vías durante las primera mitad del siglo XX. Y en 2001-2002, la crisis fue un huracán que cambió el paisaje como nunca. El colapso arrasó viviendas, empleos, vehículos, negocios, creencias y expectativas. De un empujón a la calle, por motivos nuevos sumados a los clásicos: el derrumbe de un hogar, la separación, la viudez, el corralito o la enfermedad de los afectos. Los números cantaron en voz alta: en menos de ocho meses, más de cinco millones cayeron bajo la famosa línea de pobreza (línea de sombra). Al aumentar del 38 al 54 por ciento de la población, ese índice llegó a ser el más alto de toda la historia argentina. Al mismo tiempo, la indigencia batió su propio récord, con un 27 por ciento redondo —más de nueve millones de personas— sin ingresos para una canasta básica de alimentos. Sólo en Buenos Aires, medio millón de nuevos pobres modificaron radicalmente el paisaje urbano, brotando a razón de uno cada cinco segundos durante el primer semestre de 2002 en los barrios porteños o migrando de localidades remotas a zonas céntricas para mendigar o reciclarse

como los célebres cartoneros. Una vez que pasó el pico de la crisis, la UNICEF y la Oficina Internacional para las Migraciones contaron unos diez mil habitantes de la calle dedicándose al reciclaje de basura; a medida que la economía empezó a estabilizarse, esos números fueron descendiendo a cuentagotas. Las estadísticas juegan con los trucos del poder de la precisión, con la ilusión de la certeza. Pero indican; son índices.

Con los años también se fueron la mayoría de los protagonistas de la primera edición. El Pibe Materia sólo llegó a leer hasta la página 33 —número mítico—, acostado en la cama del hospital donde pasó sus últimos tres meses. Cuando ya no pudo sostener el libro en las manos, me preguntó si había contado esa parte de su historia en la que él escapaba de la policía escondido en una zanja. Mi lectura en voz alta lo tranquilizó, durmió mejor aquella noche. También partieron Bepo, Finamori, Germinal. Sin embargo, la sensibilidad que los puso en movimiento se mantiene renuente a permanecer entre paredes, a quedarse quietita en un encierro. Se trata del combustible renovable del viaje croto, el viaje del linyera, acaso el viaje auténtico: el viaje de ida, el de fuga, aquel que se asume como vida a la intemperie. Claro que todos conocemos la intemperie, el vacío, el abandono, de una manera u otra. Sabemos que todo se mueve, cambia de propiedad y condición, deviene, muta en algo diferente. Pero hay que lanzarse a la vía o al camino con la bolsa de dormir al hombro para asumir por completo la deriva, al trayecto de una errancia cuyo piso es duro y provisorio, cuyo cielo nunca es igual al de anoche. Hace falta deseo, y también gracia para realizar el gesto que salta o rompe un muro para salir al aire fresco. Hace falta confianza en la posibilidad de la salida.

De todos modos, hoy "croto" o "linyera" son términos que ya no significan lo mismo que en las pampas de



antaño. En la ciudad del siglo XXI el linyera muchas veces está solo, tirado en el piso, apesta. El único ser vivo que se le acerca es un gato (ya es bastante). La escena es conocida. El hombre abre los ojos, se incorpora a medias, acaricia a su visitante. El gato ronronea, sube sobre la panza cubierta de harapos. El hombre le da un beso en la cabeza y revuelve entre sus bolsas de basura/comida o comida basura. Algo encuentra. Él siempre tiene comida para un animal.

Por ejemplo, Julio Olmedo, de Thames entre Charcas y Güemes, Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Julio pernoctaba en el umbral de un local abandonado antes de que un grupo inversor demoliera su domicilio provisorio para construir una torre de veinte pisos. Algunos vecinos le regalaban ropa (que quizás él luego canjearía o se dejaría arrebatar a cambio de vino, ya que siempre vestía lo mismo); otros le daban alimentos crudos o cocidos. Los empleados de la pizzería de al lado eran bastante generosos. Casi siempre podía encontrarse un pedazo de fainá fría o algún otro residuo en sus cajas de cartón semihúmedas; los gatos sueltos de la calle lo sabían, y también los perros que tironeaban las correas de los paseadores. Julio sonreía con sus dos o tres dientes delanteros.

Nunca lo encontré bastante sobrio para sostener una charla coherente. Sea por exceso de alcohol o falta de dentadura, no se podían distinguir consonantes de vocales dentro de sus frases breves. En agradecimiento a alguna campera regalada, a la sopa de una vecina o a la chica con minifalda que mostraba las piernas a la altura de sus ojos por la vereda, él solía exclamar sus dos palabras: ¡"Al pelo!".

Una vez me acerqué a darle pantalones usados, él se incorporó del umbral para bajar los suyos en plena calle y mostrarme unas cicatrices en la nalga y el muslo. "Son de Malvinas", gritó. Pero no quiso o no pudo desarrollar

el tema. Otros linyeras también me contaron que tuvo un pasado de jugador de fútbol (Rosario Central).

Julio por lo general no hablaba. Disfrutaba de su vino en cartón a solas (tóxico social, barato). Algunos prefieren mezclas más sofisticadas: frutas fermentadas, alcohol puro de farmacia, un chorrito de perfume. Un típico trago largo de la calle, de origen andino, es la cachuña. Otro es el pajarito, oriundo de la cárcel: la receta tumbera añade levadura, agua de arroz y azúcar a la ralladura de naranja u otras frutas (fuera de la prisión hay menos elementos, uno se conformará con lo que encuentre). Los más jóvenes o reventados podrán agregar pastillas: Rohipnol, Artane. Sin contar a los infantes que aspiran Poxirrán en bolsas de plástico.

Algunos chicos visitaban a Julio en su propio umbral, lo convidaban, aunque él prefería seguir aferrado al vino. Sus visitantes eran, por lo general, punks de la calle. Crotos *part time*. Bandas que surgieron como otra consecuencia de los cambios en la economía y en la subjetividad de fin de siglo. Como esa juventud linyera que se desparramó por la ciudad a partir de un epicentro: el Obelisco de los años 80 y 90. Crestas coloridas, pantalones chupines, borceguíes robados o heredados, remeras de los Ramones o Sex Pistols y aerosoles de pintura negra en la mochila para pintar la A de la anarquía en las paredes de algún boliche under donde pudieran forzar la entrada sin pagar y ver bandas tipo Doble Fuerza o 2 Minutos: "Facho puta! Ni oi ni nunka!".

"Caíamos tipo tres y media de la mañana de algún recital donde no nos habían dejado entrar porque no teníamos un sope, y como todavía queríamos seguir de joda, sabíamos que en Corrientes y 9 de Julio iba a haber marihuana o por lo menos vino seguro". Así recuerda el gordo Skarcha sus años de deriva entre Avellaneda y el Obelisco, a fines de los 90, cuando tenía menos años (17) y no tantos aros en el rostro. "Tipo ocho de la mañana, muchos se iban pero otros se quedaban a dormir ahí mismo. Si te quedabas, la rutina del día era ir a zafar sándwiches a la puerta del Burger de Corrientes y Florida o al Mc Donald de San Telmo. En esa época pedíamos plata a los que pasaban, pero después muchos salieron a pudrirla y, si no les dabas, te robaban".

Skarcha hoy trabaja en la industria de la construcción pero no olvida el punto de fuga que encontró alguna vez entre los punks del Obelisco, ésos que otras tribus urbanas llamaron simplemente "los obelos" (también con "v"). Al principio eran decenas; con el tiempo, centenares. Dormían en la vereda con borceguíes, tiradores, ropas oscuras que de paso disimulan mejor la mugre. Juntaban monedas de los transeúntes y rabia para la pelea callejera contra sus enemigos históricos: los nazifascistas en general, los *skin heads* en particular. Porque cada tanto, cuando la policía se vuelve indiferente, el principal depredador del vagabundo es el cabeza rapada o de pelo cortísimo, como esas patotas neonazis que en EE.UU. y Europa se dedican a moler habitantes sin techo a golpes de bates de béisbol.

Las pintadas de los obelos y de otros grupos de origen punk pusieron de moda a las esvásticas tachadas y a las consignas contra la música oi, emblema de los skins. Por eso se lee en las paredes: "Ni oi ni nunka". Anarquistas por instinto, de pocas lecturas y escasa cultura libertaria, estos grupos han desarrollado el suficiente olfato para identificar al facho apenas lo divisan. O para colgarle esa etiqueta a quien se les cruza con mirada agria.

A veces se equivocan. Por paranoia, exceso de celo antifascista o falta de información. Como el día en que le abrieron la cabeza con una hebilla de metal a un punk que llevaba una cruz esvástica tachada en su remera, según recuerda Skarcha. "A los fachos hay que matarlos

a todos", gritaba una chica delgadísima armada de una botella rota, mientras alguno intentaba explicarle que si la esvástica estaba tachada, aquel chico debía ser antinazi. Nada: que sufra por llevar la esvástica. O el día en que entraron sin pagar al Centro Cultural "De abajo hacia arriba" de Avellaneda, donde varias bandas de punk rock daban un recital a beneficio de un comedor comunitario, a razón de dos pesos y de un alimento no perecedero como entrada. Lo que se dice "una jornada antifascista". Que terminó cuando los obelos le partieron un cascotazo en la cara a la voluntaria que cobraba las entradas y le arrebataron el escaso dinero de la caja.

En octubre de 2003 ocurrió una batalla de masas de la calle. La banda española Sin Dios tocaba ante unas cuatrocientas personas en el teatro Asbury Park de Flores. De pronto, el estallido de las puertas de vidrio del local anunció el ingreso de ciento cincuenta obelos armados con palos y cadenas. Su grito de guerra: "Punk not dead". Sus víctimas: la ínfima minoría que se animó a enfrentarlos, incluido el dueño del negocio y ex baterista de Hermética, el "Pato" Strunz, quien terminó la noche en el hospital con un corte en la cabeza. Robaron micrófonos, equipos de música, todo el dinero de la recaudación. A ocho pesos la entrada, no era poco.

Ya para esos años, los anarco punks del Obelisco se habían movido de su sitio original de encuentro, desplazados por la masiva afluencia de competidores de espacio de calle y de mendicidad, entre cartoneros, vendedores ambulantes, familias sin techo. Y empezaron a distribuirse por las plazas porteñas y del Gran Buenos Aires, especialmente en la zona sur, Avellaneda, Burzaco, pero después también al norte y al oeste. Entre peleas, borracheras y malentendidos, ampliaron su lista de enemigos: no sólo los skin nazis sino también los *red skins* y los *sharp* (ambos rapados y antinazis, algo inverosímil para



los obelos). La disputa callejera no es sólo doctrinal: "Al que pasa cerca de ellos y calculan que lleva alguna plata encima, se le plantan y le roban ahí mismo. Y si es rapado y con una campera Alfa, peor", asevera Skarcha, con discurso de ex que insiste en trazar un antes y después del 2001 en el relato. Siempre hay alguna edad de oro en la historia de los márgenes.

Hoy se dice que los auténticos obelos son cosa del pasado, que sobreviven en sus fotologs de la web gracias a la banda ancha. Uno de ellos teoriza en el anonimato de internet: "Los fachos ante la sociedad son un ejemplo de pulkritud y ninio perfecto además de tener el apollo de sus padres ke generalmente son de plata (funcionarios, polítikos, policías, etc.) En kualkier problema ke tienen siempre los rescatan, en cambio los anarko punks no tienen el apollo de nadie más ke de ellos solos".

La k vendrá del punk o del idioma euskera, como una marca de yerra o tatú removible para esas identidades en fuga. Pero algunos parecen llevarla encima para siempre. Los he visto cerca de Plaza Italia, frente al edificio de la Sociedad Rural, durmiendo cada noche entre los linyeras más viejos, bebiendo de la misma jarra que el tucumano que llegó hace poco de la cosecha de fruta en Río Negro, el cordobés recién salido de la cárcel por arrebatar una cartera en el centro porteño o el trotamundos en silla de ruedas a quien claramente no le gusta que lo miren. Tampoco les gusta la mirada peatonal a esas chicas que duermen entre ellos ("son más violentas que los tipos", advierte Skarcha "porque saben que ellas pueden bardear y que siempre algún vago va a saltar a defenderlas"). Una se afeita las piernas al sol, sola junto a su carpa redonda al lado del edificio de exposiciones de la Rural. Moja su hojita de afeitar Presto Barba en un balde de plástico y la pasa sobre la piel húmeda de sus muslos y pantorrillas. Shorts negros en harapos, borceguíes a un lado. Parece impermeable a

los ojos de los transeúntes que espían su gesto delicado, sutil, de elegancia linyera, de voluntad de brillar contra el fondo de tránsito y asfalto de la avenida Sarmiento. Con sus sienes rapadas, sus crestas teñidas tantas veces que ya son de un color indiscernible, sus orejas, lenguas y narices perforadas, sus cuerpos delgados ocultos entre ropas viejas y rotas sin querer pero queriendo, con olor a vereda, mirada dura y soñadora: así son las chicas punk de la calle.

A Julio le gustaban, por cómo las miraba; pero siempre terminaba la jornada solo, escuchando a Alejandro Dolina o a los partidos de fútbol en una minúscula radio a transistores que algún vecino le habría regalado. Luego dormía entre sus trapos hasta bien entrada la mañana.

Una lástima no haberlo conocido más. Antes de que se lo llevara puesto la edificación de altura como opción para inversores, después de la devaluación que inspiró la destrucción de miles de casas bajas de añeja arquitectura en varios barrios porteños. Cuando empezó la demolición de su umbral, Julio tuvo que reubicarse en la vereda de enfrente, junto a un supermercado pero ya sin un mínimo alero que cubriera su cabeza. Y cuando empezaron a construir la torre, desapareció del barrio.

Dicen en la calle que los mismos empleados de vigilancia del nuevo emprendimiento lo llevaron a una iglesia cercana. O que fueron los de otra torre, el doble de grande (cuarenta pisos), que empezó a compartir la manzana al poco tiempo. A los recién llegados no les gustaría la escena del linyera durmiendo bajo sus propias narices inversoras. La cuestión es que Julio Olmedo ya no está más en su domicilio a la intemperie. En ese lugar hoy se alza un monstruo que vende su metro cuadrado a más de dos mil dólares. Los pocos vecinos que salieron a protestar en 2006 contra la construcción indiscriminada de torres no fueron los primeros ni los únicos damnificados por la burbuja inmobiliaria que erradicó a los



árboles, al silencio del barrio, a la arquitectura histórica, a la luz y al aire.

De modo que este libro ha sido reescrito y ampliado con música industrial de fondo: el chirrido de la sierra eléctrica que corta las tablas para los andamios. No es el traqueteo del ferrocarril ni el silbato de locomotora que escuchaban crotos y linyeras de otras décadas, esos desaparecidos de lujo en la urbe invivible, esos andariegos que continúan su deambular por el territorio del mito.

Y sin embargo, no hay tiempo para la nostalgia ni lágrimas que verter por un pasado. Pensar que aquellos habían elegido la libertad de andar, en contraste con quienes ahora son desalojados y expulsados, es una manera de contribuir a la leyenda pero también un modo de operar, intervenir sobre los límites, los muros que quieren bloquear el movimiento de salida.

Un grafiti urbano de los años 80 ironizaba: "En este país, la salida es Autopista Ricchieri, Ezeiza, su ruta". Los comienzos del siglo XXI desparramaron a muchos por Europa y América del Norte, así como cien años antes migraban del norte al sur vagamundos y trotadores con la bolsa a la espalda. Artesanos, camareras, mendicantes, traductores, habitantes de lo precario a la espera del reconocimiento de la ciudadanía del bisabuelo muerto o la reválida del título de licenciado en periodismo o comunicación mientras extienden su paño con bisuterías para la venta junto a una mochila y bolsa de dormir en alguna plaza nórdica. Tendrán más suerte que otros. Que Julio Olmedo, por ejemplo.

Hay errantes y vagabundos en todo continente; hay fugas, correrías y andanzas de muchos contenidos. Hay diferencias entre el niño que en vez de volver a casa se queda a dormir por unos días en la calle, el migrante que perdió techo y trabajo, el alcohólico desalojado de un hogar por su propia familia, el psicótico aferrado a formas

de deriva urbana que apenas lo sostienen, el activista ambulante que no tenía más droga ni bebida que su sed libertaria y el artista de la vida o artesano de la supervivencia o buscador de alternativas a la existencia entre paredes. Pero también hay hilos, rieles, cables conductores, líneas y puntos de huida para todas esas experiencias a lo largo de la historia.

Y por supuesto que hay errores de apreciación, equívocos de camino, peligros en las líneas de fuga. Pasiones, agujeros negros, corrientes de autosupresión. No todo es feliz en el mito de la errancia. Como verdad revelada, la etimología confirma que errar es humano.

De allí que también podamos preguntarnos por cuánta precisión o cuánta exageración o exaltación mística hay en todos estos relatos de itinerancia optativa. Acaso la trashumancia nunca es una verdadera elección ni una apuesta consciente por la inquietud o la inseguridad. Acaso siempre se trata de un deseo, de un cambio en la percepción, de la caída de un velo que suele tapar los ojos. De otra mirada sobre lo que se dice cómodo, seguro, permanente. Del derrumbe de otros mitos.

Poder y libertad, frontera y trasgresión, propiedad y derroche, autoridad y rebeldía: son como dioses o fantasmas que recorren el mundo haciéndose la guerra. Tomar partido siempre será cuestión de temperamento, carácter, sensibilidad. Más que un ideal o una forma de ser, una inclinación a devenir anárquica y trashumante seguirá buscando y encontrando las grietas, las fisuras, los boquetes y atajos que llevan de una manera u otra a la salida. A la salida del encierro, a la promesa de otra vida, al riesgo tentador de la intemperie.

Allí nos espera la herencia única que dejaron crotos y linyeras.



# APÉNDICE I
# GLOSARIO LINYERA-ARGENTINO

Ángel Borda fue el primero en reunir “Lunfardías y modismos en el habla de los crotos” en su libro *Perfil de un libertario*. Con el tiempo se fueron agregando otros por mixtura con diversos argots. Aquí se reproducen algunos de los términos más utilizados por distintos subgrupos linyeras del siglo XX en la Argentina.

**BAGAYERA O BAGAGGERA.** Bolsa pequeña en la que se llevaba el bandolión, algún plato, cuchara, jarro, yerba y comestibles mínimos.

**BANDOLIÓN.** Lata de aceite, cuadrada, de cinco o diez litros, que se corta de lado y sirve para cocinar.

**BULLONE FATTO.** Asunto terminado.

**CATANGO.** Empleado de estación ferroviaria.

**CERDO.** Chacarero rico.

**CHANGA SOLIDARIA.** Donación de uno o dos días de trabajo de los ocupados en cosechas u otras actividades, a los recién llegados que no tenían posibilidades de colocación. Una versión reducida de esta costumbre fue el “barato”: la donación de una o dos horas de trabajo.

**CROTO.** Linyera, caminante, hombre que va andando.

**Crotencio, Crotacho, Crotilde.** Formas despectivas para linyera o croto.

**Crotear.** Andar de croto.

**Culo largo.** Puestero de estancia o peón mensual de a caballo.

**Curva.** Gallina.

**Dar el té.** Dar una paliza; dar un castigo que podía terminar en la muerte.

**Engrasar los rieles.** Morir bajo las ruedas del tren. También: "Engrasar las vías".

**Fallone.** Falso, falluto.

**Hacer la católica.** Pedir de puerta en puerta. También: "Batir la Católica" o "Isabel la Católica".

**Hacer una farmacia.** Robar en una cocina.

**Hacer galopiar la pera.** Comer demasiado rápido

**Hacer mate italiano.** Calentarse el trasero cerca del fuego.

**Imbriogliacho.** Enredador, buscapleitos.

**Juan Figura.** Vigilante, policía. También: "Don Juan Figura".

**Las Tres Marías.** Pan, carne y yerba.



**Maranfio.** Puchero, cocido.

**Mono.** Atado de ropa que se armaba descosiendo las costuras de una bolsa de trigo o con un trozo de lienzo. Se colocaba la ropa en diagonal (para que no se arrugara); se ataban primero las puntas del cuadrado que quedaban en la diagonal opuesta a la ropa, y luego las dos puntas restantes. Y se colgaba al hombro.

**Trabajar el cerdo.** Robarle a un chacarero rico.

**Pasado del mono.** Loco, chiflado.

**Pedernera.** Borracho.

**Pique.** Trabajo.

**Porcacha.** Mujer joven de las chacras.

**Porcachona.** La esposa del chacarero.

**Ranchada.** Lugar donde se pernocta al raso; por extensión, todo lugar en donde se hiciera campamento alrededor de un fogón.

**Tártago.** Mate. "Vamos a tomar unos tártagos". También: "verdes".

**Viada.** Lapso que trancurre en la vida de un croto; la vida en las vías.

## APÉNDICE II
## REFRANERO CROTO

Algunos de estos dichos, modismos y expresiones son originarios del Litoral, la región más investigada por Ángel Borda; otros pertenecen al habla tradicional de los crotos de campo en diferentes provincias argentinas.

**Arrempujen Foball Clú.** Llamado a trabajar más rápido.

**Aprovechá gaviota, que no te vas a ver en otra.** No dejar pasar la ocasión propicia.

**Bajito que juntás agua.** Referencia a la poca estatura del sujeto.

**Como pa' mantener hembra de lujo.** Expresión para indicar una paga mezquina.

**Como pichón de lechuza, caga en la puerta de la cueva.** Al que no va lejos sin que haga algo reprobable.

**De qué pago será el criollo que andará buscando el hoyo.** Respuesta a un desafío de pelea.

**De qué sirve tener rancho si el alero no da sombra.** No siempre poseer bienes materiales da felicidad.

**Despacito y con saliva, la empreñaron a la hormiga.** Con paciencia se hacen las más delicadas tareas.

**En yunta andan los teros.** Cuando alguien invitado trae a otro.

**Lo hizo a un lado como chiripá para miar.** Le retiró todo trato.

**Lo arriaron más fácil que a tropa de pavos.** Al que se deja intimidar o lo convencen fácilmente.

**Más chorriao que lágrima 'e ñandú.** Cuando el mate cebado viene rebalsando.

**Más atravesado que culo de iguana.** Una persona insociable.

**Más frío que nariz de perro.** De trato poco cordial.

**Más discutido que truco entre tartamudos.** Por las dificultades para ponerse de acuerdo sobre algo.

**Nunca, dijo la gallina, y estaba debajo del gallo.** Al tozudo que no acepta su derrota.

**Perro, largá ese hueso.** Al que pretende mujer comprometida.

**Qué le importa al yacaré que el carpincho coma pasto.** A uno no le debe importar el proceder de otro.

**Retírese, no moleste, le dijo el callo al juanete.** Al que reconviene a otro por indeseable, sin darse cuenta que él también sobra.

**Siempre atrás, como las bolas del chancho.** Al que llega tarde para ayudar en algo.



**Si quiere vivir sano, madruge y cague temprano.** Notable consejo de higiene personal.

**Y después de tanto lujo salimos bailando en pata.** Al que hace planes de grandeza sin poderlos sustentar.

## BIBLIOGRAFÍA

**Armand, Émile.** *El anarquismo individualista. Lo que es, puede y vale*, Utopía Libertaria, La Plata, 2007.

**Bayer, Osvaldo.** *Los vindicadores*, Tomo IV de la serie *Los vengadores de la Patagonia Trágica*, Planeta, Buenos Aires, 1997. // *Los anarquistas expropiadores*, Legasa, Buenos Aires, 1986. // "1920: La utopía vagabunda", *Página/30*, Buenos Aires, enero 1996.

**Borda, Ángel.** *Perfil de un libertario*, Reconstruir, Buenos Aires, 1987.

**Charters, Ann.** *Kerouac. A Biography*, Warner, Nueva York, 1974.

**Cortázar, Julio.** *Rayuela*, Sudamericana, Buenos Aires, 1963.

**Debord, Guy.** "Teoría de la deriva" en *La creación abierta y sus enemigos: Textos situacionistas sobre arte y urbanismo*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1977.

**Filloy, juan.** *Caterva*, El Cuenco de Plata, Buenos Aires, 2006.

**Ghezzi, José Américo (Bepo)**. Entrevista en *La Nación*, Buenos Aires, 5/10/96.

**Granado, Rafael.** “Vive como quieras”, *Clarín*, Buenos Aires, 23/3/1995.

**Gutiérrez, Leandro H.** “Mendigos y vagabundos”, en Nario, Hugo y Bergman, Mario A., “La marginalidad”, *Cuadernos de Historia Popular Argentina*, 1982-86, Centro Editor de America Latina, Buenos Aires.

**Gobello, José y Jorge Bossio.** *El atorrante*, Ediciones del Candil, Buenos Aires, 1968.

**González, Horacio.** *La ética picaresca*, Editorial Altamira-Nordan, Buenos Aires, 1992.

**Kerouak, Jack.** *On the Road*, Viking Press, Nueva York, 1957.

**Lipcovich, Pedro.** “El reino de los crotos”, *Página/12*, Buenos Aires, 24/9/1996.

**Maguid, Alicia.** “Los crotos: La militancia trashumante”, *Mundo Nuevo,* Nº 44, París, febrero de 1970.

**Marcos, José.** “Los crotos marplatenses”, *La Capital*, Mar del Plata, 9/10/1996. // “Crotos o cómo escapar del poder y del patrón”, *La Capital*, Mar del Plata, 29/11/1996.

**Miller, Richard.** *Bohemia: the protoculture then and now*, Nelson-Hall, Chicago, 1977.

**Moffatt, Alfredo.** *Socioterapia para sectores marginados*, Lumen, Buenos Aires, 1997. // “Indigentes: los ‘locos del bolsillo’”, *Clarín*, Buenos Aires, 21/08/84.

**Morton, A. L.** *Las utopías socialistas*, Martínez Roca, Barcelona, 1970.

**Nario, Hugo.** “El mundo de los crotos”, en *La vida de nuestro pueblo*, Nº 28, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires. // “Los crotos”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires, julio 1980. // *Bepo: vida secreta de un linyera*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1988.

**Riera Díaz, Laureano.** *Memorias de un luchador social (1926-1940)*, tomo II, Buenos Aires, 1981.

**Papalini, Vanina.** “Crota y zapatos de goma”, *La Mañana*, Río Negro, 30/9/1995.

**Pavón, Hector.** “Bepo Ghezzi: Todos los crotos van al paraíso”, *Clarín*, Buenos Aires, 2/4/1995.

**Pessoa, Fernando.** *El banquero anarquista*, Emecé, Buenos Aires, 2003

**Principi, Adriana y Tassi, Roberto.** *Crotos del asfalto* (trabajo monográfico, inédito). Carrera de Ciencias de la Comunicación, Universidad de Buenos Aires, 1996.

**Poliak, Ana.** *Que vivan los crotos* (film), Viada Producciones, Buenos Aires, 1990.

**Sáenz, Justo P.** *Los crotos*, Kraft, Buenos Aires, 1967.

**Stirner, max.** *El Único y su propiedad*, Utopía Libertaria, Buenos Aires, 2007.

**WOOLLANDS, LUIS ("Juan Crusao").** *Carta gaucha*, ed. del autor, Tandil, 1919-1960.

**ZARAGOZA, GONZALO.** *Anarquismo argentino (1876-1902),* Ediciones de la Torre, Madrid, 1996.



## AGRADECIMIENTOS

A Pedro Ribeiro y Ana María Ordóñez, por facilitar los contactos esenciales para este trabajo.

A Alicia Vergili, por desgrabar la entrevista a Germinal, aportar bibliografía, ideas y aliento.

A Daniel Mecca y Melisa Sansotta, por desarollar un informe de investigación sobre *obelos* y otros linyeras punk.

## ÍNDICE